

Tray Mocha

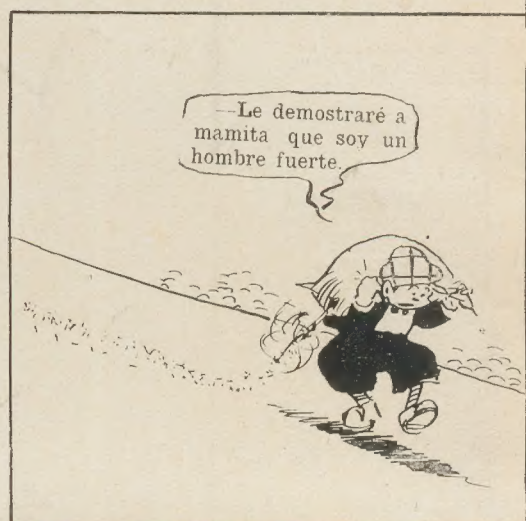
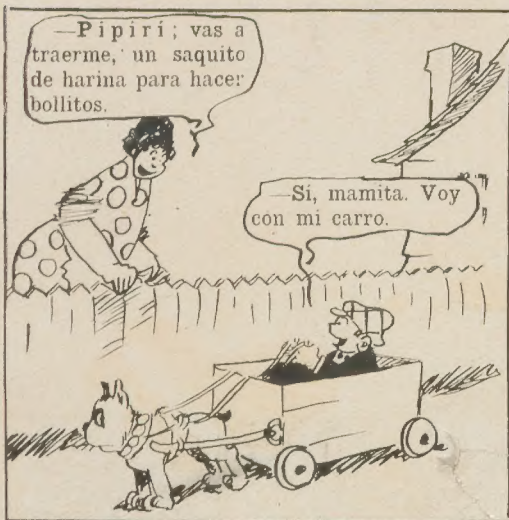
Revista Semanal



"EN FAMILIA"

POR S. MEUNIER

Nº. 871





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, enero 1 de 1929

N. 871

DE LA VISITA DE MR. HOOVER, por Rojas



—Hay muchos intransigentes
que arden, como en una fragua,
contra los dos Presidentes..
—¿Y qué indignó a tales gentes?
—¡Pues que brindaron con agua!

El pequeñuelo, desamparado, había oído contar esas relaciones de la noche de Reyes y de los dones que estos personajes bíblicos distribuyen bondadosos a los niños que la víspera de aquel día colocan sus zapatos en la ventana o en el balcón.

Es cosa extraña, ¡claro que sí! mas el pequeñuelo empezaba la carrera de la vida, y por primera vez le referían el caso maravilloso.

Pero ¡ay!, su madre era pobre, muy pobre, y la criatura de dorados cabellos, de labios rojos y sonrisas melancólicas, no entendía en achaques de dinero, ni galas, ni ostentación.

Subsistía con su infeliz madre, viuda, y apenas gustaba el placer de miserable comida.

Otros seres gozaban. El carecía de todo; y aunque le faltaba el discernimiento, consecuencia de la edad, para comparar y hacer deducciones, suspiraba por algo desconocido que no estaba a su alcance.

Llegó la víspera de los Santos Reyes, y tendido en miserable jergón, presa de rudísima fiebre, tuvo un instante de energía cuando repicaban las campanas de los templos; y dijo a su triste madre sin consuelo:

—Madre, pon mis zapatos en la ventana para que los Reyes los llenen de juguetes y dulces.

La madre se estremeció. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, escuálidas; pero reprimiendo súbito su honda amargura, sonrió al enfermito y respondióle, con profunda convicción:

—Descuida, angel mío; los colocaré en la ventana, y verás cuántos dulces te regalan los Reyes.

—¿De verdad, madre?

—No lo dudes.

—¿Y me pondré bueno?

—Sí, sí; la Virgen lo querrá.

—¿Y me divertiré mucho con mis juguetes?

—Como que te darán la salud.

—Yo quiero una caja de soldados; y los mandaré y me obedecerán.

—Cierto que sí.

—Los pondré en fila en la cama. ¡Qué cosa más linda!... Vengan, vengan pronto.

Y el niño se animaba, en tanto la fiebre teñía de color carmín sus mejillas.

—Juguetes..., soldado... (murmuraba la mujer). ¿De qué manera adquirirlos? Y sin embargo, me parece que le devolverían la salud. ¡Puede tanto la influencia moral!

—¡Anda, madre!, repuso el enfermo. ¡Anda, y no tardes! Deseo que mis zapatos estén llenos mañana. Me levantaré temprano; abriré la ventana y...

—Calla, calla, que te fatigas.

—Pero si no los traes...

—Espera un poco; voy a buscarlos.

—Dame un beso.

—¡Millones de besos, tesoro mío!

x x x

¿Comprenderéis ahora la razón de mis anteriores observaciones?

De seguro. Penetraos de la situación, y ella os dirá, con la elocuencia del amor sublime, la grandeza inefable de la escena infantil.

La madre desvalida oró luego; suplicó a una vecina que cuidase del niño y salió a la calle.

LOS JUGUETES

Por Augusto Jérez Perchet

¿A dónde iba? A la ventura, a lo desconocido; mas la fe no vacilaba ni se acobarda. La fe repite la frase de Jesucristo "surge et ambula", levántate y anda; y este es un triunfo.

Y con efecto, levantóse la madre, y firme en su propósito de colmar el inocente empeño de su hijo, se decidió a arrostrar sonrojos y humillaciones, a condición de vencer en su empresa.

la altura de sus prestigios, las expresiones de la indiferencia y los alardes de la desconfianza.

x x x

¡Qué noche! Noche de enero, sombría como la buhardilla donde agonizaba el niño.

¡Cuántas imprudentes frases oyó! Cuántas veces el sarcasmo implacable rechazó las súplicas de

AÑO NUEVO

A las doce de la noche por las puertas de la gloria
Y al fulgor de perla y oro de una luz extraterrestre,
Sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria,
San Silvestre

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara,
De que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión;
Y el anillo de su diestra, hecho cual si fuese para
Salomón.

Sus pies cubren los joyeles de la Osa adamantina,
Y su capa raras piedras de un ilustre Visapur;
Y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente ¿va encontrar el áureo barco,
Donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey
Enero?

Ya la aljaba de Diciembre se fué toda por el arco.
Del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno
El inmenso Sagitario no se cansa de flechar;
Le sustenta el frío Polo, lo corona el blanco Invierno,
Y le cubre los riñones el vellón azul del mar.
Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;
Doce aljabas, cada año, para él trae el rey Enero;
En la sombra se destaca la figura vencedora
Del Arquero.

Al redor de la figura del gigante se oye el vuelo
Misterioso y fugitivo de las almas que se van
Y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo
Con sus alas membranosas el murciélago Satán.
San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de virtudes,
Del celeste Vaticano se detiene en los umbrales
Mientras himnos y motetes canta un coro de laudes
Inmortales.

Reza el santo y pontifica; y al mirar que viene el barco
Donde en triunfo llega Enero,
Ante Dios bendice al mundo y su brazo abarca el arco
y el Arquero.

Rubén DARIO

¿Qué importa el desvío cuando sirve de acicate a nuestros actos un generoso pensamiento?

El egoísmo desconoce la virtud de la abnegación; y sin embargo, ésta existe y compensa, merced a

aquella desdichada mártir!

—¡Una limosna!, hablaba con rubor.

Y la respuesta era casi siempre desconsoladora.

Los menos implacables se limi-

taban a un inconsciente "Perdone hermana;" pero los de corazón duro, los que lejos de ahondar el fondo de las cosas limitan su juicio a la impresión primera, replicaban:

—Trabaje la holgazana.

Entonces, ella se erguía y protestaba con dignidad.

De nada le servía su proceder ingenuo; la sociedad atiende por lo común a las apariencias, y de aquí las injusticias y los errores.

La infeliz contemplaba atónita el desfile de indiferentes, y sobre todo contemplaba en los abismos de su corazón la marcha del tiempo, que arrebató las ilusiones y la vida a su hijo adorado, y discurría aterrada:

—¡Qué cruel es el mundo! ¿No conocen estas gentes en mi semblante y en mis lágrimas algo que me ahoga, algo que me martiriza?

Acertó a pasar a su lado un matrimonio joven, risueño, que llevaba una porción de juguetes.

Su vista causó un deslumbramiento a la madre desgraciada.

Se acertó rápida, y pensando no más que en su hijo, casi gritó con energía:

—¡Por piedad, denme ustedes uno de esos juguetes!

La feliz pareja se detuvo sorprendida y el marido la increpó diciendo:

—¡Bribona! ¿Va usted a robarnos?

Ella enmudeció y quedó paralizada.

Acudió gente, formóse un corro, y temiendo un conflicto, huyó la mujer, aterrada, confusa y bajo la impresión del inico denuesto.

x x x

Al cabo, un puñado de centavos fué la recompensa de su labor paciente.

Había vencido y daba por bien empleadas las horas que le brindaron insultos, desdenes y crueles desengaños.

El niño iba a extasiarse con los juguetes y daría gracias a los Reyes bondadosos.

Compró los zapatos, que el enfermito no tenía; compró los juguetes, y volvió triunfante al desmantelado hogar donde padecía el ídolo de su existencia.

Anticipó el curso aceptado de los acontecimientos, en cuanto al viaje de los monarcas de Oriente, y exclamó orgullosa y llena de dulces esperanzas:

—¡Hijo mío! Los Reyes han venido. Mira lo que te regalan.

El niño, expirante, abrió los ojos; sonrióse con expresión angélica; aproximó entre sus manitas el presente conquistado a costa de cruel suplicio, y murió tranquilo.

Su madre lanzó un grito horrible.

—¡Los Reyes han cumplido la voluntad de mi hijo..., pero se lo llevan!

Tales fueron sus palabras.

Y las campanas, entretanto, daban al viento regocijadas notas, remembranza de la conmemoración cristiana, o quizá himno de gloria consagrado al alma pura del niño que subía al cielo.

Sin hablarnos, penetrados por la melancolía de la agonizante tarde, Carlos y yo nos encontrábamos en el corredor de la "estancia". Aquel año fui a pasar un mes con él huyendo de los fuertes calores que enrarecen la atmósfera de Buenos Aires en verano. Las faenas de campo, eran para mí una distracción, y siempre secundaba a Carlos, con gran contento del peonaje, solícito hacia "el pueblerio".

Poco a poco la rumoreante vida del caserío fué apagándose hasta perderse en el mutismo de la noche inefablemente plañosa. A hora oportuna entramos en el comedor, cenamos, después hicimos música, y

0070

a
los.
Las
tri-
fo-
de
los-
sus
los
ego
cie-
ella
un
as?
lar-
om-
Un
cor-
ero

di-
tos
nie-
ha-
ma.

que
or.,
ito.
nci-
del
, y
ca;
en-
an-
los:
ba-
mi
en-

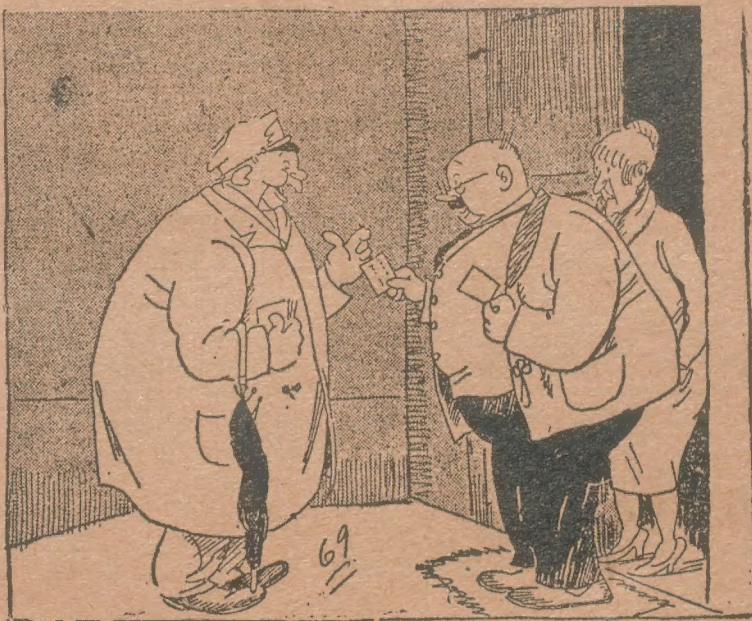
Diego Marchena, humilde paisano, había sido puestero durante muchos años en la "estancia" de Carlos. Honrado, leal, con la franqueza de una llanura, trabajador, vivió allí acorralado por una majada. Máxima, su mujer, su compañera, activa, hacendosa como no lo son la generalidad de nuestras campesinas, sabía aunar su esfuerzo con el de su "hombre". Del matrimonio nació un hijo, después otro más, y luego otro, y la mano de Dios se los había arrebatado uno a uno, no quedándose entonces sino "la Rosa", en quien acumulaban todo su cariño. Mitigadas sus penas continuaron felices en el rancho durante los primeros años de la chiquela, preocupándose de ella con solicitud excepcional en esa gente. Por la noche, cuando el angelito dormía, pasaban largas horas hablando, entre mate y mate, de su porvenir, de lo linda que sería, de su casamiento, de lo que le darían, y este capítulo, más que otro alguno, engendraba ideas de encumbramiento.

CIENCIA FATAL

Por Jorge Lavalle Cobo

La niña creció. Llegó el día en que fué necesario enviarla a la escuela. La maestra del Pergamino encargóse de ella, pero a la sema-

ovejas e ir a habitar en el pueblo, donde Diego encontraría trabajo. De ese modo, Rosa podría asistir a la escuela. Así lo hicieron, y la



—¿Por qué me da dos tarjetas?
— Una por la felicitación de este año, y la otra por la del año pasado, que se le olvidó a usted darme el aguinaldo.

na la retiraron, "porque no podían vivir sin la chica". Así pasaron varios meses sin resolver nada, pero al fin decidieron vender las

vida continuó tranquila, con halagos para aquellos padres. Diego se entonces resero.

—¿Qué te trae por acá?... —

ELEVACION

Sobre valles, vergeles y praderas
sobre las escarpadas cordilleras,
sobre los lagos, sobre el mar sonoro,
sobre las nubes y los astros de oro,
más allá de los límites del cielo,
más allá de las últimas esferas,
extiende audaz mi espíritu su vuelo.
Y cual buen nadador, que sin recelo
se abandona al vaivén que lo acaricia
surca tranquilamente
la inmensidad con varonil delicia.

Alma mía doliente,
deja detrás el corrompido ambiente;
sube a purificarte a las alturas;
bebe la luz, en ellas extendida,
cual divino licor de linias puras.
¡Feliz aquel que, de la triste vida,
de brumas siempre llena,
con las alas del águila atrevida,
logra volar a la región serena!
¡Feliz quien su exaltado pensamiento
todos los días, al brillar la aurora,
eleva al firmamento,
cual matinal alondra voladora,
y al cernerse entre claros resplandores,
comprende sin esfuerzos y sin dudas
el misterioso idioma de las flores
y de las cosas mudas!

Carlos BAUDELAIRE

preguntó Carlos a Marchena.

Y este contó que una tarde, la niña volvió de la escuela antes de la hora de costumbre, porque se encontraba mal. Cayó en cama, llamaron al médico, la enfermedad continuó con alternativas. Los padres no se apartaron del lecho, pasando horas mudas, con la obsesión de los hijos muertos; ambos callaban sus presagios dolorosos. El médico apersonose una tarde a Diego, y le comunicó "que la niña no tenía remedio, que no había que hacerle". El paisano lloro, rogóle, le pidió que trajera a otro facultativo. ¡No había remedio! Pusieron velas a santos: Rosa no mejoraba.

—¡No vivir don Pancho Sierra! ¡a él no se le morirá! — exclamó Diego con voz lastimera.

Todo el norte de la provincia de Buenos Aires, por donde se extendiera la fama de Don Pancho Sierra, el "médico del agua fría", estaba de duelo por su fallecimiento. En toda la comarca venerábase su nombre augusto para el gaucho, dispuesto siempre a galopar cien leguas con tal de recibir la "inextinguible" botella. La gente acudía numerosa a la cabaña bienhechora del paisano que prodigaba el bien. Algunos le encontraban subido a un árbol, desde cuya altura atendía a sus clientes. Las paisanas en cinta deseaban conocer el sexo del ser que llevaban en su vientre, y aquel ensalmador sabía darles contestaciones que, aunque explicables a ambos sexos, ellas consideraban siempre acertadas. Alguna llegó a pedirle que tratara de "que el hijo fuera macho", y don Pancho accogióla con aplomo, como si la ciencia no tuviera misterios para él. Era el apóstol de la campaña.

—Vengo a buscarlo, — repuso Diego.

—¿A estas horas? ¿para qué?
—¡Para que me sane a la chica! pues.

Y Marchena le clavaba sus ojos relucientes.

—¡A mí! ¿Y yo que puedo hacer? — exclamó Carlos, vagorosa la sonrisa que no acertaba a posarse en su rostro.

—Salvarla... — articuló con toda la vehemencia de su dolor.

Y esperó la respuesta con ansiedad devoradora.

—¡Yo! ¡yo!... — volvió a repetir Carlos.

—No se haga el chiquito patrón.
—¡Pero, hombre!

—No me niegue don Carlos, si yo lo he visto. Venga, vamos, por lo que más quiera se lo pido. ¡Se muere Rosa!

Y el paisano, impaciente por la negativa, insistía. Se hubiera dicho que a ratos todo su ardor tornábase en ira.

—¡Llegaremos tarde si no se apresura! — dijo Marchena enneguido.

Yo observaba silencioso aquella escena. Carlos comenzó a hacerle preguntas, indigaciones sobre la enfermedad, sus síntomas, los remedios, a todo lo cual contestaban con palabras envejecidas.

—¡Patrón, apúrese por Dios, que se muere!

Y el grito desgarrador penetró el corazón de Carlos, que repuso rápidamente:

—Hácenos agarrar caballos.

Marchena fué a llenar su cometido, y nosotros nos retiramos a nuestros dormitorios. Me refirió que en la comarca creían que él

18. 1929

LOS JUGUETES

Por Augusto Jérez Perchet

El pequeñuelo, desamparado, había oído contar esas relaciones de la noche de Reyes y de los dones que estos personajes bíblicos distribuyen bondadosos a los niños que la víspera de aquel día colocan sus zapatos en la ventana o en el balcón.

Es cosa extraña, ¡claro que sí! mas el pequeñuelo empezaba la carrera de la vida, y por primera vez le referían el caso maravilloso.

Pero ¡ay!, su madre era pobre, muy pobre, y la criatura de dorados cabellos, de labios rojos y sonrisas melancólicas, no entendía en achaques de dinero, ni galas, ni ostentación.

Subsistía con su infeliz madre, viuda, y apenas gustaba el placer de miserable comida.

Otros seres gozaban. El carecía de todo; y aunque le faltaba el discernimiento, consecuencia de la edad, para comparar y hacer deducciones, suspiraba por algo desconocido que no estaba a su alcance.

Llegó la víspera de los Santos Reyes, y tendido en miserable jergón, presa de rudísima fiebre, tuvo un instante de energía cuando repicaban las campanas de los templos; y dijo a su triste madre sin consuelo:

—Madre, pon mis zapatos en la ventana para que los Reyes los llenen de juguetes y dulces.

La madre se estremeció. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, escuálidas; pero reprimiendo súbito su honda amargura, sonrió al enfermito y respondióle, con profunda convicción:

—Descuida, angel mío; los colocaré en la ventana, y verás cuántos dulces te regalan los Reyes.

—¿De verdad, madre?

—No lo dudes.

—¿Y me pondré bueno?

—Sí, sí; la Virgen lo querrá.

—¿Y me divertiré mucho con mis juguetes?

—Como que te darán la salud.

—Yo quiero una caja de soldados; y los mandaré y me obedecerán.

—Cierto que sí.

—Los pondré en fila en la cama. ¡Qué cosa más linda!... Vengan, vengan pronto.

Y el niño se animaba, en tanto la fiebre teñía de color carmín sus mejillas.

—Juguetes..., soldado... (murmuraba la mujer). ¿De qué manera adquirirlos? Y sin embargo, me parece que le devolverían la salud. ¡Puede tanto la influencia moral!

—¡Anda, madre!, repuso el enfermo. ¡Anda, y no tardes! Deseo que mis zapatos estén llenos mañana. Me levantaré temprano; abriré la ventana y...

—Calla, calla, que te fatigas.

—Pero si no los traes...

—Espera un poco; voy a buscarlos.

—Dame un beso.

—¡Millones de besos, tesoro mío!

x x x

¿Comprenderéis ahora la razón de mis anteriores observaciones?

De seguro. Penetraos de la situación, y ella os dirá, con la elocuencia del amor sublime, la grandeza inefable de la escena infantil.

La madre desvalida oró luego; suplicó a una vecina que cuidase del niño y salió a la calle.

¿A dónde iba? A la ventura, a lo desconocido; mas la fe no vacilaba ni se acobarda. La fe repite la frase de Jesucristo "surge et ambula", levántate y anda; y este es un triunfo.

Y con efecto, levantóse la madre, y firme en su propósito de colmar el inocente empeño de su hijo, se decidió a arrostrar sonrojos y humillaciones, a condición de vencer en su empresa.

la alteza de sus prestigios, las expresiones de la indiferencia y los alardes de la desconfianza.

x x x

¡Qué noche! Noche de enero, sombría como la buhardilla donde agonizaba el niño.

¡Cuántas imprudentes frases oyó! Cuántas veces el sarcasmo implacable rechazó las súplicas de

taban a un inconsciente "Perdone hermana;" pero los de corazón duro, los que lejos de ahondar el fondo de las cosas limitan su juicio a la impresión primera, replicaban:

—Trabaje la holgazana.

Entonces, ella se erguía y protestaba con dignidad.

De nada le servía su proceder ingenuo; la sociedad atiende por lo común a las apariencias, y de aquí las injusticias y los errores.

La infeliz contemplaba atónita el desfile de indiferentes, y sobre todo contemplaba en los abismos de su corazón la marcha del tiempo, que arrebató las ilusiones y la vida a su hijo adorado, y discurría aterrada:

—¡Qué cruel es el mundo! ¿No conocen estas gentes en mi semblante y en mis lágrimas algo que me ahoga, algo que me martiriza?

Acertó a pasar a su lado un matrimonio joven, risueño, que lleva-

AÑO NUEVO

A las
Y al
Sale e

A 81
96

Rodríguez Olivera, Nuri

[1980

Más l
De qu
Y el a

Nury [Nuri] Rodríguez Olivera. Titulos Va-
lores. Ley 14.701. Comentarios del texto legal.
-- Montevideo: Acali ed. 1980. 175 S. mit
Diagr. 8°

Sus p
Y su

Y colgada sobre el pecho resplandece la divina
Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente ¿va encontrar el áureo barco,
Donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey
[Enero?

Ya la aljaba de Diciembre se fué toda por el arco.
Del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno
El inmenso Sagitario no se cansa de flechar;
Le sustenta el frío Polo, lo corona el blanco Invierno,
Y le cubre los riñones el vellón azul del mar.
Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora;
Doce aljabas, cada año, para él trae el rey Enero;
En la sombra se destaca la figura vencedora
Del Arquero.

Al redor de la figura del gigante se oye el vuelo
Misterioso y fugitivo de las almas que se van
Y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo
Con sus alas membranosas el murciélago Satán.
San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de virtudes,
Del celeste Vaticano se detiene en los umbrales
Mientras himnos y motetes canta un coro de laudes
Inmortales.

Reza el santo y pontifica; y al mirar que viene el barco
Donde en triunfo llega Enero,
Ante Dios bendice al mundo y su brazo abarca el arco
y el Arquero.

Rubén DARIO

¿Qué importa el desvío cuando sirve de acicate a nuestros actos un generoso pensamiento?

El egoísmo desconoce la virtud de la abnegación; y sin embargo, ésta existe y compensa, merced a

aquella desdichada mártir!

—¡Una limosna!, hablaba con rubor.

Y la respuesta era casi siempre desconsoladora.

Los menos implacables se limi-

zada.

Acudió gente, formóse un corro, y temiendo un conflicto, huyó la mujer, aterrada, confusa y bajo la impresión del inicio denuesto.

x x x

Al cabo, un puñado de centavos fué la recompensa de su labor paciente.

Había vencido y daba por bien empleadas las horas que le brindaron insultos, desdenes y crueles desengaños.

El niño iba a extasiarse con los juguetes y daría gracias a los Reyes bondadosos.

Compró los zapatos, que el enfermito no tenía; compró los juguetes, y volvió triunfante al desmantelado hogar donde padecía el ídolo de su existencia.

Anticipó el curso aceptado de los acontecimientos, en cuanto al viaje de los monarcas de Oriente, y exclamó orgullosa y llena de dulces esperanzas:

—¡Hijo mío! Los Reyes han venido. Mira lo que te regalan.

El niño, expirante, abrió los ojos; sonrióse con expresión angelical; aproximó entre sus manitas el presente conquistado a costa de cruel suplicio, y murió tranquilo.

Su madre lanzó un grito horrible.

—¡Los Reyes han cumplido la voluntad de mi hijo..., pero se lo llevan!

Tales fueron sus palabras.

Y las campanas, entretanto, daban al viento regocijadas notas, remembranza de la conmemoración cristiana, o quizá himno de gloria consagrado al alma pura del niño que subía al cielo.

Sin hablarnos, penetrados por la melancolía de la agonizante tarde, Carlos y yo nos encontrábamos en el corredor de la "estancia". Aquel año fui a pasar un mes con él huyendo de los fuertes calores que enrarecen la atmósfera de Buenos Aires en verano. Las faenas de campo, eran para mí una distracción, y siempre secundaba a Carlos, con gran contento del peonaje, solícito hacia "el pueblerio".

Poco a poco la amoureuse vida del caserío fué apagándose hasta perderse en el mutismo de la noche inefablemente piadosa. A hora oportuna entramos en el comedor, cenamos, después hicimos música, y leímos con avidez los periódicos recién llegados; luego salimos a tomar fresco antes de recogernos.

La noche empezaba a vivir. Las luciérnagas centelleaban; el estridente chirrido de los grillos perforaba el silencio; en la túnica de un azul regio, abierto sobre nosotros, las estrellas entreteñían sus guirnaldas, que iban a caer en los últimos confines del horizonte.

Los ladridos de un perro, luego de otro, y de otros más que hicieron coro, expandiéndose en aquella silente quietud. Al poco rato, un rumor de galope acercándose...

—¿Quién vendrá a estas horas? — exclamó interrogativamente Carlos.

La "tranquera" sonó, y una sombra deslizóse en la oscuridad. Un instante después oíamos, entrecortado por momentos, el áspero arrastrar de unas alpargatas.

—Buenas noches, patrón, — dijo alguien.

Sólo distinguíamos dos puntos blancos incrustados en las tinieblas. Carlos avanzó hacia él.

—¡Ah! ¿Cómo te va? ¿Qué haces por acá? Es Diego Marchena. Entra.

—Mal no más.

Con la luz de la lámpara, que se proyectaba sobre el corredor, pude observar al paisano, enjuto, fornido, de cara enérgica, bronceada, con la abundosa barba del mentón enrulada. Descubrióse, y se le vió la amplia frente blanca; empezó a revolver el sombrero entre las manos. Sus ojos penetrantes buscaban siempre otros ojos: respiraba lealtad. Vestía bombachas y estaba en mangas de camisa; llevaba un pañuelo negro envuelto al cuello, y alpargatas.

Diego Marchena, humilde paisano, había sido puestero durante muchos años en la "estancia" de Carlos. Honrado, leal, con la franqueza de una llanura, trabajador, vivió allí asociado por su majada. Máxima, su mujer, su compañera, activa, hacendosa como no lo son la generalidad de nuestras campesinas, sabía aunar su esfuerzo con el de su "hombre". Del matrimonio nació un hijo, después otro más, y luego otro, y la mano de Dios se los había arrebatado uno a uno, no quedándoles entonces sino "la Rosa", en quien acumulaban todo su cariño. Mitigadas sus penas continuaron felices en el rancho durante los primeros años de la chiquela, preocupándose de ella con solícitud excepcional en esa gente. Por la noche, cuando el angelito dormía, pasaban largas horas hablando, entre mate y mate, de su porvenir, de lo linda que sería, de su casamiento, de lo que le darían, y este capítulo, más que otro alguno, engendraba ideas de encumbramiento.

CIENCIA FATAL

Por Jorge Lavalle Cobo

La niña creció. Llegó el día en que fué necesario enviarla a la escuela. La maestra del Pergamino encargóse de ella, pero a la sema-

ovejas e ir a habitar en el pueblo, donde Diego encontraría trabajo. De ese modo, Rosa podría asistir a la escuela. Así lo hicieron, y la



—¿Por qué me da dos tarjetas?
— Una por la felicitación de este año, y la otra por la del año pasado, que se le olvidó a usted darme el aguinaldo.

na la retiraron, "porque no podían vivir sin la chica". Así pasaron varios meses sin resolver nada, pero al fin decidieron vender las

vida continuó tranquila, con halagos para aquellos padres. Diego se entonces resero.

—¿Qué te trae por acá?... —

ELEVACION

Sobre valles, vergeles y praderas
sobre las escarpadas cordilleras,
sobre los lagos, sobre el mar sonoro,
sobre las nubes y los astros de oro,
más allá de los límites del cielo,
más allá de las últimas esferas,
extiende audaz mi espíritu su vuelo.
Y cual buen nadador, que sin recelo
se abandona al vaivén que lo acaricia
surca tranquilamente
la inmensidad con varonil delicia.

Alma mía doliente,
deja detrás el corrompido ambiente;
sube a purificarte a las alturas;
bebe la luz, en ellas extendida,
cual divino licor de líneas puras.
¡Feliz aquel que, de la triste vida,
de brumas siempre llena,
con las alas del águila atrevida,
logra volar a la región serena!
¡Feliz quien su exaltado pensamiento
todos los días, al brillar la aurora,
eleva al firmamento,
cual matinal alondra voladora,
y al cernirse entre claros resplandores,
comprende sin esfuerzos y sin dudas
el misterioso idioma de las flores
y de las cosas mudas!

Carlos BAUDELAIRE

preguntó Carlos a Marchena.

Y este contó que una tarde, la niña volvió de la escuela antes de la hora de costumbre, porque se encontraba mal. Cayó en cama, llamaron al médico, la enfermedad continuó con alternativas. Los padres no se apartaron del lecho, pasando horas mudas, con la obsesión de los hijos muertos; ambos callaban sus presagios dolorosos. El médico apersonose una tarde a Diego, y le comunicó "que la niña no tenía remedio, que no había que hacerle". El paisano lloró, rogó, le pidió que trajera a otro facultativo. ¡No había remedio! Pusieron velas a santos: Rosa no mejoraba.

—¡No vivir don Pancho Sierra! ¡a él no se le morirá — exclamó Diego con voz lastimera.

Todo el norte de la provincia de Buenos Aires, por donde se extendiera la fama de Don Pancho Sierra, el "médico del agua fría", estaba de duelo por su fallecimiento. En toda la comarca venerábase su nombre augusto para el gaucha, dispuesto siempre a galopar cien leguas con tal de recibir la "inextinguible" botella. La gente acudía numerosa a la cabaña bienhechora del paisano que prodigaba el bien. Algunos le encontraban subido a un árbol, desde cuya altura atendía a sus clientes. Las paisanas en cinta deseaban conocer el sexo del ser que llevaban en su vientre, y aquel ensalmador sabía darles contestaciones que, aunque explicables a ambos sexos, ellas consideraban siempre acertadas. Alguna llegó a pedirle que tratara de "que el hijo fuera macho", y don Pancho acogióla con aplomo, como si la ciencia no tuviera misterios para él. Era el apóstol de la campaña.

—Vengo a buscarlo, — repuso Diego.

—¿A estas horas? ¿para qué?
—¡Para que me sane a la chica! pues.

Y Marchena le clavaba sus ojos relucientes.

—¡A mí! ¿Y yo que puedo hacer? — exclamó Carlos, vagorosa la sonrisa que no acertaba a posarse en su rostro.

—Salvarla... — articuló con toda la vehemencia de su dolor.

Y esperó la respuesta con ansiedad devoradora.

—¡Yo! ¡yo!... — volvió a repetir Carlos.

—No se haga el chiquito patrón.

—¡Pero, hombre!

—No me niegue don Carlos, si yo lo he visto. Venga, vamos, por lo que más quiera se lo pido. ¡Se muere Rosa!

Y el paisano, impaciente por la negativa, insistía. Se hubiera dicho que a ratos todo su ardor tornábase en ira.

—¡Llegaremos tarde si no se apresura! — dijo Marchena enneguecido.

Yo observaba silencioso aquella escena. Carlos comenzó a hacerle preguntas, indigaciones sobre la enfermedad, sus síntomas, los remedios, a todo lo cual contestaban con palabras enrevesadas.

—¡Patrón, apúrese por Dios, que se muere!

Y el grito desgarrador penetró el corazón de Carlos, que repuso rápidamente:

—Hácenos agarrar caballos.

Marchena fué a llenar su cometido, y nosotros nos retiramos a nuestros dormitorios. Me refirió que en la comarca creían que él

En una epidemia del ganado, Carlos, al decir de los peones, realizó curas maravillosas. Como estaba intruído sobre la peste, sabía cuándo el mal declinaba, y efectuaba la operación en presencia de todo el gauchaje en expectante silencio. Se entretenía en galopar alrededor del animal atacado, estrechando poco a poco el círculo; sacábase luego el sombrero, miraba al cielo, y como aspergiendo con los cinco dedos de la mano, pronunciaba al mismo tiempo palabras sacramentales, misteriosas, subrayándolas con signos cabalísticos. Después algunos encargábanse de seguir la marcha de la enfermedad y ver si la bestia sanaba. Como tuvo éxito, la fama, ignorante de la superchería, fué extendiéndose.

En otros casos, a personas entonces, hizo curas de enfermedades mansas que ceden ante la ciencia doméstica. Pero cuando consiguió apaciguar a una histérica "que tenía el diablo adentro", sus pregoneros se multiplicaron.

—Los médicos dicen que no tiene remedio, — agregó.

—Iré para satisfacer a este pobre, y no haré nada.

La desesperación del paisano hacía perder al relato todo su hilante humorismo.

Media hora más tarde trajeron las cabalgaduras. Acto continuo, previos los votos que por la mejora de la enferma hiciera la gente de la casa, salimos a gran galope.

Marchena daba rienda suelta a su caballo, dejando tras sí un rumor de fuga.

La noche era lóbrega, de un negro aterciopelado que nos encerraba. La tormenta había subido, y de cuando en cuando saltaba el eco del trueno; y la luz culebreante de los relámpagos agrietaba la obscuridad.

El paisano galopaba, volviéndose por momentos para ver si Carlos no se quedaba muy atrás. Este quiso entablar conversación; pero Marchena, como si no oyera, miraba las tinieblas y seguía su camino. Galopeábamos. Los caballos poníanse pesados; las "lonjas" de los "rebenques", empapados en sudor apenas sonaban.

El cisco suspendido en el aire comenzó a caer. Treparamos una loma y divisamos el centelleo de luces del "pueblo". Los caballos recobraban fuerzas. Como sombras entre la sombra seguíamos la marcha; de cuando en cuando los mandobles del relámpago iluminaban las extensas praderas.

—¡Apúrese, patrón! — dijo Marchena.

Llegamos a las chacras del pueblo. Doblamos por una serie de calles alambradas.

—¡Ahí, es — agregó señalando una luz.

Minutos después saltaba de su caballo, dejándole suelto, y corría hacia el rancho. Le seguimos.

Desde afuera se oían los ayes de Máxima, y Marchena espoleado por la idea de la muerte entró con precipitación. Ella se puso de pie y corrió a arrojarle en brazos de su

marido. Este apartóla y se detuvo. No se atrevía a aproximarse a la cama. De pronto volviése hacia su mujer, y con el dedo señaló el cuerpecito al parecer yerto, blanco, exangüe, cerial, haciendo un gesto interrogativo.

La madre dejó caer la cabeza sobre el pecho. Marchena entonces, sonriendo angustiosamente, lanzó-

se sobre la criatura, gritándola, besándola. Mas como le sintiera el cuerpo caliente aún, preguntó:

—¿Qué tiempo hace que murió?

—Media hora — repuso entre sollozos su mujer.

La consternación le electrizó. Irguióse, miró a su alrededor, se agitó, clavó sus ojos extáticos en la negrura de la penumbra. Echó

un manotón a la mesa, y se detuvo rígido; su sombra llenaba el aposento. En aquel instante apareció Carlos en el umbral de la puerta. Al verle, Marchena, rugiente, dió un salto felino, y cuando aquél inclinaba su cuerpo para entrar, arrojóse sobre él y le clavó un puñal en el vientre, exclamando:

—¡No quisiste venir a curarla! ¡Hemos llegado tarde!

El cirio titilante se extinguió, y una carcajada macabra fué a perderse en el silencio de la noche...

LA DIGNIDAD DE LA TRISTEZA

En adelante no habrá más clases que los tristes y los frívolos, los privilegiados y la plebe. Ni la sabiduría ni la sangre valen lo que vale el sentimiento, aunque valga más la sangre que la sabiduría. Pero fíjao cómo salen las palabras de la boca de un sabio que no siente: semejan el eco de otra voz que habló antes.

Los aristócratas de la sangre no tenían bastante sentimiento, y lo fingieron. Se les conoció la treta; por lo demás, no apuntaban mal. Sólo que la sangre no se hereda. Hay que hacerla. Este fué el error.

Yo no hablo ahora de los tristes que han sufrido o han tenido motivos de sufrimiento. Hablo de los que saben ser tristes, aunque no hayan tenido en sí motivos de sufrimiento. Para éstos su persona es todo el mundo; por eso son eco de todo el mundo. Un pobre se guarecía en una choza con su mujer, y un fuego de muerte quemó la choza y abrasó la mujer, y el peregrino vió la choza derruida, y vió el cadáver de la mujer, y vió, "además", la tristeza del pobre que lloraba por su dolor; por eso vió más el peregrino. Para el espectador, el cuadro siempre es más amplio.

Por eso el filósofo no va por el sendero, y sólo se detiene para contemplarlo desde su montaña, y desde el camino no se le ve, porque son muy altas las cumbres por donde cruza.

El peregrino va siempre triste, porque arriba llega el humo de las batallas y las risas no se oyen; se queda muy en lo hondo la alegría; pero la tristeza sube y forma en el firmamento mágicas tempestades. Cuando se calma la tormenta y el sol alumbra, se ve mejor la sangre que corre de la vispera y se oye el resoplido de la fragua donde se forjan nuevas armas para el día siguiente.

El triste torna a caminar, y en sus ojos oscilan las llamas de todos los dolores, y en su faz se reflejan todas las pesadumbres. Los ha visto todos y los ha sentido todas. Ha tocado con sus labios el cáliz, y los ha retraído en un gesto de dolor. Por veces descendió hasta los hombres y les suplicó, y algunos le escucharon, pero luego le dieron las espaldas. Así cruza su senda. Si le encontráis y le habláis, él no os habla pero os ve, y os siente, y se compadece de vosotros, y deseará que os salvéis. Vuestra charla y vuestra risa le han entristecido más. Le disteis la sensación de un muñeco que dice "papá" y "mamá" si le tiran del resorte, y él se irá preguntando dónde está la sangre y el espíritu del hombre. Y en verdad que, si no le seguís, es porque no habéis estimado el oro de sus lágrimas.

Vosotros pediréis más vino y más placeres, y, después de la noche báquica, otra vez pediréis más vino y más placeres; y nunca seréis buenos catadores, porque habéis dejado de probar el mejor vino y el mejor placer: la dignidad de la tristeza. Ahora no podréis mirar a lo alto, porque se anublan vuestros ojos. Tanto tiempo habéis permanecido en la sombra y en los sotabancos, que os quedáis ciegos si salís al sol. Seguid al peregrino y veréis todo el valle desde la cumbre y sabréis ser tristes. Sólo así tendréis dignidad y aristocracia. Dejad al pueblo que se divierte en la feria pagando las drogas de los charlatanes. Aquel que se conozca de entre vosotros, no permanezca entre la plebe. Fíjao en la faz pálida y en los ojos tristes del peregrino. Es el "hombre". Seguidle. El pliegue de sus labios es la joya de su pena

El hidraulicus

Según los libros que tratan del asunto, el teclado se inventó en el siglo XI. Sin embargo, un descubrimiento reciente en las ruinas de Cartago revela que el teclado fué conocido por los antiguos y permite reproducir un modelo de instrumento que usaban, llamado "hidraulicus", para estudiar bien las particularidades de su mecanismo.

Probablemente, antes de la fecha a que pertenece el hidraulicus existían órganos rudimentarios que funcionaban mediante el aire. Lo que parece cierto es que este instrumento fué el primero que funcionó con el agua y en el que se aplicaron unas palanquitas que hacían el papel de llaves.

Thilo de Bizancio, 200 años antes de Jesucristo, afirma que Sther-syllus inventó el modo de tocar con las manos el hidraulicus, y, según dicen Hero y Vitruvio, el agua desempeñaba en el órgano el mismo objeto que hoy tienen los pesos con que se cargan los fuelles.

En el Museo de San Luis, de Cartago, cerca de Túnez, existe una pequeña reproducción del hidraulicus en arcilla cocida.

¿Por qué ve el gato en la obscuridad?

La constitución especial del ojo humano no le permite adaptarse a una luz muy débil, pero algunos animales poseen la facultad de agrandar, a voluntad, la pupila de sus ojos, lo que les permite percibir la menor cantidad de luz que pueda haber a su alrededor.

Así sucede a los gatos, y si se observan los ojos de estos animales cuando se encuentran en la obscuridad, se notará que la pupila aparece sumamente agrandada. Esto permite al ojo recibir la luz por muy débil que ésta sea.

De este modo el gato, el tigre, y otros animales son capaces de ver en un medio oscuro mucho mejor que el hombre puede hacerlo.

V. GARCIA MARTI

Harún el Ahnap vislumbró en un sueño la fuente de la eterna juventud, y quiso descubrirla. Peregrino incansable, recorrió tierras conocidas, y se extravió en ignoradas. Una noche, descansando en una venta, que presentaba aspecto hostil a sus ojos de extranjero, oyó exclamar a un vecino:

“La noticia de la muerte de ese joven no me ha sorprendido; sabía que estaba sentenciado”. ¿Cómo? — le preguntó alguien — ¿sois mago? El anciano quedó pensativo un instante, y rompiendo el silencio de sus meditaciones, dijo al grupo:

“A los que estamos al borde del sepulcro nos nace un sexto sentido. Por él nos es dada una aguda penetración, y con esa penetración un pobre consuelo, compuesto de singular voluptuosidad y de triste ironía. A veces me basta mirar a un joven con atención para comprender si la muerte lo acecha... Con el pasajero de la venta he aquí lo acaecido.

“Ayer noche, no pudiendo soportar el calor, ese joven, visto por mí la sola vez que el azar hiciera encontrar nuestros pasos, colocó su lecho entre el marco de la puerta, y tuve el presentimiento de que apoyaba su cabeza sobre la losa de un sepulcro. El insomnio no es propiedad de la juventud, y a poco, a la débil claridad de la luna, durmióse con los labios entreabiertos. Sonreía, sin duda, al amable sueño, con una alegre flor, si puede ser flor la expresión espiritual corporizada en un gesto. Pero él ignoraba que la luz del astro, adelantando, tocaba ya su lecho, y que la flor feliz de su semblante se abría en una atmósfera de tristeza.

“Volví a mirar la puerta, creyéndola la de su tumba. Afuera, entre los sarmientos retorcidos de una parra, aparecían las estrellas, como uvas maravillosas, al alcance de la mano. Eso podía hacerme pensar en versos de amor, que en otros tiempos dijeron mis labios entre el zumbido de las abejas y el beso de las mujeres, y que hoy son regocijadas uvas de dulce licor, en las páginas eróticas de los divanes. ¡Pero no! Sentí un estremecimiento ante la sonrisa de mi compañero. Era tan bello, que me subyugaba. Además, el recuerdo de mi hermosura vive en muchas viejas mentes; mi rostro ha dado origen a más de una leyenda; por eso, algunos semblantes me producen tierna melancolía: son un cristal donde miro mis antiguos treinta años... El joven se despertó, y al incorporarse en el lecho se ruborizó un tanto: quizá temía que, al volver a la realidad, le adivinase su sueño. Después dióse vuelta para seguir durmiendo, o para rever con la memoria lo tejido por genios que, al cerrar los ojos, abren la ventana del espíritu. Agitándose repentinamente, exclamó:

“¿Sois vos, señor, el propietario de un nuevo modo de marcar el tiempo? ¿No sentía una voz que podría ser la de un reloj de arena, que al cobrarla se enloqueciese?”

El gusano misterioso

Por Angel de Estrada

—“Ni lo soy, ni siento nada — respondí.

—“Escuchad — agregó él; — tras de la puerta suena un tic-tac.

“Sentí frío, me arrojé al lecho. En el corazón de la puerta misma sentíase como un rechinar de dientes, con leves pausas, y el ruido parecía oír nuestras voces y callaba, y después, sobre nuestro silen-

tez y mi puño de la ciudad de Ancyra”.

“Un perro aulló en las cercanías. Eché mano al puñal presintiendo un asaltante. Misero de mí, el asaltante era bien impalpable, hecho de soplo que tiene la más poderosa vida, helando, al pasar, la verdadera. El carpintero se calló, el joven durmióse, reinó la cal-

furosa mordedura. Por un instante creí que el repiqueteo iba a despertar al dormido, con golpes de maza, al encajar como interiores clavos en el maderamen crujiente... El siguió sonriendo, casi medido por el tumulto, son oír que labraban su ataúd, mientras la luna, bañando todo el lecho, lo envolvía ya en su impalpable sudario. Cuando vino el alba un arriero le despertó. Yo no había cerrado los ojos y oí su despedida. “Adiós, hasta que el sol me vuelva a la tienda; ¡oh temeroso abuelo, fabricante de enemigos!”

“Sabéis el resto. Deshecho, ensangrentado, le recogían una hora más tarde, de un abismo. Parece que el monte le faltó bajo los pies por correr tras una nube rósea y nívea que volaba como un flamenco”.

Harún el Ahnap oyó todo el relato, sin añadir una sola pregunta o un comentario. En la mañana del nuevo día, buscando la fuente, prosiguió el peregrinaje. Sus pies, fatigados, ayudábanse con el báculo; pero la fiel ilusión le acompañaba, siendo viva luz que hacía más ligera su sombra. Sin embargo, algo nuevo dificultaba ahora su camino: el terror de las puertas. Elegía chozas sin ellas, al entrar en una población. Y cuando llegó a un desierto, pensó con placer, que, al cruzarlo, dormiría bajo tiendas de lona.

Y así fué, y Alá, al fin, se puso de su parte, y un día, al hundirse el sol, vió el brocal de una cisterna, idéntico al de su sueño.

“He ahí la fuente de la juventud” — exclamó; y tembló de júbilo y cayó extenuado al suelo. Sus labios estaban pálidos y febriles de sufrir sed. Pensó que en el mismo instante iba a aplacarla y a convertirse en realidad su esperanza. Le fué imposible moverse: “No importa — dijo; — mejor es beber de esa fuente en que hoy la tarde muere; mañana, cuando la aurora parezca nacer de la linfa”. Un estremecimiento contrajo sus oídos y conturbó su alma. El báculo, de pronto, se transformaba en pavoroso con un crujir de dientes. En el compañero de sus marchas, en el apoyo de sus pasos, el gusano del joven de la venta revelábase animado el misterioso reloj, marcador del tiempo, con el presentimiento de una última hora.

Harún el Ahnap no volvió a levantarse. El delirio de la sed puso una visión en sus ojos. La fuente marchó hacia él, y le arrojó un hilo de agua que resbalando sobre los labios fué a tocar el báculo. El gusano calló al contacto de la deliciosa frescura. Vida intensa agitó la madera, que se convirtió en tronco y se vistió de ramas, y se cubrió de flores y de frutos.

El pobre Harún se murió pensando que el único bien de la fuente de la juventud, había sido el de crear un árbol rebosante de nuevos báculos.



JABON REUTER

Delata a la persona que lo usa por la hermosura que proporciona al cutis y por su delicada fragancia.

70 centavos
cada jabón.

Dep. Gles: ILLA & Cía.
MAIPU, 73
Buenos Aires

cio, alzábase de nuevo con insistencia.

—“Es — dije — el gusano carpintero.

—“¡Ah! — contestó alegremente, — no le conocía; ¡eal, honrado trabajador, a dormir, es tarde”.

“Le pregunté si tenía enemigos en la comarca, si el puñal y su alfanje estaban afilados; y después de responderme que era la primera vez que por allí pasaba, rebotando de hilaridad, exclamó:

—“Abuelo, ¿qué significan esas preguntas extrañas, y qué esas temerosas muecas? Si tenéis miedo, no temáis nada; mi alfanje es de

ma; y era más pavorosa que el ruido, al llenarse con el insomnio de mi pensamiento. Sentí latir mi corazón como un eco que repitiera el roer del gusano; gruesas gotas de sudor corrían por mi frente.

“Pasó un instante; el joven volvió a sonreírse. ¡Cuán terrible forma de la ironía es el sueño con su aliento de ilusión! El rechinar del carpintero volvía, acompañando el latir de mis venas en las sienes. Rasgábase con golpes secos la entraña, la puerta se estremecía con sobresaltos, azorábase ante la revelación del misterio de su vida, y el reloj se transformaba en sierra, y el tic-tac acompasado en

UN GATO CON ALAS

Por Juan José Vélez

Un celemin de criaturas bonitas como rojos pimpollos de rosas, una colección de muñecas, chicuelas que frisarían las mayores, en los doce años; una bandada de mariposas por la variedad de los trajes en colores y formas, por la agilidad de sus movimientos en todas direcciones; y como un puñado de cabrillas juguetonas y alegres por el bullicio reinante entre ellas; rodeadas por la vieja ña Petrona, aquella tarde, hacían una excursión de placer por las lomas y las quebradas que, a espaldas de la casa de campo, constituían motivos especiales para la palestra de un pintor y tema de alta inspiración para el astro de los poetas.

Por allí, por esas ondulantes curvas de la preciosa serranía cordobesa "aquellas primas con sus primitos", en amigable camaradería, echaban sus cuerpecitos a correr y sus corazoncitos a barbotar dentro de los pechos, y sus espíritus a revolotar, cuando una de las chicuelas alcanzó a distinguir, "un gato con alas", decía ella, que trepándose por el tronco de un molle y golpeando fuertemente con la garras en las ramas secas, producía el efecto de un monstruo, malhumorado por la presencia en sus dominios selváticos de tales visitantes; y fué lo bastante para que entre la chiquillada cundiera el pánico y, en fuga precipitada, en loca carrera, haciendo la punta quien fuera la primera en divisar "el gato con alas", de regreso a las casas, voltearan en el trayecto, dado el apresuramiento que llevaba, a ña Petrona que, fué haciendo de "madrina" de esa majada de blancas ovejitas, ahora locas de miedo por lo que habían visto.

Nosotros, los mayores, que habíamos quedado en el patio de la casa con ño Rufino, al verlas llegar, perdiendo unas en la fuga algunas prendas de vestir, ya las blancas cofias, otras los delantales, las menos las sandalias y una que lo ocultaba aunque chiquita muy taimada, las bombachitas; corrimos a recibir las y averiguar el motivo de esa inusitada gritería, porque todas querían contar lo sucedido y fué imposible entenderles, pues hablaban todas a la vez, y muy asustadas entre ellas mismas, no acertaban a definir su propia situación.

—Un gato con alas ¡enorme! y ¡bravo! —gritaba la que primero se dió con el hallazgo. — Cierto, ciertito, —profería a grandes voces otra que se caía de cansada, la cara como un tomate, el peinado revuelto. — "Un gato con alas" — repetían a coro, pasmadas del suceso, metiéndose de rondón por las piezas, atropellando a la madre, corriendo a echarse en los brazos de la abuelita quien, mirando por sobre los anteojos, permanecía muda de sorpresa ante esa barahunda que se le venía encima.

—¡A ver! hablen claro — les gritó ño Rufino, parándose en medio de todas, de poncho, chambergo, el cigarro de chala con anís en grano chisporroteando en los la-

bios gruesos, como ancuas tostándose en la olla—. A ver: ña Petrona —le preguntó a ésta que aliçada, rengueando más de lo de costumbre, traía en las manos las verdes antiparras.

A ver! Usted que las ha llevado a las niñas, diga, qué vido Vd. o como siempre, qué no vido? —Calle hombre! —contestóle — si me han traído a empujones y apenas gritaron al ver el bicho, no alcancé a divisar más que un bulto pardusco, de cola ancha, descolgándose por el tronco del molle seco que está al fondo de la quebrada, y ya me llevaron por delante.

CONTRASTE

Porque en ellas los tesoros arcangélicos asilas y a velar por sus joyarios tu inocencia les convoca, los corsarios del Ensueño se han dormido en tus pupilas y su enseña de combate sopla brasas en tu boca.

No despiertes a esos bravos que a tu imperio se vinculan pues con ser gente de guerra, temeraria y levantisca, ¡sabe Dios qué madrigales de oro y sándalo acumulan en las dárseas goyescas de tus ojos de odalisca!

Pero no, juzga tu misma: son mis ansias apremiosas, son mis títeres bohemios que han querido soñar cosas inefables al reparo familiar de tus antojos,

y que luego, al alejarse de esos áureos camarines, volverán a ser aquellos taciturnos arlequines que colgaron sus dolientes mandolines en tus ojos!...

Miguel de ARZUBIAGA

—Velay! la guapa —refunfuñó ño Rufino, echando un "seca" — no vido nada! Ja, ja, ja, la guapa! —y salió para la ramada.

En seguida estuvo de vuelta, montado en su overo lunanco, y nos invitó a que fuéramos a salir de la curiosidad. Y allá en marcha; un silbido del viejo reunió a los perros que remolineando a su alrededor, parecían adivinar el motivo de la excursión.

Atardecía. Por la angosta que brada avanzaban las sombras envolviendo la arboleda en su capuz ceniciento. En las laderas de las lomas algún animal vacuno rumiaba el pasto comido durante las horas de sol radiante. Tras del viejo, seguía "la columna de valientes" que, nos asustábamos de cualquier ruido intempestivo; ya el brinco de algún sapo que se cruzaba en el camino, bien el repentino volido, a ras del suelo, del "dur-dur-mi". Cada vez, el silencio era más notorio, y ya cuando se hizo la noche, pensamos en regresar, porque nada encontramos de lo que buscábamos.

Frente al molle, un árbol totalmente seco, que estiraba su rama-

je como brazos descarnados por sobre el espeso monte que lo rodeaba, examinamos con detención sus alrededores y, nada despertó nuestra curiosidad; aquello permanecía en su quietud milenaria, sin asomo alguno de novedad.

Ya volvíamos grupas a las casas, cuando ladró uno de los perros en dirección al tronco del árbol; y escuchamos el tarasconeo de unos fuertes golpes sucesivos, como dados por un martillo en la madera, y notamos que el ruido de estos golpes, iba en aumento a medida que su ejecutor ascendía gradualmente por el árbol, hasta que en unas de esas vueltas, caracoleando a su alrededor, lo alcanzamos a ver; en efecto, era "un gato con alas", pues no de otro animal era su cabeza, con aquellas orejitas paradas de punta y aquel rostro diabólico, del que parecían saltárseles unos ojos vivarachos; caminaba como por un plano horizontal, a cortos saltos, y siempre golpeando fuerte en los gajres y dando estridentes gritos, indefini-

El cutis grasoso

Las señoras que lo poseen están más favorecidas que las que tienen la epidermis reseca, pues es más resistente y las tan temidas arrugas de la vejez siempre llegan más tarde. La Crema Vasenol, que suministra a la piel sus elementos nutritivos, no debe confundirse con las anunciadas cremas exentas de grasa, que no son otra cosa que sustancias jabonosas que, aunque ablandan el cutir, no lo conservan, apresurando por esta causa su envejecimiento. Si quiere cuidar su rostro de un modo natural y científico, use siempre la Crema Vasenol.

chicuelas y a la misma ña Petrona: de improviso estuvo en la rama más alta del molle que, a su peso se combaba produciendo el vaivén del equilibrio balanceándose no sin cierta agilidad que, resultaba quijotesca, a la vista de un pelotón de muchachos, dispuestos a ultimarlo a pedradas, por malo, por atrevido, por sinvergüenza. Y allá fuimos.

A la vislumbre del sol que se entraba y destacaba mejor a este monigote que se entretenía en rasguñar las ramas contra las que también a ratos frotaba su grueso y duro pico, le apuntamos con nuestros rifles, seguros de empujarle los balines en la nuca, trepado como estaba en posición vertical y presentándonos de blanco el esternón. Cuando sonó el tiro, instantáneamente se produjo la caída del quitilipe, abrazándose con las alas al gajo seco, después al tronco, hasta dar en tierra, profiriendo aturridora alharaca, que causó en los espectadores cierto contagioso temor, y muy natural, en quienes no conocíamos al personaje.

No Rufino, sacándose el poncho, se aproximó con precaución el teatro del suceso y, en tanto, de algunos metros de distancia a donde habíamos quedado "los valientes", vimos que lo levantaba en alto, tomándolo de ala a ala, y aun con los brazos abiertos, todavía el cuerpo hacía una curva hacia abajo; como que no alcanzaba el viejo a estirarlo bien.

Era el famoso quitilipe, un enorme buho, que herido en el esternón, había muerto instantáneamente: raro animal de rapiaña, hermoso ejemplar de la especie, fácil en verdad de ser confundido con un gato por sus redondos ojos fulgurantes, su cabeza chata, su pluma que imitaba admirablemente la piel y las orejas de punta; cargamos con él y regresamos a dar cuenta de nuestra pesquisa.

En las casas, se nos esperaba con explicable ansiedad por todos; ña Petrona cebaba el mate a las personas mayores y, la chiquillada vocinglera, con tizones encendidos en las manos, corría por el amplio patio en todas direcciones, a la caza de tucos. Cuando enfrenamos al guarda patio, el que traía el quitilipe lo arrojó de sopetón al suelo y, allí se produjo la desbandada, sin animarse nadie a llegar al magro bulto tirado allí... Poco a poco, pasada la sorpresa, unos con miedo, pero más curiosos que cobardes, todos por fin se acercaban a cerciorarse de lo que era este bicho raro, que había asustado esa tarde a las niñas, llevadas por ña Petrona a pasear por la quebrada.

Atila!... ¡Aquí, Atila!...

Indudablemente, la mentalidad del perro contiene varias incógnitas que escapan aún al análisis de los naturalistas. Sus virtudes esenciales: obediencia, sumisión, fidelidad, experimentan en ciertos momentos breves crisis, que no constituyen una rebelión, sino una momentánea distensión de nervios, necesaria al buen equilibrio del día.

Y esto es tan cierto que, cuando vuelven hacia el amo, éste no puede ver la alegría que les brilla en los ojos, ni la risa perruna que les abre la boca dejando ver los dientes.

Atila, inquieto rough-terrier, llegado hacía poco a Constantinopla con su joven patrón, de servicio en el "Arquimides", había sabido guardar gran dignidad europea en las primeras excursiones a través de la tumultuosa ciudad. Considerar como hermanos a los perros turcos?... ¡No!... ¡Tolerar sus inspecciones anatómicas?...

¡Nunca!... Y con un sordo gruñido había mantenido a distancia a los que quisieron acercarse.

¿Por qué, pues, al atravesar el puente de Gálata para ir a Sтамбуl, se puso a correr entre las personas y los vehículos, sin hacer caso de los enérgicos y repetidos llamados del patrón?

—Atila se ha vuelto loco —pensaba éste, acelerando el paso, para alcanzar al perro. Desde hoy, bozal y cadena... ¡Ay... ¡Debe ser él!

La exclamación ¡ay!, se refería a una serie de ladridos que surgían de un lugar rodeado de transeúntes, que debían estar contemplando una escena, y las palabras de aprensión expresaban la certidumbre de alguna travesura cometida por Atila, ya que era fácil reconocer que los ladridos no eran suyos.

—¡Ah!... ¿Es suyo este feroz animal?—le dijo en francés una señorita, dirigiéndole la palabra sin la menor benevolencia, mientras se afanaba por librar de los ataques de Atila a un rough-terrier que sostenía a poca distancia del suelo.

—¡Mío!—contestó el joven, un poco anhelante.

—Pues entonces tenga la bondad de sujetarlo... Cuando se tiene un animal semejante, se le pone un bozal... ¡Mire cómo sangra mi pobre Trudy!

El sentirse culpable, da lugar a dos únicas consecuencias: o a hacer gritar o hacer callar.

Atila experimentó la primera con dos puntapiés, que recibió como inmediata corrección, y el hombre se atuvo a la segunda, porque la voz irritada de la muchacha mal disimulada inflexiones de una dulzura casi musical; porque los ojos claros eran magníficos, y los labios muy rojos, y los dientes muy blancos, y el aspecto de aquella mujercita encolerizada era de lo más seductor.

Pero la joven, sin oír casi sus disculpas, le volvió la espalda gritando: ¡"Bruto!", y siguió su camino entre la multitud, perdiéndose de vista.

Pío permaneció inmóvil durante unos instantes mirando a Atila.

—¡Qué lindo papel me has hecho hacer!—murmuró como si hablase con un individuo de su propia especie.

ATILA Y TRUDY

Por Guido Milanese

La embajada de Inglaterra ofrecía en Therapia el garden-party oficial con el cual festejaba todos los años su traslado del palacio de la calle Tépé-Back, en el barrio de Pera—solemne residencia invernal—a la paradisíaca villa edificada en la orilla europea del Bósforo.

gunas palabras, pero como entre personas que no se conocen, y, a decir verdad, de un modo poco cordial. Fué a propósito de una pelea de perros.

—¡Ah!—exclamó el ruso alegremente. —¿En el puente de Gálata?... ¿Es usted el dueño de aquel animal feroz que se atrevió

Si quiere surtirse con facilidades de pago en la mejor casa de Sud América, llene y remita hoy mismo esta

Solicitud de Crédito

Buenos Aires de de 19

Casa A. CABEZAS:

SARMIENTO esq. SAN MARTIN — Buenos Aires

Deseando adquirir mercaderías de esa casa hasta un valor de pesos m/n. de c/legal

(\$ m/n.) solicito un crédito por dicha cantidad con amortizaciones del 10 o/o mensual y propongo de co-deudor al Sr. de profesión domiciliado

FIRMA DEL CO-DEUDOR
En prueba de conf. y para cotejo

Domicilio

Comercial

Particular

Elegamos dar datos exactos para facilitar el pronto despacho.

FIRMA DEL SOLICITANTE

Domicilio particular

Donde está empleado

Esc. u Of.

Nom. y apel. comp. del solicitante

La Casa más conveniente para compras

A. CABEZAS

La multitud internacional se agolpaba en los magníficos jardines de la embajada, viéndose a numerosos militares y marinos con sus brillantes uniformes de gala.

—Usted dice eso del beso, inspirándose en aquella boca—dijo un teniente de navío ruso a un oficial italiano, con el que se había detenido a charlar junto a una joven que era el centro de un círculo de admiraciones masculinas.—Veo que no tiene ojos más que para ella... Es una paisana mía... ¿La conoce usted?

—Sí y no... La miro porque...

—¿Cómo sí y no?... Es la princesa Vera Oloieff, hermana de un "attaché" a nuestra embajada, un nombre ilustre y una fortuna magnífica.

—Con ese sí y no, quería indicar que he cambiado con ella al-

a morder a la preciosísima Trudy, que cuenta infinidad de ilustres antepasados? ¡Ah, ah!... ¿Con que era usted?... Durante tres días no se habló en la embajada de otra cosa, y eso que todo estaba revuelto con el dichoso asunto de Serbia... "Dimitri!... ¡Nicolás!" —llamó, dirigiéndose al grupo de hombres que rodeaba a la princesa. —¿Sabéis?... ¡Aquí está el propietario del famoso perro! Diríase que el oficial ruso había anunciado la resurrección de Julio César o el hallazgo de algún habitante de Marte, tal fué el asombro que se pintó en todos los semblantes.

—¿Cómo?—exclamó Vera Oloieff(dando algunos pasos. —¡Ah! Lo reconozco: es él.

Cómicamente solemne, el oficial ruso hizo la presentación:

—El teniente de navío Pío Chiaramonti, de la real marina italiana, que tengo el honor, el difícil honor, de presentarle...

—El bruto... —dijo Chiaramonti inclinándose.

—Es de pésimo gusto, señor —contestó la princesa, alargándole la mano, —jactarse de sus cualidades.

—¿Debo preparar el champaña de la reconciliación? —preguntó el oficial ruso.

—Si esta es una manera discreta para dejarme estudiar a solas un bruto, ¿por qué no?... Es una delicadeza que aprecio.

—Señores —exclamó el oficial ruso: — el francés de la princesa Olga es de una claridad impresionante, así que... —hizo un gesto que indicaba: "Vamos..."

—¿Como está Trudy. —preguntó Pío con un interés que tenía toda la apariencia de la sinceridad.

—¡Ah!... ¡Al fin encuentro una persona que no me pregunta por mi salud! —repuso Vera. —Gracias: Trudy tiene unos arañazos en el cuello.

—Y yo otros en el corazón... Vera lo miró entornando los ojos e hizo un gesto de pilluelo.

—¿En el corazón? —dijo. —¡Caramba!... ¡Es cosa grave!... ¿Y qué Atila ha podido hacérselos?

Chiaramonti apretó los labios para impedir la repuesta impetuosa, y luego contestó:

—El remordimiento, o mejor dicho, la mortificación.

—Conozco la psicología de los dueños de perros y sé perfectamente que todo su arrepentimiento es falso. ¿Cuántos años tiene?

—¿Quién?... ¿Yo?... Veinticinco.

—Quiero decir Atila.

—Cuatro.

—Veintitrés.

—¿Quién?... ¿Trudy?

—¿Pero qué dice usted?... ¡Yo! Trudy tiene dos. ¡Qué extraña conclusión se deriva de ahí!... ¡Adiánela!

—Déjeme respirar un poco... Le confieso que este duelo dialéctico me desconcierta. Diríase que usted, por venganza, quiere hacer de mí una Trudy agredida por un Atila... Me declaro vencido y le pido mil perdones, rogándole que cambie de estilo.

—No se inquiete —dijo Vera sonriendo. —La conclusión era perfectamente inocente; entre nosotros dos existe la misma diferencia de edad que entre nuestros perros.

—¿Y con eso?

—Nada... Tonterías de mi raza. Todos somos un poco fatalistas, y se me ha ocurrido la idea de que nuestros destinos están unidos a los de Atila y Trudy... Como le digo: tonterías. ¿Dónde está Atila?

—Aquí afuera, a dos pasos, vigilado por un marinero. ¿Quiere que vayamos a verlo?

—¿Por qué no?

—¿Vámonos sin que nadie lo advierta?

—¡En seguida!... ¿Pero qué dirán los infinitos satélites que se ven privados de su astro?... ¡Qué eclipses en todas las órbitas!

—Ahórreme esas imágenes astronómicas, que no me interesan, y vamos.

Salieron por una verja al camino que costeara el mar. Sus ojos indagaban la larga fila de automó-

viles que esperaba ante la villa.

—¡Esto sí que es extraordinario! — exclamó Chiaramonti. — Mire allí... allí, cerca del banco... ¿No los ve?

Donde el joven indicaba, Atila y Trudy, ebrios de libertad, jugaban como locos, corriendo, saltando, dando evidentes pruebas de una fraternidad entusiasta.

Vera continuó avanzando hacia los "rough-terriers", y Pío la siguió diciendo:

—¿Ve qué amigos son? ¿No decía usted que nuestros destinos estaban ligados a los suyos?

—Tonterías... —repuso Vera.— No se haga usted el Atila... Debo tomar el ejemplo de Trudy, que escapa siempre ante los avances de su compañero... Nos están mirando todos los chóferes de Constantinopla.

Y agregó algo ininteligible.

—¿Qué ha dicho? — preguntó Pío.

Una palabra rusa.

—Tradúzcamela.

—No: para traducir algunas palabras hay que pedir permiso al tiempo. No insista y volvamos. Nos espera el champañ de esos señores.

—¿Es tan indispensable?

—Trudy es muy sabia y aconsejaría que sí. Y Atila tiene que ser prudente también... Vamos.

Y entraron por la puerta rodeada de glicinas a confundirse en el oleaje de la fiesta y a bromear al borde de una copa de champañ.

Chiaramonti no era rico. Al día siguiente pidió al buen comisario de a bordo que le adelantase un mes de sueldo y corrió a casa de un ojero, al que encargó un collar extensible de oro y cuero de Rusia, con la siguiente inscripción: "A Trudy, Atila y Bruto, 22 de julio de 1914".

Cuando el collar fué enviado a la embajada rusa, Pío tuvo la gran alegría de recibir en seguida una carta firmada por Vera Oloieff. Pero su gozo fué seguido de profunda pena.

"Mi querido amigo: Trudy ya ha estrenado su precioso regalo y está llena de alegría, de gratitud y de otras cosas que no sabe decir, pero que deja adivinar a Atila, solamente a Atila. Pero se le preparan días tristísimos; esta noche se va a Petrograd. Austria ha enviado un terrible ultimátum a Serbia, y se temen consecuencias terribles. Mi hermano, a quien se le ha encomendado una misión urgente para el zar, quiere que lo acompañe, porque gozando yo de la confianza de la zarina, puedo serle muy útil. Pero que Atila esté tranquilo: Trudy le será fiel; se lo jura. No se separará nunca del collar de oro. Cuida usted de que no se le curen los arañazos que tiene en el corazón.

Trudy está convencida, de que, en la vida, el tiempo nada vale, sino la intensidad de ciertos momentos. ¿Lo comprende, Atila? — Vera."

Pocos días después recibió otra carta. ¡pero con cuánta angustia! Ya se había declarado la guerra.

"... ¡Cjalá pueda llegar hasta a las de que se clerran las fronteras. No puedo predecir los acontecimientos, pero tengo la certidumbre de que Trudy y Atila seguirán siendo amigos, ya que imaginar lo contrario sería para Trudy casi la muerte. Guardo el collar de oro, recuerdo de un día radiante, y ruego a Dios para que Atila y Trudy puedan verse muy pronto. Y

ahora, ¿cómo podré escribirle?... Recuerde que, una vez terminada la guerra, puede averiguar mi dirección preguntándola en la embajada. Además, tengo una tía en París, la princesa Ana Wolkoff, que vive en Champs Elysées 124. No se olvide. Trudy está desesperada. Ya ve usted qué mal escribe.

Suya afectísima. — Vera Oloieff."

x x x

Los años de guerra transcurrieron lentos, enormes clepsidra de cadáveres.

PUESTA DE SOL

Las aulagas lucientes, adorno del granito,
Doran la áspera cumbre como una rica pluma;
A lo lejos, aun rutilo por su barra de espuma,
Inmenso el mar dilata su manto al infinito.

Está a mis pies la noche. No suena un solo grito.
El hombre entra en la choza humeante que se esfuma
En el azul y el Angelus deslíe entre la bruma
Sus lentos ecos, pésames de un corazón contrito.

Entonces, cuando expira el son de las campanas,
De landas y barrancos suben voces lejanas
Y se oye de un rebaño el tardo andar sonoro.

Se enluta el horizonte turbio y la muda tierra;
Y el sol, que muere sobre un cielo torvo, cierra
De su rojo abanico el varillaje de oro.

José María de HEREDIA

Ascendido a teniente de navío, Pío Chiaramonti pudo salvarse del hundimiento del Amalfi, en donde su fiel Atila halló la muerte...

Mas tarde fué enviado al regimiento San Marcos, siendo herido por un casco de granada, recibiendo la segunda medalla de plata al valor.

¿Vera Oloieff?... ¡Ah, sí!...

Un recuerdo, evocado a veces en las terribles noches de batalla; la última visión de los días de paz... Recuerdos, sonrisas, en los que era mejor no pensar.

El imperio ruso se había desplomado, cayendo sus ídolos en un mar de sangre. ¿Cómo saber dónde se hallaba Vera? Las embajadas rusas ya no existían, y, los prófugos, interrogados, nada sabían con certeza.

¿La princesa Oleieff?... Estaba en Berlín... No; en Constantino-

pla... Otros aseguraban que debía haber muerto. ¿Cómo era posible que se salvase una amiga íntima de la zarina?

—¡Muerta! — pensaba Pío, al entrar en el magnífico portal de la casa situada en la avenida des Champs Elysées 124.

Había llegado a París, y al día siguiente debía hallarse en Londres, encargado de secreta misión. No quiso partir sin buscar noticias de Vera.

—¿La princesa Wolkoff?... No vive aquí desde hace mucho tiempo, señor — contestó el portero. — Está en el sanatorio del doctor Cinsky, calle Miguel Angel.

—¡Ah, ah!... Princesa es demasiado, señor... Aquí se la llama simplemente Vera... Ya el engaño de la nobleza no atrae clientes... El empresario está muy ocupado y no puede recibirle — dijo el mozo. — Además, le diré en confianza que Vera no es mujer para usted.

—Pero no la busco para eso — balbuceó el teniente. — Necesito su dirección para un asunto de dinero.

—¿Dinero?... ¡Ah, pobre señor!... Esa mujer debe a todo el mundo... Pero aguarde un poco... Voy a decirle donde vive...

Buscó en una libreta sucia y leyó:

—Calle Montalivet 251... Casa de pensión de la señora Bignard, apodada la Aspirina.

De la puerta, abierta a medias, surgió una cara en la que se leían todos los estragos del vicio.

—¿La señora Bignard? — preguntó Chiaramonti, comprendiendo que toda la Crucis termina siempre en el Gólgota.

—Soy yo.

—Deseo hablar con la señorita Vera...

—¡Ah!... ¿Vera, la Rusa?... Si es para cobrar algo, puede retirarse... La primera que tiene que cobrar soy yo.

—No se trata de eso... Llévela esta tarjeta y dígame que deseo hablarla.

La horrible cara desapareció. A los pocos minutos oyó una exclamación y luego un "¡No, no!", enérgicamente repetido.

—No quiere recibirlo... ¡Estas rusas tienen cada idea!... Es el efecto de la cocaína... Pero me ha dado esto para usted.

Y le entregó una cajita y una carta, cerrando después la puerta con gran estrépito.

A Pío le pareció que una piedra sepulcral caía sobre una tumba.

Abrió la carta y leyó:

"Por su honor, Atila debe prometer a Trudy que no abrirá esta caja sino después de transcurrido un mes".

Los treinta días transcurrieron lentos. Chiaramonti hallábase en Tarento, a bordo del cazatorpedero Sella, cuando, encerrado en su camarote abrió la caja con la solemnidad con que se abre un relicario.

Dentro había un anillo de platino con una espléndida esmeralda.

Y en el interior del aro, una inscripción decía lo siguiente:

"A Atila, con todo el amor de Trudy. Petrograd, 12 de agosto de 1914".

En respuesta a su telegrama urgente enviado a París, a la calle Montalivet 251, Chiaramonti recibió una sola palabra: "Fallecida".

PIEDAD

Al caer Jesús, uno de los soldados del Pontífice rompió el cristal del silencio que sucedió a su caída, con la piedra de esta afirmación:

—No tiene fuerzas para llegar hasta el calvario.

Ante la posibilidad de que se frustrara el espectáculo de la crucifixión, la turba se estremeció de cólera, semejante a un mar que, óvido de naufragios, se altera.

Entonces, el más encolerizado de la turba hizo posible, ayudándole a soportar la cruz, que Jesús llegara vivo hasta el Gólgota.

R. PEREZ ALFONSECA

Palabras que no se perciben

Leyendo el diario de Sesiones del Congreso, la esposa de un diputado, dice a su marido:

—En esta legislatura tú no hablaste.

—¡Como que no! Hablé, y repetidas veces.

—Pues he leído dos veces el diario de "Sesiones" y no encuentro en ninguna parte tu nombre.

—Mira: ¿no ves aquí donde dice: "Palabras que no se perciben"?... Pues era yo.

¡Hombre al agua!

Por Manuel Lustres Rivas

(MEMORIAS DE UN GRUMETE)

—¿Y a qué altura estamos, muchacho?

Me interrogaba el marinero portugués con acento bronco y desganado. Yo veía su sombra ante mí, desdibujada, fantástica, trazada como un borrón negro en el fondo tenebroso que pintaba la niebla espesa. La luz del cigarro que chupaba ponía en su rostro una claridad livida e inquietante. Sus pupilas, verdosas y duras, concentraban su fulgor hipnótico contra mis ojos.

—Mira, muchacho, una noche tal como ésta, ahí, en el cabo Espichel, nos embistió un vapor inglés... Pero ¡qué demonio!... ¿Para qué recordarlo?... Tomé un baño largo, de dos horas por lo menos.

¿Sabes por dónde andamos?

Yo no lo sabía. Sin embargo, contesté, pausado y firme, en tono doctoral:

—Estamos norte-sur, cuarenta y seis millas a la mar, con cabo Mondego.

—Mala noche para este sitio. Toca la bocina y ¡joj!, que se cruza mucho por estas aguas.

Tomé la cargola y la apliqué al oído, escuchando el sonar armónico de un oleaje lontano y poderoso. Luego mis pulmones llenaron de aire sus oquedades y volaron unos acordes de vibración densa, que resonaron, clamorosos y fuertes, en la tupida trama atmosférica. Los repitió en redor, el eco, amortiguados y distantes. Y tornó el silencio.

Soplaba fresquito el viento del Suroeste y ganábamos para el sur, abierto el aparejo por babor. Los faroles de situación clavaban en la mar adormilada sus luces cabalísticas en un temblequeo agitado. Nos ceñía por ambos costados la iluminación vagorosa del aire: verde a la derecha y rojo a la izquierda, en unos halos móviles y funambulescos.

Oíase a las veces el chasquear de las velas altas que flameaban y el chirrido del gobernal empujando a la goleta para tomar el viento.

Iban nuestras miradas a hundirse en las tinieblas que nos circundaban, con afanes de ver más allá de las telarañas compactas que la niebla hilaba.

Desde mi puesto de vigilancia observaba yo al marinero rubio en el timón, erguido y atento al velamen, alumbrado por la luz de bitacora, a la que relucía su ropa de aguas como la piel brillante de un monstruo escamoso. En sus barbas doradas la niebla había colgado una escarcha de gotas menudas que fugían como chispas diamantinas.

Vinieron de barlovento los sonidos agudos de una campana avisadora. Casi simultáneamente vibró por estribor, estridente y cercana, la sirena de un vapor.

—¡Cuidado, muchacho! — dijo una voz queda y tranquila desde la toldilla de popa. — ¡Abrid bien los ojos!... ¡No durmáis!

Apliqué contra mis labios la caracola. Vibró prolongado su ronquilo formidable.

—¡Orza, orza! — grité.

Avanzaba por nuestro través una mole resplandeciente. Ignescia la atmósfera con las constelaciones de luces que cuajaban sus costados y sus puentes. Las aguas se abrían a su rápido andar, espumosas e hirvientes, en cascadas argenteadas.

Obedeció la goleta al timón hasta ponerse en línea paralela con la que seguía el transatlántico, que pasó rozándonos. Las oleadas que levantaba imprimieron a nuestra embarcación unos balanceos lentos. La espuma lechosa que alzaban sus hélices salpicó nuestras velas bajas.

Estuvimos un rato al paio; el aparejo de proa, en contra, y la mayor, hinchada de viento: quietos.

Sonó más cercano, a barlovento, el tañido de una campana.

—¡Cuidado a proa, muchachos!

Corrimos al castillo el portugués y yo. Apoyados en el cabrestante, escudriñábamos el horizonte tenebroso.

Agorero y lúgubre susurró el lusitano:

—¡Mala noche y mal sitio!

Y vuelto hacia mí:

—Mejor que en esta barahunda quisieras verte en un café de Santiago fumando tu buen puro y charlando de mozas con los amigos, ¿verdad, rapaz?

Me encogí de hombros y no le contesté.

Poco después gritó el portugués:

—¡Barco por la proa!

Venía un gran velero navegando a un largo. Las velas subían a muy alto, agrandadas en la intensa penumbra.

—¡Pasa, pasa!

Cruzó ante nosotros como una nube rasante y colosal. Se perdió en la sombra, fantástico y gigantesco, como una sombra más densa.

Maniobramos. El timón cayó a sotavento, y la goleta fué declinando lentamente hasta ponerse a la vía, filo al viento.

Una voz de mando rasgó el silencio:

—¡Brazal!

Acudimos al cordaje y halamos de las vergas para orientarlas al viento.

Un acento de angustia clamó:

—¡Hombre al agua!

—¿Quién fué?... ¿Por donde?...

—Aquí, a babor... No hay cuidado: tengo una cuerda en las manos — se alzó la voz del portugués desde la mar.

Llegamos a la borda. Sentimos el ruido sordo de un cuerpo a rastras por el agua.

—Portugués, ¿te izamos?

—Un momento de espera. Quiero coger el chaquetón de aguas, que se me fué; pero no veo...

Lo subimos a bordo.

Comentó el suceso con estas palabras:

—¡Si no es por la braza!... Lo que siento es el chaquetón nuevo. Me había costado cincuenta reales en Caminka. ¡Maldita la suerte del marinero!



PIC-NIC BAJO LA FRONDA...

Don Guillermo es un hermoso ejemplo de jovialidad y austeridad a la vez. Sus amigos se lo disputan porque saben que él es el verdadero "animador" de toda fiesta.

Y sin embargo, ¡que correcto, que mesurado en todo! Jamás amigo alguno pudo decir que Don Guillermo se "pasó" en una uña. También como se cuida! No niega que a Edgard Poe lo inspiraba el alcohol, pero él dice que se siente muy bien así, sin ser Poe...

Tranquilamente sin armar bulla, saca del hielo su botellita de Malta Palermo y la paladea calmamente, especialmente después de la comida, con la cual goza de una excelente y placida digestión y conserva siempre la cabeza clara y firme.

EN TODOS LOS ALMACENES
DEL PAIS

Cervecería Palermo S. A.
BUENOS AIRES



Malta
PALERMO

El mendigo de la catedral

Por Juan J. Díaz Morales

Invariablemente, todas las tardes, al dar las tres, se le veía entrar por la puerta del Nino Perdido, seguir por los claustros bajos de la catedral de Toledo y sentarse en los escalones de piedra, sobre la boca del aljibe. Dejaba en el suelo, a su derecha, un envoltorio mugriento, que exudaba un penetrante olor a cocido; cruzaba las piernas, repuscaba en los bolsillos unas colillas, y, mientras sus dedos negros atenazaban un cigarro en forma de arco, dejaba volar la vista por las bóvedas del claustro.

Algunos canónigos que cruzaban lo miraban desdenosamente, mascullando entre dientes:

—¡Está loco!

El viejo miraba lentamente, hacía un gesto despreciativo y contestaba:

—Ya me voy; no protesten. Yo me río de todo. ¡Simplezas!

Los guías e intérpretes — hemipteros toledanos — que, frente a la puerta de la Presentación, esperaban la llegada de algún turista se reían de él y le zaherían brutalmente:

—¡Eh!... Tú, Caminito... Pintamonas... ¿Qué buscas en el techo? ¿Un vaso de vino? ¡Fuera, gandul!

Cuando empezaba el coro, a las tres y media, se levantaba perezosamente, recogía su envoltorio y se internaba en la catedral. Torcía a la izquierda, pasaba sin detenerse por la capilla de San Pedro, y bajo el Transparente, frente al sepulcro de los Lunas, se sentaba sobre un macizo de columnas.

Y allí en la penumbra de luz tamizada por los rosetones de los ventanales, permanecía tres horas acurrucado como un perro...

El reguero de luz, al pasar por los cuerpos de los santos de las vidrieras, se dulcificaba y descomponía, cayendo sobre el viejo en haces verdes, rojos, amarillos..., esperanza, sangre, ilusión...

De vez en cuando se le oía susurrar sordamente:

"Sus ojos verdes también parecían un reguero de luz... que se clavaba en mi nuca. ¡Tengo celos de la luz! ¡Quería matarme a mí y matarla a ella! ¡Si al menos tuviera un amigo!... ¡No; no quiero amigos! ¡Patrañas!"

Cuando el vara de palo le avisaba que se iba a cerrar se daba por enterado con un gruñido, y sordamente desaparecía por la puerta Llana.

Cuando yo lo conocí era un espectro. Una tos seca, honda, le sorbía la vida por instantes. En sus ojos, inmóviles, se adivinaba un arco violáceo, y su labio inferior caía sobre la barba como un desgarrón.

Traté alguna vez de desviar su vida; pero él siempre me salía al paso:

—Jamás. Caminaré hasta donde pueda. Cuando me canse me tenderé en el suelo y no me levantaré nunca. ¿No me entiende? Mejor. ¡Cállese!

A menudo sus nervios le hacían traición y desbarraba. Le acometían accesos de cólera y no permitía que hablaran a su lado. Su voz se hacía entonces más ronca y sus ojos, redondos, parecían dos carbuncos:

—¡Canallas!... ¡Dejadme! Estoy llorando por dentro... Por mí y por sus ojos verdes... ¡Canallas!...

El final era una larga postración, que terminaba en una taberna de la calle del Nuncio Viejo.

Se acababa rápidamente. Más de una noche lo recogieron medio muerto en los soportales de Zocodóver, frente al Mesón del Sevillano.

Cuando podía tenerse en pie abandonaba el hospital y volvía a su vida.

EL JUICIO DE LAS FLORES

(Leyenda)

(Del libro "El hilo de oro", recientemente aparecido)

Las flores van al cielo después de su existencia, lo mismo que las almas, para el juicio divino. Un Angel que es un sabio jardinero, sentencia según cómo llenaron su piadoso destino.

Suben las amapolas en nubes encendidas, y llegan en las tardes sonrosadas, las rosas; perfumando, dan cuenta de sus frágiles vidas, casi todas se salvan por haber sido hermosas...

Narran historias tristes de muertes y de amores, donde ellas transformaron su frescura en consuelo; pues son almas ocultas, que en su misión de flores, deben llevar al mundo la alegría del cielo.

Una noche, acusaban a un jazmín dos abejas, por haberse caído sin ninguna eficacia. El Angel que atendía las zumbadoras quejas, contuvo la sonrisa con que otorga la gracia.

Y el jazmín, suspirando, dijo: "Estaba entreabierto, una niña leía bajo un árbol lozano, y al oír que lloraba por un cariño muerto, me deslicé, como una lágrima hasta su mano".

"El error de mi inútil debilidad confieso; pues, de tanta ternura, fué mi vida fugaz; preferí ser un llanto, pudiendo ser un beso, y dí con mi fragancia, consoladora paz".

Las abejas seguían murmurando el reproche. Tomó en su mano el Angel a la acusada flor y la arrojó al espacio celeste de la noche, por donde su blancura dejaba un resplandor...

Y el jazmín en el aire, se fué haciendo una estrella, cual si frente a las sombras, diera luz su bondad; y volviéndose aquella alma, todavía, más bella; y quedó en las alturas como una claridad.

Pedro Miguel OBLIGADO

—Vivo así porque quiero. No hay ningún misterio, ninguno. Ya lo sabe — solía decirme.

A pesar de su brusquedad, su voz temblaba y su rostro palidecía...

Estuve fuera de Toledo dos años. Durante ellos me acordé muchas veces de aquel viejo extraño, borracho eternamente de amor o de vino.

Cuando volví, una de mis primeras preocupaciones fué verlo.

Estuve en la catedral a la hora de coro, lo busqué bajo el Transparente, en la penumbra de las capillas, en Zocodóver, en todos los rincones donde pensé que pudieran guarecerse mendigos. Siempre inútil. Parecía como si la tierra se lo hubiera tragado.

Por fin, una tarde, saliendo yo de la catedral, por la puerta del Reloj, lo vi venir calle de la Feria abajo. Había envejecido mucho. En la cabeza, casi calva, conservaba un mechón de pelo blanco, que le caía sobre el lado derecho, dando al rostro una expresión anormal. Sus ojos brillaban en una lejanía espectral, y los brazos le caían a los lados como dos pingajos...

Cuando le hablé no me reconoció.

—Soy yo, su amigo de los claustros. Con quien usted hablaba todas las tardes hace muchos años.



—Me parece que se está comiendo varias letras.

—Qué quiere. Cada vez que escribo HIERRO QUINA BISLERI me entra un apetito bárbaro y tengo que comerme algo.

El pobre viejo me miraba sin comprender:

—¿Hace dos años? Yo no vivía. Entérese de una vez: yo soy un niño, un niño que va a la iglesia... Caminamos lentamente, uno junto a otro, sin hablar, hasta llegar a la catedral.

Al poner el pie dentro del templo, el cambio de temperatura debió de ejercer influencia sobre él, porque empezó a tiritar, dando diente con diente. Me cogió de la mano y se apretujó contra mí:

—¡Qué frío! ¡Qué frío! Y por dentro también tengo frío... ¡Qué frío! ¡Qué frío!

Tiraba de mi brazo, febril, agitado, desesperadamente, llevándome hacia la puerta del Tesoro.

—Venga... venga. ¡Ya no habrá misterio!... ¡Ya no habrá misterio!... ¡Qué todos los sepan! ¡Uf!... ¡Qué frío! ¡Qué frío!

Pasamos sobre el sepulcro de Sancha, y frente al Baptisterio, Delante de la capilla de doña Teresa de Haro me hizo parar.

—¡Ya no hay misterio! ¡Ya no hay misterio! ¿No quería saberlo? Mírelo.

Su voz era crvnersa, ronca...

—¡Aquí! ¡Aquí fué! Ella estaba a la derecha; él, a la izquierda... Detrás de esa columna estaba yo... Cuando salieron casados, de aquella ventana cayó sobre ella, sobre su traje blanco, una luz roja, tan roja..., que parecía vino, Ja... ja... Vino... vino...

Quiso hacer un esfuerzo supremo, dar un grito más. No pudo. Se tambaleó brevemente, hizo una mueca horrible y cayó sobre las losas pesadamente...

Cuando moría la tarde sólo se oía en la paz silenciosa de la catedral la voz metálica de un canónigo, que, dirigiéndose a Inocente, el sacristán, decía:

—Era un borracho... Dios le haya perdonado...

"MIMOSO"

Por Sara Insua

Cuando el diplomático recién llegado de la India, después de repartir los regalos exóticos y suntuosos entre los familiares, descubrió la cajita misteriosa, corrió por el saloncito un estremecimiento de terror. La marquesa se hizo atrás en su butaca, el marqués cayó al suelo su monóculo, con un movimiento nervioso. Sólo Angélica, intrépida o inconsciente, inclinó su cabecita rubia sobre aquel ovillo sedoso que empezaba a "devanarse" en el fondo de la caja. Y como también tendiese hasta él sus manecitas, la madre gritó:

—¡Por Dios, hija!... ¡No lo toques!

El tío Jorge rió ruidosamente, mientras extraña de su encierro al cachorrillo y lo depositaba en la alfombra.

—No seáis ridículos. Es más inofensivo que un gato. Apenas tiene uñas, y los colmillos, ni apuntados. Me lo regaló un amigo la víspera de salir de Siam. Mientras sea pequeñito estará aquí bien, en una jaula que le haremos, en el jardín. Después, si os parece, y si no se muere, lo regalaremos a la casa de fieras. Será un magnífico tigre real.

Entre tanto, Angélica se había sentado sobre la alfombra, y con un "mis, mis", insinuante, había llamado a la fierecilla.

—¿Veis? — dijo el diplomático.

El tigrecito y la niña eran ya los mejores amigos del mundo. Los marqueses se tranquilizaron un tanto.

Angélica, radiante, abrazada a su nuevo juguete, que le devolvía las caricias frotando una de sus orejillas erectas contra la garganta, declaró:

—Es un encanto... Y tan mimoso, ¿veis? Le llamaremos "Mimoso".

Y dentro de la linda jaula que le hicieron en el fondo del jardín, "Mimoso" fué creciendo. Creció más de prisa, mucho más de prisa que su amita. Un año después Angélica era todavía una niña y "Mimoso" un señor tigre hermoso, magnífico, de piel maravillosamente coloreada y suave, de bigotes profusos y de majestuosos andares. Pero sus instintos de raza no habían surgido y seguía mereciendo el nombre de "Mimoso".

Este no era un caso natural. El tigre no puede ser nunca pacífico "porque" sí, ni aun alejado de la selva recién nacido. La mansedumbre de "Mimoso" se debía seguramente — todos lo creían así — al influjo de Angélica. La niña poseía en la mirada el magnetismo de los domadores, y al parecer tan poderoso, que su influencia sobre la fiera perduraba aun sin la presencia de ella.

Por eso todos veían con tranquilidad entrar a Angélica en la jaula a jugar con el tigre, o a hacerle salir al jardín para pasearle. La mirada del tigre, siempre serena, como de perro fiel, al en-

contrarse con la de la niña adquiría una expresión de ternura casi humana.

Nadie pensó mandar al dulce "Mimoso" a la casa de fieras, y los años fueron transcurriendo. Sólo a veces el tigre manso parecía triste. Era tal vez por la ausencia de Angélica, que con sus diez y ocho años deslumbrantes se dejaba absorber por las exigencias de una vida mundana y se olvidaba un poco de él.

Y llegó un momento en que el abandono fué casi total. Angélica visitaba de tarde en tarde a su

pobre "Mimoso" y durante aquellas "entrevistas" rápidas el tigre la miraba con ansia escrutadora, como si tratase de descubrir en los ojos de ella un temido secreto.

Ella reía:

—¿Por qué me miras así, "Mimoso"?

Un día Angélica apareció junto a los barrotes de la jaula acompañada de un hombre. "Mimoso", que estaba tendido al fondo, se alzó con un movimiento elástico y fué adelantándose a pasos tácitos. En sus pupilas glaucas, cambiantes, había un fulgor extraño.

El acompañante de Angélica se hizo atrás.

—¿Y dices que es tan manso?

Angélica, sin inquietarse, explicó:

—Es que no te conoce.

—De todos modos, me alegro mucho de que hayas renunciado a llevarlo contigo cuando nos casemos.

Aquel hombre no apareció más

frente a la jaula. Angélica se acercó a ella pocas veces, y "Mimoso" estaba triste, triste...

Y otro día, "Mimoso", pegado a los barrotes de la jaula, inquieto y trémulo, escuchaba los rumores confusos que partían del palacete.

De pronto, sus orejas sensibles palpitaron, su hocico suave se estremeció. Los rumores se acercaban y entre muchas personas, y a su lado otra vez el hombre de aquel día, apareció Angélica.

"Mimoso", mirándola sólo a ella, quedó inmóvil, estático.

Antes de que el esposo pudiera impedirlo, Angélica descorrió los cerrojos y entró en la jaula.

—Vengo para que me des la enhorabuena, "Mimoso". Soy feliz, muy feliz...

No concluyó la frase. El tigre, de un salto, se abalanzó sobre ella, y destrozando el corpiño del blanco traje de desposada le hundió la zarpa en el corazón...



¡TENGA Ud. ahora más cuidado que nunca al comprar la excelente **CAFIASPIRINA**, por que su fama enorme como el mejor analgésico moderno, ha dado origen a imitaciones y productos similares! Pida con toda claridad "**CAFIASPIRINA**" y cerciórese positivamente de que el empaque tiene ese mismo nombre y lleva la verdadera **CRUZ BAYER**. Si no fuere así, ¡recházelo!

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de los abusos alcohólicos, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.

¡PERO HAY QUE TOMAR LA LEGÍTIMA!



Las conferencias del doctor Jinarajadasa constituyeron el acontecimiento intelectual de la temporada

Debemos la visita del eminente maestro a la desinteresada mediación de la señora Salvadora Medina Onrubia de Botana

Indudablemente, el doctor Carlos W. Jinarajadasa ha constituido el acontecimiento intelectual de más resonancia en nuestro país, desde hace muchos años a la fecha.

Su palabra, esclarecida de fe, vino a darnos una noción nueva de la evolución intelectual del mundo. Abrió horizontes inéditos a la inteligencia, y descubrió inaccesibles cimas en nuestro interior. Amable, espontáneo, erudito sin petulancia universitaria ni complicaciones científicas; el doctor Carlos W. Jinarajadasa supo exponernos con belleza un puñado de verdades que resumen todo el saber de los milenios de estudios morales de Oriente.

Con la simplicidad típica, del

maestro auténtico, encaró él los problemas más fundamentales del alma humana, en sus relaciones superiores y en su significación social. De ahí la creciente expectativa del público numeroso que siguió el hilo de sus disertaciones. El ciclo desarrollado en el teatro Cervantes atrajo un auditorio compacto y renovado, cuya atención y comprensión satisficieron al conferenciante al punto de que lo señalara como el índice de la alta cultura de esta capital. El doctor Carlos W. Jinarajadasa habla con la serena elocuencia de los místicos. Su voz persuasiva, de bondadoso tono y realizada por el singular dominio de nuestro idioma que posee el ilustre maestro, resonaba en el área acústica del Teatro Cervantes como una voz de inconfundible aliento religioso. No es la suya, sin embargo, voz de ritual, habituada en los secretos emocionales de la oratoria. El doctor Carlos W. Jinarajadasa se diferencia en esto de cuantos disertantes de su carácter nos han visitado hasta

ahora. Y se diferencia — digámoslo — por la sinceridad de sus convicciones y la pureza superior de sus doctrinas, que compendian un apostolado espiritual.

Unase, pues, a las cualidades que exornan su personalidad, las dotes intelectuales que lo distinguen, y se tendrá explicado el vivo interés que despertaran sus conferencias. Como decíamos trató él los problemas fundamentales del alma y su significación social. Pero los trató no sólo con la claridad y elegancia natural de su palabra sino, también, con el conocimiento profundo que tiene de los mismos y acerca de lo cual austera su intensa obra de hombre de laboratorio, de publicista, de esteta y de filósofo. Por eso afirmábamos al principio que el doctor Carlos W. Jinarajadasa constituyó indudablemente el acontecimiento intelectual más considerable de los últimos tiempos.

Debemos a la Sociedad Teosófica y a la dedicación infatigable

de la señora Salvadora Medina Onrubia de Botana el haber podido oír al eminente enviado oriental. La autora de "La rueda milagrosa" y "Ashaka", cuya curiosidad espiritual corre parejas con su talento y su inquietud lírica, nos puso en contacto con las doctrinas humanitarias y la propia persona del doctor Carlos W. Jinarajadasa. Lo que insume un esfuerzo de tal naturaleza es realmente considerable; pero, seguramente, en esta ocasión ello está compensado por el éxito moral de la empresa, éxito que era por otra parte el único perseguido y que, cabe esperar, no se malogrará sino que por el contrario fructificará en amplios ideales de confraternidad y bondad entre los hombres.

El buen gusto es la rectitud de la visión estética. El mal gusto, una especie de estrabismo intelectual.

Indudablemente, no se da el buen gusto fuera de la civilización y la cultura; pero ellas solas no lo constituyen. Los salvajes tienen forzosamente un gusto pésimo, de testable; una manera de ver lo exterior que corresponde a su salvajismo. Les apasionan las cosas llamativas, las telas colorinescas, los vidrios multicolores, las joyas pesadas, el relumbrón, los abalorios. Se les caza con espejuelos, como a ciertas aves.

En ningún negro de África ni en ningún indio de América, hallamos instinto artístico. Todos van ciegos a lo que brilla, a lo que deslumbra, a lo que *detona* con la violencia de un color duro y fuerte; no distinguen matices, ni grados, ni suavidades de tono. En cuanto a las formas, admiran lo macizo, lo resaltante, lo acusado y destacado con exceso, los grandes bloques... Trasladan este criterio a la apreciación de la figura humana, y prefieren las corpulencias, las crasitudes, las monstruosidades, las anomalías de tamaño, las estaturas gigantescas.

La pureza de líneas no les convence; la esbeltez y la espiritualidad de la expresión les dejan insensibles. Nada que venga de adentro,

nada que sea sencillo y puro, provoca en ellos una sensación grata. Sólo les interesan las magnitudes. El arte, que es un producto artificial, de educación, se les escapa, porque *no se han desprendido de la naturaleza*.

El mal gusto es un fenómeno natural en los hombres no civilizados.

Pero entre los civilizados hay muchos que ven con ojos de salvajes; individuos fatalmente *anti-estéticos* que se emborrachan con los colores fuertes y adoran la pesadez de las masas; organizaciones refractarias a toda sensación delicada y bella, gentes en quie-

nes despiertan las idolatrías primitivas. Llevarían plumas en la cabeza, anillos en las narices, tatuajes en las mejillas, ajorcas en los pies, brazaletes en las manos, si no fuera por el respeto a las instituciones.

Viven dentro de la civilización, mas la civilización no los ha conquistado. Bárbaros atavismos los separan de la vía por donde marchan los hombres cultos, y entran en ella a regaña-dientes porque se les impone el sentido de la disciplina social. No comprenden el código del buen gusto, aunque lo cumplen. Con frecuencia cometen transgresiones de la ley que saborean como placeres. Instintivamente, se salen de la línea.

La cultura crea el buen gusto objetivo, pero no puede crear la percepción subjetiva de la belleza.

En las clases educadas a medias, los salvajes atávicos pululan.

A pesar de estas negaciones y excepciones, solamente dentro de la civilización se da el buen gusto, que es un refinamiento.

Entre las tribus, por el contrario, no encontramos ninguna negación ni ninguna excepción del mal gusto.

El buen gusto se yuxtapone a la naturaleza. Es una ley que se da al hombre y que muchas veces la supervivencia del instinto contradice.

Las palabras cursi y rastacuero, caracterizan a estos retardatarios de la rectitud estética.

Y, además de la cursilería de las modas y las costumbres, existe la cursilería de las ideas, el mal gusto intelectual.

Ciertos escritores, no civilizados, abren cajas de buhoneros y toman actitudes pintorescas de viejos caciques o marabús cuando mueven la pluma para consumir los crímenes de sus obras pseudo-literarias.

Francisco GONZALEZ DIAZ.

OPTICA ESTETICA

LA ORACION

Marchar en pos de la esperanza, eso es vivir. Encontrar la esperanza, eso es creer. Dilatar la esperanza hasta Dios, eso es orar.

La oración es la muerte de los sentidos, la resurrección de las ideas.

Para ver en la luz abrimos los ojos; para ver en la sombra hincamos las rodillas.

Este valle de Lágrimas, no tiene sino dos salidas: para ir a helarse en los páramos de la soledad eterna, ahí está la salida de la muerte; para ir a descansar en la mística gruta de los consuelos, aquí está la salida de la oración.

Arturo OBLITAS.

NOTAS HISTORICAS

Una princesa extranjera rapta a un periodista español

Don Luis de Rute y Giner, ilustrada figura periodística de su tiempo, fué un español inquieto y batallador. De ideas liberales, actuó como diputado en las Cortes de 1872, 76 y 77, y en las ordinarias y extraordinarias del 78, siendo actor y testigo de los acontecimientos políticos que durante un decenio agitaron a España. Un establecimiento que todavía subsiste, y que conserva el esplendor de los tiempos de su brillantez en lo que concierne al género selecto que a la parroquia sirve, la célebre chocolatería de Doña Mariquita, venía a constituir el asilo nocturno, durante ese período de nuestra historia, de la élite polícoliteraria de la época. A la popularísima doña Mariquita atribuíase la invención de los mojicones para el chocolate, y el Madrid elegante, la crema de nuestra aristocracia de los tiempos de D. Ramón Rodríguez - Correa, Carlos Frontaura, Guerra y Orbe, etc., gustaba de los mismos y del ambiente bohemio del establecimiento de la calle de Alcalá. Especie de *mentidero*, del que, según Don José Fernández Bremón, "salían todas las noticias falsas y alarmantes". En las tertulias de Da. Mariquita comentábase todo. Desde el acontecimiento político que conmoviera la vida nacional, hasta lo más trivial, como la abolición de la propina en los camareros, pedida en un artículo de "La Epoca" en 1877. En los centros aristocráticos y tertulias literarias de aquellos días irrumpió una elegante y prestigiosa escritora francesa, la princesa Rattazzi. Mujer de soberbio talento y belleza singular, la figura de María Studolina, hija del rico irlandés Tomás Wyse y Leticia Bonaparte, hizo notar en Francia, Italia y España, más bien que por su estupenda obra literaria, brillantemente manifestada en el teatro, la novela, la poesía y el periodismo, por sus desmedidas ambiciones y sus andanzas aventureras. Educada en un convento de París, en que estudió la carrera del Magisterio, a los diez y siete años de edad, en 1850, matrimonió con el acaudalado alsaciano Federico Sohns, quien a los pocos años, cuando María Studolina fué expulsada de Francia, por sus relaciones políticas, se paróse de su esposa. La nieta de Luciano Bonaparte, relacionándose y haciendo política con los enemigos del Imperio en los años 1855 al 60, vivió en la Saboya y Niza. Entre sus amistades contábanse las de Victor Hugo, Eugenio Sué, Pousard y muchos otros ingenios de la literatura francesa. Amiga del célebre estadista italiano Urbano Rattazzi, y libre de su primer esposo, a los treinta años contrajo nupcias con el príncipe de Rattazzi. Quien, en 1867, y por una famosa novela de María Studolina — "Bicheville", — en la que acre y mordazmente criticaba a la sociedad de Florencia, vióse obligado a aceptar un lamentable desafío.

En 1873, a los cuarenta años, la hija del irlandés Wyse y Leticia Bonaparte quedó viuda. Años más tarde, rodeada de toda la leyenda que el lector puede suponer en hembra de tal entendimiento y ambiciones tan desmedidas — la nieta de Bonaparte se autorretrató hagníficamente en el personaje de uno de sus libros, — pisó Ma-

drid. Por cierto que, ferviente admiradora de nuestra patria, en sus renombradissimas "Matinées espagnoles" y su libro "L'Espagne moderne", si bien no dejó de criticar alguna situación política de la vida española, prodigó alabanzas a nuestro país.

La princesa Rattazzi y el inquieto periodista D. Luis de Rute y Giner intimaron. El genio de la aventura, además, les obligaba a simpatizar. Y la amistad que se

Cincuenta y tantas noches, sin faltar una, llevaba Menéndez y Pelayo tomando chocolate y mojicones. Rodríguez-Correa hallábase desesperado. Porque lo pintoresco de la apuesta era que mientras Menéndez y Pelayo acertara Rodríguez - Correa tenía que proseguir trayendo nuevos títulos y pagando chocolates.

Rodríguez - Correa recurrió a Guerra y Orbe para que le ayudase, con el nombre de una obra desco-



eslabonó entrambos fué la comidilla de los ocios tertulianos en el público de doña Mariquita. Al llegar a este punto no puede escaparse a la pluma, como orla de aqeste trabajo, y con respecto de dos contertulios de Rute, la apuesta originalísima que, con múltiples incidentes festivos, sostuvieron dos meses el gran don Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Ramón Rodríguez-Correa. Nadie ignora el intenso amor que sintió Menéndez y Pelayo a los libros, y su excelente memoria. Por una duda baladí sobre las insólitas facultades recordativas de D. Marcelino. Rodríguez - Correa comprometiéndose a pagar el chocolate y los mojicones del gran poliglota todas las noches, si éste acertaba el nombre del autor, fecha de la edición, establecimiento en que se imprimiera y número de tomos dados a la estampa del libro o libros cuyos títulos había de traer el compañero de Congreso de Luis de Rute.

nocida para el que fué director de nuestra Biblioteca Nacional, en la ardua tarea de aplastar al que lo *arruinaba* cotidianamente por la vesania de haber exteriorizado una simple duda. Y, en efecto, con el título de una novela que se publicara en el folletón de un periódico, periódico recogido nada más salir, y del que sólo quedaba un ejemplar por casualidad vióse nuevamente vencido Rodríguez-Correa, pues Menéndez y Pelayo no sólo le dijo el nombre del periódico en que se publicara, el motivo político de la recogida de la publicación y la biblioteca — ¡la de Viena!... — en que topábase el ejemplar conservado, sino que colmó la admiración de la tertulia con detalles que el mismo Guerra y Orbe ignoraba. Montó en ira por la derrota Rodríguez-Correa, y dicen que exclamó:

—Cristo no pasó de la cruz. Y yo no paso de los sesenta días de darte chocolate y mojicones. Ma-

ñana será ella... ¡Veremos si echo el resto o no!

Cumplió su palabra. Nada más llegar a la reunión retó a don Marcelino:

—¡Eh, tú!... ¡Qué esta noche, con todo su memorión y tu cultura, soy yo el que tomo chocolate a costa de tu bolsillo!...

—¡Bah!... — replicó Menéndez y Pelayo. — ¿Cuál es el título del libro que te presumes que yo ignoro?

—*El Caballo*... — ¡Y contempla querido, con qué satisfacción me tomo lo que vas a pagar!...

Por mucho que pensó su masa encefálica, el gran Menéndez y Pelayo no pudo traer a cuento el nombre del autor, fecha de su edición, etc. Dióse por vencido, y pagó. Pero el refinamiento de don Ramón Rodríguez-Correa llegó al ensañamiento. Invitóle a que se tomara dos meses para que se hiciera de noticias sobre el libro. A lo que Menéndez y Pelayo arguyó:

—Si en tres días no lo hallo, renuncio definitivamente. Me basta, porque es que no lo conozco ni lo conoceré jamás.

¡Tres días que, a pesar de los esfuerzos inauditos realizados, pasaron estériles para D. Marcelino! Al cabo de los cuales, y tras la formalidad de confesar públicamente ante la reunión su vencimiento, D. Ramón Rodríguez - Correa presentóle un librito de papel de fumar, que se usaba por la gente del pueblo nada más; y cuyo título, efectivamente, era el de *El Caballo*.

Dijimos que el periodista don Luis de Rute fué un hombre batallador y político. En la legislatura del 76 y el 77 solamente, tomó parte en once debates de las Cortes, siendo notable su intervención cuando interpelló al ministro de la Gobernación sobre los embargos a los carlistas y el empleo que se diera al dinero que produjeron aquellos, y cuando mandó traer a la cámara el expediente de la *destitución, destierro, martirio y prisión* de los catedráticos de institutos y universidades de España que no eran afectos al gobierno de Cánovas del Castillo.

A pesar de sus cuarenta y cuatro años, la princesa Rattazzi ostentaba una belleza deslumbrante. En todas partes provocaba una admiración general. Por el año de esta crónica, el 77, en *La Ilustración Española y Americana*, por el brillante cronista de la misma D. José Fernández Bremón, y acaso aludiendo a la princesa Rattazzi y a D. Luis de Rute, publicábanse estas palabras, recogidas entre las charlas tertulianas de doña Mariquita:

"¡Te he visto coquetear con el vecino!"

Pasados algunos, escasos días, inopinadamente, la princesa Rattazzi y el periodista D. Luis de Rute faltaron de la corte. Por todos los ámbitos de la villa corrió una noticia sensacional. El periodista y diputado español D. Luis de Rute, privado con un narcótico, había sido raptado por la gran escritora francesa. Falso o cierto el hecho, lo verdaderamente histórico es que la Rattazzi y Rute casaron aquel mismo año, y que, uno después, o sea el 1878, el periodista español continuaba sentado en los escaños del Congreso.

Vicente del OLMO.

ANECDOTA

Se hablaba en una tertulia literaria de cierto vate melencólico y bohemio, que se distinguía tanto como por su talento indudable, por el desaseo en el vestir, pues siempre iba hecho un verdadero adán.

Jamás hubo manera de verle con la camisa, el cuello, los puños y el pañuelo limpios.

D. Serafín Alvarez Quintero, que era uno de los tertulios comentaristas, preguntó de repente:

—Pero ¿de dónde sacará ese hombre tanta ropa sucia para mudarse?...

Luis — ordenó el profesor Salenti al guardián encargado de las cuatro celdas destinadas para la observación de delincuentes, acompañe al señor al núm. 3. Ya verás, amigo mío, — agregó despidiéndose en el umbral de su gabinete, — que nos encontramos esta vez en presencia de un caso verdaderamente extraordinario y que merece ser estudiado.

Se trata de un pobre diablo alucinado, a quien atormenta una extraña obsesión, a raíz de un crimen cometido por él, también en extrañas circunstancias. Durante el día permanece tranquilo; pero, al llegar la noche, se ve presa de espantosos terrores. Sólo hay un medio para tranquilizarlo, y es el de dejarle la luz encendida. Además, no quiere que ningún guardián permanezca a su lado.

Su única preocupación, diría su único fin en la vida, es velar celosamente sobre el objeto por el cual cometió el crimen: un medallón que le hemos dejado a propósito para estudiar su caso con más atención. Si se lo quitásemos, estoy seguro de que se moriría. Y ahora — terminó el profesor, estrechándose la mano —, tú que te jactas de psicólogo, vas a contemplar el alma humana bajo uno de sus aspectos más terroríficos.

Cuando se abrió la puerta de la celda para darme paso, vi aparecer ante mí, con singular expresión de espanto, un hombre de aspecto enfermizo, un poco contrahecho. Los ojos negros, moviéndose incesantemente; parecían escudriñar sin descanso como para descubrir algún peligro invisible.

— Tranquílese — le dije al entrar —; soy un amigo que se interesa por usted y que viene a preguntarle si le cuidan bien en este asilo.

Me miró fijamente, y luego una sonrisa entreabrió sus labios pálidos.

— No — dijo con voz opaca. Lo sé: usted es "uno de ellos", un médico... Quiere que le cuente lo que ocurre, ¿no es cierto?

Hice un gesto, y el hombre prosiguió:

— Como usted guste; pero los médicos no me comprenden; son incapaces de hacerlo. Saben practicar una autopsia, y nada más.

— Se equivoca usted, amigo mío — dije — No soy médico, sino escritor, y me dedico a la literatura.

— ¿Escritor? — exclamó el desdichado con un resplandor de alegría en sus pupilas. — ¿Escribe usted novelas?... ¡Ah!... En ese caso, usted sí que me comprenderá, y se lo contaré todo, todo...

Se detuvo para echar una ojeada a su alrededor, y habiendo advertido que estábamos solos, se acercó a mí y me dijo con voz apenas perceptible:

— ¿Cree usted en la transmigración de las almas?

Aquella pregunta imprevista me llenó de asombro. Sin duda tomó mi silencio como una afirmación, porque agregó:

— Creerá usted, como yo; es natural. Pretender negar algo tan evidente sería absurdo. Hemos vivido otras existencias y conservamos vagos recuerdos, confusas reminiscencias de esas vidas anteriores. A menudo ocurre que un acontecimiento imprevisto reanima nuestra memoria adormecida. Sentimos que algo se despierta en nosotros; algo lejano e impreciso que,

poco a poco, se reconstruye. No es un edificio entero el que se levanta, pero hay en él lo suficiente como para poder evocar el resto y reconstruir, con la imaginación, el conjunto. Y así reaparece la vida que vivimos en los siglos que han muerto.

Que eso fuera así, ya había tenido yo la intuición; pero un buen día, hace de esto dos meses, tuve la prueba indiscutible y absoluta. Oigame bien... En la casa donde se encuentra mi pequeño departamento de solterón, que está lleno de libros viejos y de objetos recogidos al azar de mis viajes, fué a vivir, hará poco más de dos me-

Me incliné para recogerlo, pero el viejo había hecho el mismo movimiento; y su mano rugosa, una mano cuyos dedos torcidos parecían patas de araña, se apoderó del objeto antes de que yo hubiera podido tocarlo.

— Es un medallón — dijo, como para explicar su brusco movimiento —; un medallón del siglo XVIII, una miniatura delicadísima, de autor desconocido.

Abrió uno de los cajones de una cómoda Luis XV y metió allí el medallón, cerrando luego con llave. Después, como si nada hubiese ocurrido, siguió poniendo en orden las cosas.

EL MEDALLON

Por D. O. Marrama

CANCION

Para "FRAY MOCHO"

Una mujer ya vieja
cantaba en la guitarra:

Te fui buscando, amor, por todas partes:
te busqué en la alborada,
te busqué en el crepúsculo,
en el aire, en el agua,
en el sol, en la lluvia,
en la niebla, en la escarcha;
te fui buscando, amor, por todas partes,
pero en ninguna parte te encontrabas.

¿En dónde estás, amor?
— mi juventud clamaba.
Y alguien me dijo: — Espera,
pues algún día llegará a tu casa.

Yo te estuve esperando
cien noches, cien mañanas.
Me detuve a la puerta
para ver si pasabas.
Pasó el dolor, la gloria,
el sueño, la esperanza;
pasé la vida con su gran cortejo,
pero tú no pasaste por mi casa.

Calló la vieja el canto
y apartó la guitarra.
La tarde, entristecida,
cerró los ojos y se hundió en el Plata.

Salvador MERLINO

ses, un viejo anticuario: Cristián Haller, a quien conocía yo de antes. Me encantó el volverlo a ver, tanto más cuanto que mi situación actual no me permitía comprar, como antes, los objetos raros y curiosidades exóticas.

La primera noche vaciamos juntos, una botella de vino añejo, y luego me propuso que le ayudara a arreglar su pequeño museo, revuelto por la mudanza.

Nos pusimos a la obra al día siguiente. Los objetos de costumbre: porcelanas del siglo XVIII, fragmentos de mármol de la época romana, viejos tapices de borrosos colores, espejos, marfiles, fueron ocupando su sitio, en las vitrinas.

Mientras yo registraba un cofre lleno de telas antiguas — brocados del siglo XVII, con trama de oro y plata, destinados, la mayoría, a ornamentos de iglesia —, un pequeño objeto cayó a mis pies.

Pero mi curiosidad estaba excitada en alto grado y tenía un deseo irresistible de ver aquel medallón.

¿Quién podría ser aquella "delicadísima miniatura de pintor desconocido?"

No me atreví a pedirle a Cristián Haller que me la mostrase, y, sin embargo, mi deseo de ver el medallón crecía de tal modo, que comprendía que dentro de poco no podría dominarlo.

En un momento dado, el anticuario salió de la habitación en que nos encontrábamos. Entonces, sin vacilar un momento, y con una audacia de la que nunca me hubiera creído capaz, aproveché su ausencia para correr a la cómoda y abrir el cajón.

¡Ah, señor!... Lo que voy a decirle, podrá parecerle inverosímil a todo el mundo; pero usted lo admitirá como una cosa posible; us-

ted que sabe, como yo, que hemos vivido otra existencia, en otras edades y otros países.

(Se detuvo un instante, mirando con inquietud a todos lados, y luego, uniendo las manos, como en éxtasis, ante aquella evocación que le transfiguraba, prosiguió):

— Vi un rostro de mujer, ovalado, y con la palidez del alabastro; la palidez de una lámpara en la que brilla apenas una luz sutil. Dos ojos serenos, del más puro azul, atenúan la melancolía de aquel rostro, y un rizo ondulado, polvoreado con arte, ponía sus anillos sobre la frente purísima.

Pero lo que más había de vivo en aquella fisonomía era la boca, pequeña, de labios carnosos, separados por una sonrisa que desentonaba sobre aquella cara, como una flor escarlata en un traje de luto.

Sólo pude verla durante un instante; pero en aquel rápido examen aquella cara se me apareció en todo su relieve, destacándose como algo viviente, de la sombra que la rodeaba. La boca era tan real, que hasta me parecía ver brillar los dientes. Entonces, de golpe, sentí que algo despertaba en el fondo de mí mismo, y que una imagen borrada por el tiempo — imagen que debía remontarse, sin duda, a una época remota —, triunfando del olvido que me la había ocultado hasta entonces, se elevaba ante mí. Y era como si hubiera tenido ante mis ojos un espejo en donde se reflejaba la figura del medallón. Comprendí que esa imagen existía ya en mi espíritu, que me era familiar; que "antes, en otra vida", había conocido esos límpidos ojos azules, y esos labios deliciosos... ¿Dónde?... ¿Cuándo?...

Los pasos de Cristián Haller, que volvía, me arrancaron del ensueño; guardé el medallón y me alejé precipitadamente de la cómoda. Pero, sin duda, subsistían aún en mi cara indicios de la turbación y del estupor que yo había experimentado, porque el viejo, al entrar, me miró fijamente, con curiosidad, con una insistencia que debía adivinar sus sospechas. Todavía me estremecí al pensarlo, y me parece ver sus ojos verdosos que no se apartaban de los míos.

Sin embargo, no me dijo una palabra.

Nos separamos después de haber cambiado un apretón de manos y deseándonos simplemente las buenas noches.

¡Buenas noches!... ¿Quién podrá decir nunca de qué atroz manera pasaron para mí esas horas interminables? La imagen de la joven se había quedado grabada en mi espíritu y me perseguía como una obsesión. La veía en todo el esplendor de su palidez diáfana, con su extraña sonrisa, y no ya como una miniatura artísticamente pintada, sino como una verdadera mujer, palpitante de vida. Me parecía oír el "fron-fron" de su falda de seda, y aspirar un perfume suave, embriagador, pero que ya había aspirado "antes". Recordaba los gestos y su costumbre de bajar frecuentemente los párpados, como para atenuar el ardor de sus miradas bajo la franja dorada de sus largas pestañas.

Y no tenía la menor duda: todas esas imágenes que desfilaban ante mis ojos no eran sino la evocación de cosas que habían existido "realmente", impresiones "reales" que no había recibido, sensa-

ciones que había experimentado "realmente". Yo había amado a esa mujer, ¿me comprende usted? ...Había vivido antes junto a aquella mujer, sintiendo por ella una pasión sin límites.

Estaba absolutamente seguro de que la primera vez que yo le había hablado de amor—y de ello hace un siglo y medio—, nos hallábamos en un "boudoir" encantador, tapizado con una seda azul y color oro.

Yo necesitaba a toda costa tener ese medallón, reconquistar la imagen de la mujer a quien tanto había amado. Costase lo que costase, al precio de cualquier sacrificio, pediría a Christian Haller que me vendiese la miniatura.

Con una resolución de la que yo mismo me asombré, al otro día, muy temprano, fui a ver al anticuario.

—Señor Haller—le dije después de saludarlo—; deseo comprar ese medallón del que usted me habló anoche.

—¿El medallón? — repitió fríamente el viejo, clavándome sus vanidosas pupilas.

—Sí... Esa miniatura de autor desconocido.

—No está en venta—dijo agriamente.

—Le pagaré el precio que quiera—insistí ya, inquieto por aquel rechazo que no esperaba.

—Repito que no está en venta.

Hubo un momento de silencio; las sienes me latían desordenadamente y sentía un nudo en la garganta. Parecíame que me arrancaban un trozo de carne viva y que aquellas manos rugosas y deformes me atenaceaban implacables. ¿Con qué derecho aquel hombre me robaba ese retrato? ¿Por qué quería conservarlo tan celosamente? ¿Sabía, acaso, quién era aquella mujer?

—Señor Haller—dije, esforzándome en que mi voz apareciese tranquila—, volveré otro día para ayudarlo a arreglar lo que queda aún en los cajones. Buenos días.

—Hasta cuando guste — replicó el viejo.

Y, al salir, la puerta se cerró tras de mí con un golpe seco, que me hizo el efecto de un burlón desafío.

Había esperado resignarme... ¿Qué locura!... Aquella imagen se había incrustado en mi cerebro para no salir ya de él; la sentía vivir en mí, agitarse, hablarme, recordándome el pasado y nuestro amor; me tendía los brazos, llamándome por mi nombre. ¡Ah!... Esa voz lejana que me suplicaba, confiándome sus tormentos; esa voz que yo "reconocía" con todas sus inflexiones y que me repetía sin cesar y llorando: "¡Sálvame!... ¡Librame de él!"

¡El!... Y de pronto, como si un relámpago hubiera disipado las tinieblas de un repliegue de mi memoria, volví a ver al "enemigo", al hombre aborrecible... ¡a su marido!... ¿Cómo; por qué prodigio había yo podido olvidarlo?

¿Cómo, a la media noche, me encontré a una hora tardía en casa de Christian Haller?

Lo ignoro. Lo cierto es que, con su paso lento, el viejo se acercó al escritorio para buscar sus anteojos. A la luz de la bujía vi sobre la mesa algo que brillaba. Era un puñal de la Edad Media con mango en forma de cruz, de los llamados "misericordias". El anticuario debía haberlo comprado aquel mismo día.

Mis miradas se dirigieron instintivamente hacia la cómoda; el cajón estaba entreabierto.

Parecíame que de allí se escapaba la voz dolorosa y suplicante: ¡Sálvame!... ¡Librame de él!"

La hoja del puñal brillaba sobre la mesa. Y, de pronto, mientras Haller se inclinaba sobre un manuscrito, para examinar con minuciosidad de perito los caracteres góticos, di un paso, alargué la mano...

El puñal se hundió hasta el mango entre los hombros del viejo, y allí quedó plantado.

Sin perder la cabeza, muy dueño de mí mismo, me acerqué a la cómoda y saqué el medallón...

En seguida me di vuelta. Ya no se veía al viejo; había caído detrás del escritorio; pero una mano huesuda, deforme, estaba crispada sobre el borde de la mesa. ¡No sé lo que hubiera dado para hacerla desaparecer! Me parecía que, de aquel muerto, era lo único que sobrevivía y que esperaba, acechándome...

Busqué con la mirada algo con qué empujarla: un bastón, por ejemplo, y dejé la miniatura sobre el escritorio.

gué que me permitiera pasar allí algunas noches.

¡Qué descanso en aquel pueblito, y cómo sentía yo volver a mi espíritu la tranquilidad!

¿Lo creará usted?... Aquella noche dormí a pierna suelta, como un niño cansado de haber corrido mucho. Y a la otra noche, lo mismo.

A la tercera... ¡ah, señor! volvió a ocurrir aquello tan espantoso.

Había dejado el medallón en el cajón de un "secretaire" que se hallaba en mi habitación, y me disponía a meterme en cama cuando la llama de la bujía empezó a oscilar, se inclinó y apagóse.

Y otra vez el ruido horrible, producido por la mano descarnada...

Volví, ¿comprende usted, señor?... "¡Volvía!"... Me había encontrado y llegaba a disputarme la presa.

Con los cabellos erizados por el espanto, me dirigí al "secretaire", encendí un fósforo y tomé el medallón. Salí luego a la terraza, a pesar de que la noche era bastante fresca, y permanecí allí hasta el alba. Aquel mismo día me despedí de mi hermana; y desde en-

toy hace ocho días, señor... "Ella" no ha venido aún, y tengo bien guardado el medallón. Aquí está.

(Bajó más aún la voz al decir estas palabras; y luego, abriéndose un poco su blusa, me mostró un cordón negro, del que pendía un objeto que no acerté a distinguir).

—Lo guardo sobre mi pecho—agregó.—Usted sólo lo sabe; pero tengo confianza en su discreción porque usted es el único que puede comprenderme y sé que si usted me da su palabra de honor de que no me traicionará, la cumplirá. ¡Júrelo!

Impulsado, mitad por el miedo que me inspiraba, y mitad por el deseo de tranquilizarlo, hice el juramento que me pedía.

El brillo de sus ojos se apagó, sus manos cayeron a lo largo del cuerpo y poco después dijo en tono de amargura:

—"Ella" no ha venido aún, pero mi instinto me ha dicho que vendrá, y esta vez la lucha será terrible, porque, ¿cómo podré huír?... ¿Cómo?

—Aquí—le dije—la iluminación no es con bujías, sino con lamparillas eléctricas, así que no tiene usted que temer a la obscuridad. Además, estoy seguro de que "ella" ha perdido la pista y no volverá a encontrarlo.

Una triste sonrisa entreabrió sus labios pálidos y repuso:

—Me encontrará...

Estas fueron sus últimas palabras y salí sin contestarle; tan emocionado me hallaba ante aquel caso interesante.

Varios días después la fisonomía de aquel desdichado empezaba ya a borrarse de mi memoria, y lo habría olvidado por completo a no ser porque una tarde, leyendo un noticia inesperada me hizo estremecer. El suelto decía así:

"Nuestro asilo de alienados acaba de ser teatro de un drama tan horrible como misterioso. A una hora avanzada de la noche, el guardián de los detenidos "en observación", oyó un ronco estertor que provenía de una de las cuatro celdas que dan al corredor. En las dos primeras, los detenidos dormían tranquilamente; la tercera, estaba sumida en completa obscuridad. El guardián dio vuelta a la llave de la luz eléctrica para encender la lamparilla, pero ésta no se prendió. Entonces a la luz de la linterna, el guardián vió al pie de la cama el cadáver, espantosamente contorsionado, del "número tres", cuyo rostro tenía aún señales de la más terrible agonía. El desdichado, como pudo comprobarse en seguida, había muerto pocos momentos antes, estrangulado por un cordón que le vataba al cuello, y que estaba anudado de un modo extraño. Según declaraciones del director del establecimiento, dicho cordón le servía al "número tres" para colgar un medallón, del que no quería separarse nunca, temiendo que se lo robaran. A pesar de todas las investigaciones que se han hecho ha sido imposible encontrar el medallón.

¿Qué drama extraño se ha desarrollado en las tinieblas?... Nadie podrá saberlo nunca, como tampoco por qué singular coincidencia se quemó aquella noche la lamparilla eléctrica de la celda número tres".

TRAGICA

Después de mucho andar por esta senda áspera y cruda que te cupo en suerte, te arrojaste en los brazos de la muerte y fuiste, desde entonces, una leyenda.

Diz por ahí la gente, que en ofrenda a una mala pasión, antigua y fuerte, te suicidaste, sin que nadie acierte quien fué el causante, ni tu mal comprenda.

Hace ya muchas noches que no duermo; siento una angustia desolante y fría aquí en mi corazón; estoy enfermo.

¿Cualquiera que me viese en este estado pensara que la culpa ha sido mía... (oh, la trágica vuelta del pasado!)

M. CIRES IRIGOYEN

De pronto, la llama de la bujía empezó a vacilar; se encorvó y extinguióse como si la hubiera soplado una boca invisible.

Y casi en seguida, en medio del silencio angustioso, un ruido seco, el ruido de una mano descarnada que resbala sobre la madera, me hizo sobresaltar.

A tientas busqué el medallón y lo metí en el bolsillo. Entonces cesó el ruido.

Como un loco salí de la habitación y bajé la escalera a saltos. La sombra de la noche, por las calles oscuras, me parecía ver una mano gigantesca, con los dedos tocidos como las patas de una araña monstruosa, que me perseguía, acercándose cada vez más.

No sé cómo pasé aquella noche; supongo que debí errar por las calles, al azar.

Más tarde, cuando la luz del alba empezó a caer sobre todas las casas, un nuevo sentimiento se despertó en mí. No era el remordimiento de lo que había hecho, ya lo comprenderá usted. Pero yo pensaba: "Si te detienen, te lo quitarán..." Y este pensamiento me torturaba. Tenía una hermana casada que vivía en un pueblito vecino.

Me encaminé hacia allí y le ro-

tonces, señor, "aquello" me ha perseguido implacablemente, sin tregua ni descanso. En todas partes, en cualquier refugio donde me escondía para huír de su persecución, venía a encontrarme la mano del muerto para robarme el medallón. ¡Y con qué acierto sabía encontrar el lugar donde yo guardaba el medallón!... Ese medallón que es mío, nada más que mío... Por temor a que me lo quiten no quiero que se quede ningún guardián conmigo.

No hay escondite en donde yo no lo haya guardado para substrarlo a esa mano maldita... Lo he puesto en los cajones, bajo los muebles, en los sitios más difíciles de hallar... ¡Es inútil!... Una a dos noches después siento el soplo que apaga la bujía, oigo el ruido de los dedos que tantean los cajones, las paredes, el piso... ¡en todos lados, señor!

Y por eso una mañana, muerto de angustia, acosado por todas partes por mi invisible enemigo, me presenté al comisario de policía y le narré lo ocurrido. ¡Esperaba yo salvarme poniéndome tras las rejas de una prisión? Tal vez.

Sólo pasé en la cárcel una noche. Luego un juez fué la interrogarme, más tarde un médico, y, al fin, me trajeron aquí, en donde es-

Curiosidades

El lagarto de las palmeras debe su nombre a su costumbre de comer dátiles. Su carne es estimada por los indígenas. Vive en Argelia, Túnez y Egipto.

En las provincias del norte de Rusia la semilla del girasol se utiliza para fabricar aceite que se emplea en usos culinarios y para fabricar jabón. Los tallos y las hojas se queman y las cenizas se usan para fabricar potasa.

La tortuga marina conocida con el nombre de Laúd, se encuentra en los océanos, Atlántico, Pacífico e Indico, habiéndose encontrado ejemplares en todos los mares y también en el Mediterráneo.

La primera mención histórica de los Hohenzollern se encuentra en la crónica de un cierto Bertoldo (1088), que hace referencia a Burkhord y Weril de Zollern, o Zolorin. Estos parece que fueron condes de Zollern, que fallecieron hacia el año 1061. La familia de Weril se extinguió en 1194, y las ramas existentes de Hohenzollern, a que pertenece el ex Kaiser Guillermo, descienden de Burkhord y de su hijo Federico.

El 1.º de mayo de 1840 puso a la venta el primer sello de Correos una estafeta inglesa.

En el Perú existe una planta que se llama "árbol de la lluvia", a causa del agua que de él se desprende y que llega a cuarenta litros por día.

El Japón es el único país del mundo donde se cultivan las algas marinas para el consumo humano, de la misma manera que en otros países se cultivan los cereales y las legumbres.

Cuando se utilizaron los tenedores por primera vez se predicó contra ellos, afirmando que eran un insulto a la Divinidad, ya que para ese servicio nos había concedido Dios los dedos.

En el Museo británico se conserva el libro más valioso del mundo. Es el "Códice alejandrino", cuyo valor se estima en 2.875.000 francos.

En la isla de Zanzíbar crece un coco que tiene una copa muy delgada de pulpa que está casi llena de leche, la cual suministra a los naturales una bebida muy codiciada, tanto antes como después de fermentada.

Lo más notable que hay en la Mezquita de Delhi es un cabello que se dice fué arrancado del bigote de Mahoma. Se conserva entre cristales y todos los que quieren verlo deben pagar una suma equivalente a cincuenta céntimos.

La etimología de "jaque-mate" está formada por las palabras árabes "cheij" (pequeño jefe) y "mat" (muerto). Por lo tanto, el verdadero significado de "jaque-mate" es "jefe muerto".

El cisne es un ave tan tonta que muchas veces deja que se hiele el agua en torno suyo sin advertir que quedará aprisionada entre el hielo. En los países del norte es muy frecuente que los dueños de cisnes tengan que acudir a romper el hielo para que estas aves puedan retirarse al nido.

Los bigotes del gato son los órganos táctiles de este felino.

El arpa más antigua que se conoce está conservada en el Museo del Louvre de París. Fué hallada en una tumba egipcia y tiene, por lo menos, cuatro mil años de antigüedad.

La nafta, expuesta al aire durante algún tiempo, se transforma en petróleo.

Cerca de Islandia apareció una isla a la que le dió el nombre de Nyoe, y que duró cerca de veinte años, siendo luego deshecha por las aguas.

Los científicos proponen, actualmente, el uso de los gases asfixiantes para matar los mosquitos.

Los pasajeros de los aviones que hacen servicio aéreo entre París y Londres pueden salvarse por las proyecciones cinematográficas que se les presenta en ruta. Un pequeño proyector que se coloca en el interior del avión, traslada a la pantalla las advertencias del piloto en caso de peligro.



Descansan!

Para conseguir esa sensación de descanso tan necesaria, después de un día caluroso y de mucho caminar es preciso darse, por las noches un baño de pies caliente en el que se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

el que da la idea de que los pies se encuentran recostados en un suave almohadón de plumas.

Tal es la sensación de alivio y de descanso que da el

TARBORATS para los pies.

Cuidando los pies con estas sales sanitivas no se teme, ni el excesivo calor ni las largas caminatas.

\$ 2.60 el paquete para varios baños.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida.

Buenos Aires

LA PARTIDA DE LA INTER- VENCION NA- CIONAL A SAN JUAN

El comisionado federal designado por el Poder Ejecutivo para intervenir la provincia de San Juan, doctor Modestino Pizarro, rodeado de numeroso público, que le aclamó en la estación Retiro, del F. C. P., dirigiéndose a tomar el tren que le condujo a la nombrada ciudad.



El doctor Pizarro y algunos miembros de la intervención, que le acompañaron, despidiéndose del público, desde la plataforma del vagón, momentos antes de partir el convoy



Distribución de los premios Pro Patria y licenciamiento de conscriptos



La presidenta de la Asociación Pro Patria, entregando los premios conferidos por la institución a los conscriptos de la armada merecedores de ellos



Grupo de conscriptos navales, pertenecientes a la clase de 1906, momentos después de haber sido licenciados del servicio.

El vicario general de la armada, monseñor Dionisio R. Napal, dirigiendo una patriótica alocución a los conscriptos navales, de la clase de 1906, en presencia de los jefes y oficiales del Arsenal de marina, durante la ceremonia del licenciamiento de aquéllos



Colocación de la piedra fundamental del Colegio¹ Champagnat



En las calles Montevideo y Santa Fe efectuóse la colocación de la piedra fundamental del edificio del Colegio Champagnat, que los Hermanos Maristas levantarán en dicho lugar. — A la izquierda: la señora Marcelina Irigoyen de Rodríguez, una de las madrinas, poniendo una palada de argmasa en la piedra fundamental. — A la derecha: el ministro del Interior, el intendente municipal, el embajador de Francia, el nuncio apstólico y otras personas, ocupando el palco oficial.



El doctor Manuel Augusto Montes de Oca, pronunciando su discurso durante la ceremonia



Vista general del lugar donde se edificará el mencionado colegio, y parte del público que presenció la colocación de la piedra fundamental del edificio

Jura de la bandera en la escuela de mecánicos del ejército



Los conscriptos incorporados a la escuela de mecánicos, escuchando la ejecución del himno nacional, durante el acto de la jura de la bandera



Los alumnos de la escuela de mecánicos del ejército desfilando ante la bandera, en la ceremonia de la jura efectuada en el Arsenal de Guerra

Bibliografía



Señor Max Dickmann, autor del libro "Europa", que aparecerá en breve



Señor Andrés L. Caro, autor del libro de poesías "Mapamundi" que ha obtenido franco éxito

Vida artística



Señor René Cospito, notable pianista y director de la "Jazz Band" de su nombre



Señor Cayetano Puglisi, destacado violinista de orquestas criollas

Aniversario de la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina



En la estación Vail, de la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina, fué celebrado con una lucida fiesta, el quincuagésimo segundo aniversario de la fundación de dicha importante empresa. Asistieron al acto el intendente municipal, el secretario de obras públicas de la municipalidad y varios concejales. — A la izquierda: el jefe de la comuna, señor Cantilo; el administrador general de la compañía ingeniero Marcelo Rongé y otros funcionarios, durante el lunch. — A la derecha: un grupo de empleados de la empresa varios de los cuales fueron obsequiados con relojes, como premio a su buena conducta. — El ingeniero Rongé pronunció, con tal motivo, un elocuente discurso.

ECOS DE LAS FIESTAS DE NAVIDAD



El intendente municipal, acompañado de altos funcionarios de la comuna, durante el reparto de juguetes y golosinas a cinco mil niños congregados en el Pabellón de las Rosas



La señora de Cantilo, esposa del intendente municipal en la simpática tarea de distribuir entre los niños, diversidad de juguetes y dulces



Un aspecto de la gente menuda antes de iniciarse el reparto de regalos con que les obsequió la intendencia



Otro grupo de niños esperando la distribución de juguetes efectuada en el local de la Sociedad Científica Alemana

NOTAS NECROLOGICAS



Vista parcial de la concurrencia a la cena de Navidad ofrecida por el Hogar de Marineros Alemanes



Señora Antonia Alba de Súnico, virtuosa dama recientemente fallecida en la capital federal



Doctor Francisco Longo, en cuyo sepulcro acaba de colocarse una placa conmemorativa.



DEFENSA HEROICA

Por F. Pi y Arsuaga

Más que por sí mismo, por sus padres, sentía Juan la inutilidad de sus esfuerzos para hallar trabajo. No hacía amándolos más que corresponder al cariño de los pobres viejos.

Dueño, allá en otro tiempo, el padre de Juan de una carpintería, había podido proporcionar a su hijo satisfacciones de que no es dado gozar en su infancia a los más de los artesanos.

En cuanto a la madre de Juan, la señora Teresa, no hay que decir si tendría por él ceguera. Nunca jugó Juan, en la calle, ni fué solo a la escuela. Hasta en su propia casa tenía miedo la buena mujer de que le echasen a perder el chico los otros del barrio. No dejaba entrar a ninguno, ni conocido ni compañero. Sólo estaba exceptuada de tal prohibición Magdalena, la chiquilla de la portera de la casa, arrapieza de pocos menos años que Juan, la cual, huyendo de las lobrequeces de la portera, pasaba muchas horas jugando con el mozo.

¡Cuántas veces, por cierto, habría de recordar la pobre moza más adelante aquellos dulces días de la infancia! La costumbre, o lo que fuera, la aficionaba a Juan a medida que fué creciendo, y hubo de llorar, no pocas veces, las angustias de un amor secreto y mal correspondido.

Porque fué el caso que los negocios del pobre carpintero fueron de mal en peor, y un día hubo de trasladar el establecimiento a un local más reducido, y otro, al fin, de cerrarlo.

Desdichas de todo género, y entre ellas la mayor, la falta de salud de la señora Teresa primero, y después de su marido, echaron a rodar todas las esperanzas e ilusiones del infeliz matrimonio.

No entibiaron aquellas desdichas el cariño de Magdalena, y cuando los carpinteros se trasladaron, a verlos fué a la nueva tienda, y cuando la cerraron, subió a la buhardilla en que se guarecieron, siempre persiguiendo a Juanillo; pero fuera que Juanillo, abrumado por sus penas, no tuviese tiempo de pensar en amores; fuera que la muchacha no le inspirase afecto alguno, ello es que la hizo poco caso, y Magdalena se sintió herida en lo más hondo y se juzgó despreciada y hasta creyó notar que sus visitas eran molestas. Comenzó por retardarlas y concluyó por no hacerlas, y así quedaron interrumpidas relaciones que los recuerdos de la infancia no habían bastado a consolidar.

Supo Juan, al principio, hacer frente a sus desventuras. Tenía ya 16 años cuando la estrella de sus padres se eclipsó del todo; y ya que no se encontró como había soñado, dueño de una carpintería, se vió mediano oficial, y halló pronto trabajo y un jornal no muy suficiente. Con él hizo frente durante tres o cuatro años, no sin grandes angustias, a las atenciones de la casa.

Juan no bebía, Juan no jugaba, Juan era un modelo de virtud. ¡Ay, todo mientras duró aquel misero gredío! Pero un día cupo a su patrón

la suerte que a su padre había antes cabido, que por lo general no alcanza el trabajo mejor premio. Se empenó primero y se vendió después lo que había en la buhardilla empeñable y vendible, y llegó un momento en que todo faltó. Y Juan se desesperaba y se volvía por instantes huracán y taciturno. ¡El, que no había hecho el servicio militar, por servir de sostén a sus padres; él, que no había pensado jamás en el amor, esa virtud de la más hermosa edad de la vida, porque, monje de la religión de la fidelidad, debía consagrarse mientras viviera a cuidar a sus viejecitos! Todo resultaba inútil. Buscó trabajo, hasta fuera de su oficio, y no lo halló. Hizo mil cábalas y mil proyectos, y nada bastó a conjurar siquiera el amenazador aspecto del hambre.

Sombrios pensamientos fueron ganando el corazón del pobre mozo.

Un día, al pasar por una calle, se fijaron sus ojos en un piso por cuyo entreabierto balcón se veían magnificencias del lujo. Alumbraba el fondo de aquella habitación una caprichosa lámpara eléctrica formada por un grupo de rojas amapolas. Reflejan los transparentes pétalos de la flor las brillantes lucecillas escondidas en ellos y bañaban los cuadros y los muebles de ese color cárdeno que tiene el cielo cuando está más hermoso.

De pronto y en el instante en que se hallaba Juan más entusiasmado en la contemplación de los adornos de aquella sala que le hacían soñar cosas que tanto contrastaban con su situación miserable, se apagó la luz, sin que acertara a descubrir la mano que había dado vuelta a la llave para interrumpir la corriente. Juan despertó entonces de su éxtasis como si aquella obscuridad le volviese a la vida real, a una vida tan negra como la obscuridad misma.

Juan midió instintivamente con la vista la distancia que había desde la acera al balcón y siguió un instante pensativo; pero no ya con la vaga mirada del que parece a su pensamiento ajeno, sino con la profunda del que reflexiona y madura un plan.

No llevaba así mucho tiempo cuando del portal de la casa salió una elegante pareja. Juan miró a los que la formaban como si los conociese, y cuando hubieron pasado entró en el portal.

—¿Los señores del primer piso?, preguntó.

Acaban de salir, respondió un portero de librea que leía el periódico, repantigado en una silla con aire de gran señor.

¡Acaban de salir!, se repitió maquinalmente Juan, volviendo la espalda al portero y saliendo de la casa. "Lo había adivinado", pensó, y sin más reflexiones se encaminó al sitio que correspondía al balcón, miró a un lado y a otro de la calle, dió un salto y se asió a la parte más inferior de la barandilla, y ya encaramado allí, le bastaron segundos para

entrar en aquella sala que tanto había despertado su atención y su codicia.

Había saltado a tiempo, porque apenas acaba de entrar y de esconderse, azorado, tras un sillón, sintió pasos y que se adelantaba una mujer y cerraba las puertas de cristales.

Juan contuvo la respiración, y cuando la persona que había cerrado hubo desaparecido, respiró con libertad y comenzó a darse cuenta de su nueva situación.

¿Para qué había entrado en aquella casa? Para robar. Pero ¿qué y cómo? ¿Estaría seguro? ¿No le habría observado alguien? ¿Habían cerrado el balcón para impedirle mejor la salida?

De buena gana habría vuelto a salir por donde había entrado. Reflexionó algunos segundos. ¿Y si le veían? ¡No, no! Juan se acordó de sus viejos y se estremeció. Era preciso robar; robar y auxiliarse, o morir allí.

¿Pero qué iba a robar? ¡Dinero! ¿Dónde estaba? ¿Cómo empezar su obra? En la casa había gente; por lo menos una persona, la que había cerrado el balcón. No era fácil para él, que no conocía la casa, robar sin antes abrir armarios, registrar cajones, hacer, en fin, demasiado ruido para prometerse no ser descubierto. "¡Oh, para ejercer de ladrón hace falta algo más que querer serlo!", pensó Juan. Al menor ruido esa mujer gritará; deberá matarla". Reparó en que no llevaba armas. ¡Oh, triangularla! ¡No, no! No había Juan pensado en que el crimen es una espiral como la de los tornillos de que se servía en su oficio, que sin solución de continuidad lleva del principio al fin.

Arrepentido, afectado, sudoroso sentía Juan agolpársele los pensamientos y las dudas, precisamente en momentos en que el instinto le decía que ganar tiempo era el todo, que era preciso ejecutar lo pensado y no pensar lo ejecutable.

De pronto sonó un timbre. Juan dejó, asustado, la posición violenta en que se hallaba, acurrucado tras un sillón, y sintió que una puerta se abría allá dentro y llegaron a él varias voces confusas y oyó pasos, y cuando fué inocentemente a ocultarse de nuevo en su escondrijo, la lámpara de las amapolas volvió a encenderse, y vió que una señora entraba en la sala y oyó como al observarle lanzaba un grito. Tras aquel grito sonaron otros. "¡Ladrones, ladrones!", voceaban por todas partes. Juan se precipitó hacia el balcón y lo abrió. En la calle se habían ya parado algunos transeúntes y su aparición no sirvió sino para completar la obra de su denuncia.

Cuando al sentirse bruscamente asido por el cuello dió sobre sí mismo una vuelta y otra vez contempló el lujoso gabinete, lo halló concurridísimo. El portero le tenía sujeto, dos agentes de policía le amenazaban con sus revólveres, varias mujeres le observaban medrosas desde

la puerta. Entre ellas distinguió Juan a Magdalena que le miraba asombrada. Juan sintió tintas en rubor las mejillas y bajó los ojos. Mientras le ataban, varias voces le preguntaban con imperio:

—¿Qué hacía usted aquí?

Y Juan contestó sencillamente:

—Robar.

Juan cayó desde aquel día en un abatimiento profundo.

Los pobres viejos, al cabo padres, ahogaron su dolor y su vergüenza, y fueron muchas veces, mientras duró el proceso, a visitarle a la cárcel.

La caridad, esa madre inagotable inspiradora de todo sentimiento generoso, substituyó en la buhardilla al hijo perdido.

Infraganti, convicto y confeso, costó poco calificar la causa: tentativa de robo con las agravantes de escalamiento y nocturnidad.

Y gracias a que una visita oportuna, de esas a quien siempre se abre la puerta, evitó lo que detrás hubiera venido!

Los dueños de la casa asaltada estaban consternados desde el día del suceso, de que se enteraron a la vuelta del teatro.

Magdalena, sirviente de aquellos señores, no salía de su asombro. Juan, el mismo Juan, compañero de sus mocedades, era el ladrón! Si no lo podía creer. ¡Un chico tan bueno, tan honrado!...

Llegó, al fin, el día del juicio oral, juicio que había de celebrarse ante jurados.

Cuando se constituyó el tribunal, ya estaban en la sala los pobres padres de Juan para no perder aquella ingrata ocasión, pero ocasión al fin, de contemplar a su desventurado hijo.

Comenzado el juicio, declaró primero Juan, repitiendo siempre cuando le preguntaban a qué había ido a la casa: "A robar". ¿Cómo había entrado por el balcón? "A robar".

A robar, a robar... Esto es todo lo que Juan contestaba. Parecía que se había vuelto idiota. No faltaban ya jurados que creyeran la insistencia de la respuesta ardid aconsejado por el defensor para buscar la eximente.

Y el caso era que desde el momento de la sorpresa hasta el día, salvo raras excepciones, no había sido posible obtener del procesado mayor explicación.

Por otra parte no revelaba el delincuente gran perversidad, ni se le había hallado armas, ni gánzuas, ni instrumento alguno que agravara la situación.

(Continúa en la pág. 35)

HOMENAJE A LA MEMORIA DE DON JUAN PICCARDO



En ocasión de cumplirse el segundo aniversario del fallecimiento del señor Juan Piccardo, se tributó un homenaje a la memoria del extinto, colocando una placa conmemorativa en el sepulcro que guarda sus restos. — A la izquierda: la viuda del señor Piccardo y otros miembros de la familia, durante la ceremonia realizada en la Recoleta. — A la derecha: la señorita Juana Restelli, que habló en nombre de las obreras del establecimiento industrial de los señores Piccardo y Cia..

La visita de la "Sarmiento" a Portsmouth



El primer lord Mr. W. C. Bridgeman a bordo de la nave, conversando con el comandante de la misma a su llegada a Portsmouth



Mr. Bridgeman y el comandante de la "Sarmiento" capitán Costa Palma, en el puente de mando del buque



La fragata "Sarmiento" atracada a los muelles de Portsmouth. Al fondo: el gran acorazado "Renown"

Ante la estatua de San Martín, en Washington



El ex embajador de la República Argentina en Estados Unidos, doctor Manuel E. Malbrán acompañado de los representantes de seis organismos nacionales e internacionales, que tomaron parte en el homenaje tributado en honor del general San Martín, ante su monumento erigido en Washington.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "Juventud descarriada", film que interpretan María Alba, Florence Allen, Lionel Barrymore, etc. que la Fox estrenará el jueves de la semana próxima



Hanny Stuart, protagonista de "Tu pecado te delatará", película Extra Arte que la Corporación estrenó anteayer



La famosa Corine Griffith una de las más hermosas estrellas que veremos de nuevo en el programa Glucksmann de 1929



Escena de "Dulces amargos", cinedrama interpretado por Bárbara Bedford, Crawford Kent y otros, que estrenará la General el domingo próximo



Tres actores de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer George K. Arthur, Karl Dane y el gorila gigante, intérpretes de un film de ambiente circense



Monte Blue y Raquel Torres, protagonistas de "Sombras blancas en los mares del sur", nueva producción del director Vandyke, que la Metro-Goldwyn-Mayer presentará como extra en la próxima temporada.



Edward Heaton, Marta Mortane y el perro Ranger, protagonistas de "Justicia primitiva", que la General estrenará el viernes próximo.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Tesone, recientemente desposada con el señor Marini



Señorita Claribel Méndez con el doctor Ricardo López Mansilla. — Acompaña a los contrayentes el cortejo nupcial que actuó en la ceremonia



Señorita María Elena Vallini, cuyo enlace con el doctor Juan M. Raffo, se efectuó últimamente



Señorita María Esther Melo con el señor Ernesto Arana (hijo)



Señorita Eulalia Ferrari Cotta, cuyo matrimonio con el doctor Raúl Lima, acaba de realizarse



Señorita Luisa Alcira Etcheverry con el señor Alfredo H. Christensen



Señorita Rossi con el señor Blasco



Señorita María Isabel Elías Sloan con el doctor Ramón S. Abad



Señorita Elena Pijoan Molinas con el señor Juan Terzolo



Señorita Estela del Socorro Besares con el señor Alejandro Vellajo Casey

Me parece inútil continuar la persecución de esos demonios; ha debido de tragárselos la arena del desierto y no conseguiremos otra cosa que tomar una insolación o morir de sed en esta maldita llanura.

Estas frases fueron pronunciadas por un joven de tez bronceada, ojos vivaces y recio porte, que, erguido sobre un sudoroso corcel, asestaba sus gemelos de campaña al inhóspito y reverberante arenal del desierto, sin vislumbrar en toda su extensión la más ligera huella de vegetación ni de persona.

—No sé qué le diga, mi querido Livingstone, pero no comparto su opinión. Conozco muy bien a los bosquimanes y sé que son capaces de esconderse debajo de las dunas para escapar a toda caza.

Tal fué la réplica de un hombre curtido y vigoroso, tocado con un amplio *schalakoff* que le daba un cierto aspecto de militar en campaña.

—¿Tan listos son esos salvajes, querido Campbell? — preguntó el joven.

—Si no listos, cuando menos astutos... Saben que con ello defienden el pellejo y esto los obliga a aguzar el ingenio.

—No me explico por qué esa persecución encarnizada de los infelices nómadas del desierto.

—¡Oh, si viviera usted de continuo aquí, en la Colonia del Cabo y tuviese

usted hacienda, ya me lo diría. Esos merodeadores son aves de rapina; nada respetan, y cuando el hambre los acosa, saben robar el ganado con una astucia increíble. Sus internadas son el terror de los colonos por lo asoladoras; y, por ende, si se ven descubiertos o perseguidos, no vacilan en disparar sus flechas envenenadas.

—¡Demonio! Eso es peor... ¿Quiere usted proporcionarme algún dato más sobre esos aventureros, para saber a qué atenerme en esta rara expedición?

—Con mucho gusto, mi querido Livingstone... Allí descubro, precisamente, una duna que nos brindará algo de sombra, y a su amparo podremos hablar mientras mis hombres continúan el ojeo. Venga usted.

Ya al abrigo del sitio indicado, Campbell sacó su pipa, y ofreciendo tabaco a su compañero, dijo:

—El bosquimán es el verdadero paria del desierto; pues puede decirse con razón, que no tiene ni suelo, ni familia, ni hogar. Cualquier raza salvaje posee una tribu, una casa, algo...; el bosquimán no tiene nada de eso.

Viven en reducidos grupos aislados que recorren distancias con-

Del vivir aventurero

Una caza humana en el desierto

siderables: se los encuentra desde la Colonia de Cabo hasta el vigésimo grado de latitud meridional y yendo de Este a Oeste, desde Cafrería hasta las playas del Atlántico.

El bosquimán es muy parecido al hotentote — se cree que des-

y pintorescas. Si hallan a mano una hendidura o caverna, allí acampan, satisfechos de no tener que trabajar para instalarse; si no encuentran la gruta les basta con ponerse al abrigo de una roca, pues lo único que les preocupa es no mojarse si llueve (tal es el

y cuantos materiales encuentran a mano. Esta enramada queda abierta a trechos, de modo que el animal que va de paso, al llegar a la empalizada, en vez de saltar, encuentran más cómodo pasar por los claros; como en estos lugares el bosquimán ha abierto unos hoyos profundos muy disimulados y cubiertos de hierba, la pieza no se percata de ellos hasta que está en el fondo.

Sus azagayas se las construye él mismo con ramas que tendrán escasamente un metro de longitud, ligeramente arqueadas con el auxilio de unas cuerdas tejidas con nervios trenzados. Estas ramas

las fabrica con una caña adornada con una pluma de avestruz y un hueso pequeño en la punta. Fabricada así esta arma primitiva, en apariencia inofensiva, se procura lo más peligroso que es el veneno de que están impregnadas. Este veneno se compone del bulbo de la *Amarullis* 16-riol, el zumo de la *zufobia*, la savia del zumaque y las nueces de un arbusto conocido en el Cabo por el veneno del lobo. A esto añade secreción de víboras y un producto extraído de algunos minerales que sirve para dar consistencia a todo el preparado, hasta conseguir que se adhiera a las flechas. Una vez reunidas un centenar de éstas, las impregna con una dosis variable de la mixtura fatal,

según el empleo que piense darles, y se las coloca en la cabeza a modo de trofeo, dispuesto a enfrentarse lo mismo con las fieras que con los hombres.

Cuando la caza no se presenta bien y el hambre le acosa, el bosquimán siente la necesidad del robo, pero no del robo así como se quiera, sino en masa, y para ello no repara en hacer sentir su codicia, lo mismo sobre los cafres que sobre los manaquees o boers.

Amparado en las sombras de la noche se dirige a las haciendas más propicias y, con una mafia asombrosa, se apodera del ganado. Cuando luce el día y el robo es descubierto, se organiza como ahora, la batida, dirigida por los colonos perjudicados, los cuales, armados de "roers" (largos fusiles), siguen la pista a los ladrones.

Si consiguen atraparlos antes de cruzar el llano, el éxito de la batida es seguro. El alcance de los fusiles sobre las flechas da la victoria a los perseguidores, y rara es la "razzia" donde no cae algún bosquimán para no levantarse más. El odio que sienten unos contra otros es tal, que no se da cuartel a nadie...

Pero si consiguen meterse entre las rocas o el terreno es ondulado,



ciende de la misma rama, — pero es mucho más débil. Su estatura, en los más desarrollados, no pasa de un metro y quince centímetros, y las mujeres son todavía más menudas. Hasta que tienen dieciséis años, su desarrollo es perfecto; pero a esa edad empiezan a decaer, y en poco tiempo ofrecen el aspecto de momias; no les queda más que los huesos y la piel arrugadísima. Son de color cetrino amarillento, aunque el verdadero tono de su piel es indefinible por los sucios que son. El que más aseado parece no se baña nunca; se limita darse unos revolcones en una tierra rojiza que les da cierto matiz anaranjado; pero de ahí no pasan. Su vestido no puede ser más sencillo: los hombres emplean una especie de delantal, de piel de chacal; y las mujeres otro de tiras de cuero muy delgado que les llega a las rodillas. Cubren sus pies con una especie de sandalias de cuero, sujetas a los tobillos por correas; y, para resguardarse del sol, tocan su cabeza con unos casquetes también de cuero. Como adorno llevan, sin excepción, una velluda cola de chacal, que les sirve asimismo para espantar las moscas o limpiarse el sudor.

Sus viviendas son rudimentarias

asco que tienen al agua); y si no hallan nada de esto, buscan un matorral, inclinan dos o tres ramas que formen un arco, las cubren con unas cuantas hojas y ya está construida la vivienda. Luego cavan en la tierra un hoyo oblongo, lo cubren con hierba y en él se instalan para dormir, ellos, sus familias y sus mujeres.

El bosquimán vive casi exclusivamente de la caza, ya que, habiendo en sitios donde no existen bosques ni plantaciones y no poseyendo ganado, de la caza y algo de pesca hacen su exclusivo alimento. Así, pues, tiene que dedicarse a la captura del rinoceronte, del hipopótamo, del avestruz, de la cebra y del antilope. La furia con que persigue a dichos animales, hace que éstos le teman horriblemente, husmeando su presencia desde muy lejos. Como la caza no se presenta nada fácil, ya que las huellas seguras son imposibles de seguir, salvo cuando la pieza va en busca de agua, el bosquimán elige para su ataque un llano enclavado entre dos montañas, y, ayudado por toda la tribu, que, como le digo, son poco numerosas, tejen una empalizada no muy alta, formada con leña, hierbas, piedras constituyen el arco. Las flechas

la persecución es estéril; verdaderas cabras monteses los perseguidos, se esconden por cualquier rincón, haciendo imposible su caza.

Si el bosquimán logra su objeto y consigue escapar con la presa, elige para su huida los terrenos más áridos y faltos de agua. El ganado, que teme al bosquimán, acosado por la sed y el terror, huye a la desesperada, pero su raptor, de una velocidad increíble, le persigue, le acorrala y le obliga a seguir el camino que él desea.

Los perseguidores, ante la aridez del camino que deben recorrer para la captura, dudan en seguirlo; los caballos se niegan a avanzar, conscientes en su instinto de la falta de agua; y la mayoría de las veces, la persecución fracasa ante el miedo al peligro...

—Pero este mismo peligro de la sed lo sufrirán los perseguidos —interrumpió el joven, que escuchaba intrigado el relato de su compañero.

—No lo crea usted —contestó éste—. Aparte de que son mucho más resistentes para eso que nosotros, y que cualquier líquido les es igual para beber, tienen otra ventaja, y es que, como la rapaña está concertada en común por la tribu, todas las mujeres siguen por adelantado el camino que el raptor ha de tomar después de su hazaña y lo van sembrando de cascarnes de avestruz llenos de agua.

Cuando la suerte los favorece y hacen un robo en grande, los festines que se dan son estupendos. De condición opuesta a la hormiga, no piensan en guardar, sino que sacrifican de una vez por todas las reses, y, sin tregua ni descanso, como buitres hambrientos, comen y comen vorazmente hasta casi estallar, cayendo, al fin, como enormes bolas de grasa.

Si la caza no se presenta fácil y hay algún río cerca, se dedican a la pesca; y si no la encuentran, se alimentan de raíces o insectos.

Sumamente diestro en la caza de los avestruz emplean su astucia para capturarlo. Pone en ello toda su paciencia, especialmente en la busca del nido. Cuando consigue descubrirlo se apodera de los huevos y, ocultándolos sagazmente, se vuelve a ocupar en la arena el sitio que éstos tenían, muy acurrucado para no ser visto. Cuando los padres llegan, los espera arco en mano, y raro es que con su certera puntería no logre cazar alguno de los dos.

—¿Son crevantes estos salvajes?

—A su modo; adoran a la luna; en cuyo honor danzan y cantan; por lo demás, no reconocen patria, hogar ni autoridad alguna. De pequeños, los hijos respetan a los padres, pero cuando crecen y las fuerzas se igualan, impera entre ellos la razón del más fuerte...

En aquel momento un agudo toque de trompa sonó a lo lejos. Campobill, como impulsado por un resorte, se lanzó sobre su caballo, gritando a su compañero:

—Vamos a prisa; sígame, que mis hombres han descubierto una

pista.

Y picó espuelas, y salió disparado en la dirección que oyerá la trompa, seguido de Livingstone.

Tras un rápido galopar, llegaron junto a un terreno pedregoso, en cuya linde, varios servidores del señor Campobill esperaban la llegada de éste.

—¿Qué hay, Tom? —preguntó el cazador de bosquimanes al negro.

—Allí, señor; entre aquellas peñas está escondido...

—Rodeadlas para que no escape y tened cuidado con sus flechas... Y usted, Livingstone, sígame; pero cuidado el pellejo; una flecha de ese demonio acabaría con su salud en pocos instantes.

Y con gran precaución, sin quitarse el catalejo de los ojos, emprendió una marcha prudente.

De pronto, se le vio detenerse, inclinarse rápido sobre el lomo del caballo... Inmediatamente un silbido suave se oyó cruzar entre los dos amigos.

Campobill bruscamente se incorporó y echándose el fusil a la

avanzando sin importarle ya las balas que silbaban junto a él, no le preocupaba más que una cosa: morir matando. Una nueva descarga le acribilló sin piedad. Se le vio abrir los brazos desesperado y caer hecho una pelota sobre la candente arena.

Los servidores, seguros de la victoria, abandonaron su escondrijo, avanzando en tropel sobre la víctima; pero ésta, en un supremo arranque, tuvo aún tiempo para tender su arco y disparar a veinte pasos sobre un mocetón de cerca de dos metros que iba en cabeza.

El negro herido en pleno pecho, abrió sus brazos, y dejando caer el fusil, rodó como una masa, arrojando un hilillo de sangre por la herida.

—¡Maldición! —rugió Campobill—. Me ha matado un hombre. ¡Duro con él, no tengáis compasión de esa alimaña!

Los servidores, enardecidos por la caída de su compañero, no necesitaron estímulos. Otra nueva descarga acabó de acribillar al inelaz salvaje, que quedó desangrándose sobre la arena.

EVOCACION

Viene a mí tu recuerdo en esta hora grata y sentimental como ninguna; solo estoy con mi ensueño y con la luna, que es mi discreta confidente ahora.

Me acaricia la sombra protectora que mi nostalgia a su dolor aduna, y en el misterio de la noche bruna hay no sé qué añoranza pecadora.

Por un hondo poder evocativo las dulces horas del ayer revivó, pasados goces del amor exhumó,

te corporizo en mis fervientes preces; mas si te quiero asir desapareces como si fueras una estatua de humo.

Angel Rogelio DURO

cara con rapidez, disparó...

Un alarido respondió al disparo, y, entre las peñas, a un centenar de metros, se vio moverse con gestos desesperados un cuerpo pequeño y oscuro.

—Le he tocado —exclamó Campobill un poco pálido y nervioso, — pero si me descuido, me alcanza con una de sus malditas flechas envenenadas...

Livingstone, más curioso que impresionado, preparó sus prismáticos y se dispuso a ser simplemente testigo de aquella emocionante caza.

Al disparo, volvió a responder el bosquimán con su arco. Livingstone le veía perfectamente con su catalejo, agazaparse entre dos peñas, tendiendo el arco y disparando con saña, mientras se retorecía con gestos de dolor.

De repente, varios tiros más repercutieron, acompañados de gritos de triunfo. Los servidores de Campobill habían ganado una eminencia cercana y desde allí, parapetados, abrasaban al pobre salvaje a tiros.

Este, al verse perdido, abandonó su guarida loco de rabia, y

caballo y alejándose indignado del grupo—. Mañana mismo pido el traslado a Europa. Yo he venido aquí a emocionarme con la caza del búfalo o del avestruz, pero nunca a hacerme cómplice del asesinato de un semejante...

Año Romano

El año que el fundador de Roma dió a los pueblos latinos era lunar, y no se componía más que de diez meses, de los cuales marzo era el primero. A estos diez meses añadió Numa otros dos, que colocó uno al principio y otro al fin del año.

He aquí el nombre de todos ellos por su orden:

1, Enero; 2, Marzo; 3, Abril; 4, Mayo; 5, Junio; 6, Quintilis; 7, Sextilis; 8, Septiembre; 9, Octubre; 10, Noviembre; 11, Diciembre; 12, Febrero.

El calendario romano tomó luego una nueva denominación: se ignora en qué consistía, precisamente. Lo que se sabe mejor es que los pontífices, encargados del cuidado de las intercalaciones y de la vigilancia del calendario, se dieron tan mala traza, que el año instituido por Numa cayó en un completo desorden, no guardando ninguna relación con las estaciones. Un eclipse cuya fecha se ha conservado, prueba que en el año de Roma 565, 190 antes de Jesucristo, el 1.º de enero correspondía al 15 de octubre.

Julio César creyó indispensable una reforma. Llamó de Egipto al astrónomo Sosígenes, el cual fijó la duración del año solar en trescientos sesenta y cinco solamente, cientos sesenta y cinco días y seis horas, y las del civil en trescientos cinco solamente.

Para emplear estas seis horas que restaban aún, imaginó intercalar cada cuatro años un día, que debía colocarse entre el 23 y el 24 de febrero, el sexto día de las Calendas de marzo "bis sexto calendae martias", de ahí el nombre año "bislesto".

Para hacer que el año romano empezara el octavo día que sigue al solsticio de invierno, Sosígenes se vio precisado a prolongar tres meses más y darle cuatrocientos cuarenta y cinco días al año de la reforma, que se llamó "de la confusión". Los romanos no contaban los días como nosotros. Tenían cada mes tres puntos fijos: las calendas, las nonas y los idus. Las calendas caían regularmente en primero de cada mes: en este día se convocaba al pueblo. Las nonas eran el 7 de los meses de marzo, mayo, julio, octubre y el 5 de los otros meses. Los idus eran el 15 de los meses en que las nonas caían el 7 y el 13 de todo los demás.

—¡Acostumbrarme yo? —rugió Livingstone picando espuelas a su

EL ATEO

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Cuando falleció doña Mercedes, viuda de Ortega, acaudalada estanciera del Sud de la provincia de Buenos Aires, su establecimiento de campo "El Refugio", fué vendido en subasta pública por división de condominio entre los herederos.

Así fué cómo mister Brush pasó a ser el nuevo propietario de la estancia. Era este un inglés bastante acriollado, de unos cuarenta años, solterón empedernido.

La estancia quedó con el mismo personal que tenía en vida de misa Mercedes.

Su mayordomo se llamaba Ru-decindo Cardoso, casado con Jacinta Arenas, maestra de la escuela rural de ésa. Este matrimonio era padre de una preciosa niñita de nueve años, muy pizpireta y parlanchina, de nombre Mercedes, aunque todos los de allí la conocían por el de Mechita. Fué ahijada de la señora de Ortega, quien la tuvo siempre a su lado, pues la chiquilina se hacía querer por sus modales tan delicados y ser en extremo cariñosa.

La viuda era mujer sumamente católica e inculcó a todos sus subalternos el temor y respeto a Dios y a la Virgen.

Mechita ya conocía algunas historias de los santos y sus milagros, y decía de corrido el catecismo.

En "El Refugio" había una hermosa capilla donde el cura del pueblo oficiaba los domingos la santa misa.

También, en el monte de robles, la anciana señora había hecho colocar una hermosa estatua de mármol con la imagen de Nuestra Señora de la Merced. Todos los años se hacía una peregrinación hasta allí, que duraba varios días, para que los niños de los alrededores pudieran tomar su primera comunión. Esta fiesta era el gran acontecimiento del año, y esperada por la gente de esa zona como la llegada del Mesías.

Con el arribo de mister Brush a la estancia, dieron término todas estas ceremonias religiosas, pues siendo él protestante no participaba de las mismas creencias de aquellos moradores de manera que dichas fiestas estaban de más allí.

Se dejó de celebrar la santa misa en la capilla, la que fué utilizada como barraca para guardar los cereales y cueros. Los bancos fueron arrinconados en el coro, y las imágenes embalsadas en grandes cajones junto con los demás adornos y colocadas en el cuartito del campanario para ocupar el menor sitio posible.

Sólo la imagen del monte fué respetada; se dejó allí por considerarla el inglés, una preciosa obra de arte que embellecía el paisaje; aquel mármol tan blanco entre el espeso y verde follaje parecía una hada del bien.

La falta de la misa disgustó muchísimo al paisanaje, quienes lo comentaban en voz baja procurando no dejar traslucir al patrón su descontento.

Mister Brush no era un mal hombre; caritativo, considerado con el pobre, y muy respetuoso; de manera que aguantaron pacientemente su manía, conformándose con apodarlo "El Ateo", en desquite del agravio.

"El Refugio" era muy afamado en aquellos pagos, por ser una de

las estancias más bien tenidas, con su espléndido plantel de animales puros y de pedigree obtenidos en las mejores exposiciones del país y del extranjero.

chocó muchísimo a aquella gente sencilla y de tierno corazón, pero se guardaron muy bien de protestar, cumpliendo la orden dada.

Cuando Mechita lo supo, inqui-



Sucedió que un día amaneció muerto Pingo, el mejor padrillo del establecimiento, y el inglés ordenó que fuera enterrado en el monte al pie de la estatua. Esto

rió a Jacinta:

—Mamita, ¿por qué enterraron a Pingo junto a la Virgen? Misia Mercedes decía que los animales no tienen alma y que no hay que

EL TABANO INDISCRETO

Si te sabes un cobardón y no quieres parecerlo, métete a vigilante. Los vigilantes todavía infunden cierto miedo a la gente

Si los que mueren recobraran sus facultades durante el camino entre su casa y el cementerio, ¡qué satisfacción más grande sentirían al ver que todos los hombres se descubren a su paso respetuosamente!

El hecho de estar cansado de la vida de soltero no es un motivo para que quieras casarte. Si estás verdaderamente cansado de la vida de soltero, suicidate.

Yo no les envidio sus riquezas a los hombres ricos, pero sí les envidio la audacia con que lograron enriquecerse.

El otoño, con sus días grises, lluviosos y fríos, es la mejor estación del año para morir. De ahí sin duda que la mayor parte de los enfermos se mueran durante el otoño

Señora; usted que trata a todos con despotismo, que no corresponde a las cortesías de los demás, que es malhablada, intolerante, fea y gruñona, ¿no se siente avergonzada de ser mujer?

Dicen que no hay pan que sepa mejor que el ganado con el sudor de la frente. Si es así, en efecto, y asimismo resulta a los pobres tan amargo, ¿cuánto más amargo no tendrá que ser el que comen los ricos y los ociosos?

La señora X, actriz de renombre, sugiere estos dos conceptos — a cuantos la conocen: En el teatro: — "¡Qué mala artista, representando!". Fuera del teatro: — "¡Qué excelente artista engañando a su marido!"

Yo no soy un descontento, pero estoy descontento con todo. Hay hombres tan envenenados que llegan al extremo de blasfemar de ellos mismos.

José M. BRAÑA

rezar por ellos, aunque su muerte nos apene.

—Sí, hijita, es verdad; pero el patrón así lo ha ordenado que se haga... quizás porque era el caballo más fino de aquí.

—¡Ah, sí, sí! Ha de ser por eso. ¡Claro! Pues a la virgencita se le debe de dar siempre lo mejor que tenemos, ¿verdad mamita?

Sí, nena, pero vete a jugar y no hagas más preguntas.

A los pocos días de esto, un carro apretó entre sus ruedas a Merengue, un precioso gatito blanco de Angora que la madrina de Mechita le había traído desde la capital. El animal murió en el acto. La pequeña lloró mucho la pérdida de su compañero de juegos, y recordando que era el gato más fino de la estancia, ocurriósele ofrendárselo a la Virgen del monte.

Colocó a Merengue sobre su carretilla de juguete, y provista de una cuchilla se encaminó hacia allí.

Atareada en cavar un pozo para dar sepultura al animal, no notó la presencia de mister Brush, quien estaba a su lado, hasta que éste le preguntó:

—¿Qué haces aquí, Mechita?

La pequeña quedóse cohibida, volviendo él a inquirir:

—¿Se te ha muerto el gatito?

—Sí, patrón, y lo vine a enterrar.

—¿Por qué aquí, tan luego?

—Y, porque era el gatito más lindo de "El Refugio", así como el Pingo era el mejor caballo; por esto se lo regalo a la Virgencita, igual que lo que hizo usted...

—¡Oh, "may darling"! Ven aquí, siéntate a mi lado sobre la hierba, y vamos a conversar un ratito.

—¡Sí, sí! Qué lindo, así como hacía con madrinita. Juguemos a las visitas, y que usted era un gran señor que me venía a visitar, y que la carretilla era su auto.

—¡Ja, ja!

—¡Pero no se ría, pues! Comencemos: ¡Qué lindo día, ¿no?

—¡Precioso!

—No se dice precioso, sino divino.

—¿Por?

—Porque es obra de Nuestro Señor.

—¡Ay! Perdona maestra Ciriela.

—Está usted perdonado, caballero. ¡Todo se les perdona a los gringos en esta tierra!

—¿A quién has oído decir eso?

—A los peones. ¡Pero qué curioso! ¿No sabe que es pecado meterse en lo que no se le importa?

—¿Sí? ¿No lo sabía, sigue conversando, nena.

—¡Qué lindo sería que se muriera el toro fino! ¿No señor? Ese que le costó tanta plata, según dice mi taita, así se lo poníamos, también a Nuestra Señora.

—¡Chits! No digas eso. ¿Por qué deseas que se muera el torito Chiche?

—Y, como es el mejor que tenemos, y lo más lindo ha de ser siempre para Dios o la Santa Madre...

—Cambiamos de conversación y dejemos los santos en paz.

—Bueno; diga, ¿qué le pediría al Todopoderoso si no fuera ateo? ¿Novia? ¡Ay! es verdad que esto no lo puede pedir usted.

—¿Se puede saber por qué no debo pedirle una linda novia?

—¡Es ocurrencia la suya! ¿Qué

haría con ella si no puede casarse?

—Vamos a ver, ¿cuál es el motivo que me impide casarme? ¿Te parece que soy tan anciano?

—¡No, eso no! La abuelita de Dios también era ¡vieja, vieja! y fué madre de la Virgen. Mi madrinita me decía que hay que respetar a los ancianos, ¡y usted no lo es todavía! pero, no se puede casar.

—Dime, "darling" ¿por qué?

—¡Pero si no hay iglesia, ni tenemos cura!

—¡Oh!... Es verdad.

—¿Ha visto como yo tenía razón?... Oiga mister, cuando se muera Chiche lo ponemos aquí, ¿quiere? junto a Pingó y Merengue.

—¡Calla! ¿No sabes que la muerte no debe desearse a ningún ser viviente?

—¡Eso ya lo sé! Pero como el torito está enfermo, el mejor alivio para que no sufra es que se muera de una vez; los animales no tienen alma, de manera que no van al purgatorio a padecer allí, y tatita dijo esta mañana que Chiche está muy grave; por esto digo que es mejor que se muera para dejar de sufrir.

—¿Dices que el torito está enfermo? ¡Cómo puede ser esto posible, si Rudecindo no me lo ha comunicado!

—Sí que está enfermo, ya fueron al pueblo en busca del veterinario, pero tatita no se lo ha dicho para que no se desespere; como le costó tanto dinero, y usted es tan amarrete.

—¿Más aun? ¿Con que yo soy amarrete?

—¡Claro que sí! Un verdadero "Juan Puño", así dice abuelito, que usted por economizar unos pesitos, no permite fiestas religiosas en la estancia.

—¡Chiche enfermo!... ¡No puede ser! De un tiempo a esta pasan cosas tan extraordinarias.

—Así comentan todos los peones; dicen que desde que no viene el Padre a decir misa, Mandinga anda haciendo de las suyas en "El Refugio".

—¿Eso dicen? ¡Qué estúpidos! Ven vamos hasta el galpón.

El inglés le extendió la mano, pero ella, escondiendo las suyas detrás de su espalda y mirándolo con ojos de reproche, dijo:

—¡Malo, feo, ateo!

—¿Te has enojado, preciosa? Dame la mano.

—Bueno, pero si no habla así de los católicos.

Tomó mister Brush a la pequeña de una mano, y se encaminó con ella hacia las casas.

El mayordomo les salió al encuentro diciendo:

—Se nos muere el toro Hereford, patrón; ya no hay nada que hacerle; ahí ha venido el veterinario, pero no tiene remedio, y eso que está inmunizado contra la tristeza, y vacunado contra el carbunco. ¡Caray!

—¡Qué suerte! —exclamó Mechita, — así se lo regalamos a la Virgencita, y ella me mandará los Reyes Magos con muchos juguetes. Usted también patrón, pídale algo, y ya verá como se lo concede. ¡Ah! pero quién sabe si oye sus ruegos pues ha de estar enojada por lo que le hizo.

—¡Tontuela! ¿Qué le he hecho yo a la Virgen? ¿Acaso no le regalo los animales muertos? ¡Ja, ja...!

—Es verdad, pero no deja decir misa.

El inglés miró a la niña, y soltándole la mano, incomodado, repuso:

—¡Fanática! Vete con tu ma-

luego volvió a colocárselo, y bajándole el ala encaminóse hacia el establo sin ir a ver al torito.

Al día siguiente Chiche fué enterrado en el centro del corral grande. Esto disgustó mucho a Mechita la que deseaba haber cumplimentado a la santa con aquel hermoso animal, y así se lo manifestó fastidiada, a su patrón.



FRITZ. — ¿Usted sabe, Berta, por qué un reloj se para cuando se va al suelo?

BERTA. — ¡Oh, no, amigo mío!

FRITZ. — Pues se para porque ya no pueda ir más abajo. ¡Jo, jo, jo!

mita, corre... ¡Qué niña tan extraña es esta!

—¿Quién sabe, mister, —observó Rudecindo;— quizás la nena tenga razón y hable por boca de angel; vea que de un tiempo aquí nos sucede cada cosa más misteriosa que parece una maldición.

—Misterio... Maldición... ¡Oh, no, no! Esto es una ignorancia. ¡No diga eso, hombre!

Quitóse Brush el chambergo y rascóse nerviosamente la cabeza;

Brush quedó estupefacto ante tal revelación. Aquella acción que él hizo como una profanación y alarde de incredulidad, era para la pequeña una hermosa ofrenda y acto de fe a Nuestra Señora.

.....

Llegó la Noche de Reyes, y cuando todos dormían en la estancia, se aproximó a la ventana del dormitorio de Mechita un bulto

CUANDO EL TREN PASABA

La estación de aquel pueblo de campaña tenía pocas cosas, muy pocas: un banco, una campana y un reloj... (Pero junto del banco se veía un rosál que trepaba la rústica ventana).

Y al pasar en los trenes mi emoción florecía, porque tras de las rosas, en aquella ventana, una bella sonrisa de mujer me ofrecía algo más que una dulce confidencia de hermana.

¡Ah! Yo sé que mi ensueño de paz y de alegría, pudo estar en aquella florecida ventana, (y recuerdo el aspecto socarrón que tenía el jefe en el momento de agitar la campana).

Pero el tren ciertas veces no paraba... Y un día cruzé-rumbo de alguna capital provinciana — sin pensar en que nunca, nunca más volvería a pasar frente aquella romántica ventana...

Adolfo QUEVEDO



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas.

COMPANÍA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 561-569

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

negro que depositó en el alféizar, entre los pequeños zapatitos de la niña, muchos juguetes y golosinas.

Al día siguiente, cuál no sería la sorpresa de la pequeña al hallar los regalos que le enviaba desde el cielo la Santa Madre por intermedio de los Reyes Magos.

Prendida al vestido de una hermosa muñeca había una carta que decía lo siguiente:

"Mechita: Tu deseo se ha cumplido; ya tienes juguetes porque eres buena, y te ruego lo sigas siendo siempre.

"Pídele a tu patrón que consienta oficiar misas en la capilla; pídeselo, que los ruegos de un angel siempre son oídos".

Nadie reconoció en aquella misiva del cielo la letra del ateo, el que estaba deseoso por complacer a aquella gente de gran fe, pero su orgullo y carácter firme de sajón, le impedían doblegarse espontáneamente, sin que se lo rogasen.

Desde el siguiente domingo se volvió a oír el alegre tañido de las campanas en la capilla de "El Refugio".

Gas asfixiante antiaereo

Recientemente se realizó la prueba experimental de un invento danés, cuyo autor es Arnold Christensen. Se trata de un cañón que dispara a gran velocidad enormes masas de gas. En dos segundos el gas llega a una altura de trescientos metros. Allí forma una tromba circular, dentro de la cual no puede resistir ningún piloto. El gas tiene la propiedad de narcotizar a todo ser viviente. Ahora se trata de construir modelos mayores de ese mismo cañón, que habrían de permitir el lanzamiento de cantidades más grandes a mayor altura.

EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

Un dato desconocido de la defensa de Verdún. — Lo facilitó la indiscreción de un diplomático alemán, aprovechada por un sagaz norteamericano

Una de las mil historias asombrosas de los anales secretos de la guerra es el modo con que un norteamericano salvó a Verdún.

Cuando los alemanes por primera vez se lanzaron, en salvaje acometida, contra aquel baluarte de líneas francesas, el mundo se maravilló de lo tenaz y heroico de la resistencia. Pero los franceses no hubieran podido defender Verdún como lo defendieron contra la fiebra acometida si de antemano no hubieran estado advertidos de lo que les esperaba.

El hombre que les dio esta información preciosa, y, por tanto, evitó la aplastante derrota en que el episodio hubiera podido terminar fué un viajero norteamericano que acababa de llegar de Varsovia, y cuya historia parece el capítulo de una novela romántica de William le Quex.

Una mañana, al llegar yo al Almirantazgo, encontré esperándome a un hombre alto, delgado, con un cigarro apagado en la comisura de los labios.

—Quiero ver al almirante Hall —me dijo.

El almirante Hall estaba enfermo, y yo indiqué al visitante que podía exponer lo que quisiera. Su respuesta fué:

—Es asunto muy secreto e importante y quiero ver a alguien que pueda tomar rápidamente una resolución.

El capitán Aubrey Smith, director adjunto del departamento de Inteligencia se ofreció a hablar con él, y yo le llevé al despacho al norteamericano.

Pasó un cuarto de hora, y el capitán salió en estado de gran excitación.

—Venga usted acá. Hoy — me dijo. — Usted, que es un gran psicólogo, entre en mi despacho y fíjese en lo que está diciendo ese hombre, y luego dígame su opinión.

Entré y encontré al norteamericano paseando, inquieto, a grandes zancadas de un lado a otro. El capitán Smith se le dirigió con estas palabras:

—Si lo que usted ha dicho es verdad, son informes del más alto valor. Haga usted el favor de volver a repetirlo, a fin de tomar unas notas taquigráficas y poder pasar noticia de ello a la oficina competente.

Sin preámbulo, el yanqui comenzó por segunda vez su historia; asombrosa, casi increíble historia.

—Parece increíble que un ciudadano norteamericano vulgar pueda estar en posesión de un secreto tan extraordinario — empezó por decir. — Yo no puedo juzgar si es verdad o no; lo único que puedo hacer es decirselo a ustedes tal como a mí me lo han dicho. Acabo de llegar de Varsovia, donde fui con motivo de negocios. Durante mi permanencia allí me hice amigo del gobernador de Polonia. Poco antes de partir me invitó a comer con su familia, y yo acepté. Dió la coincidencia de que era el cumpleaños de su hija; comió y be-

bió de firme, y por momentos fué haciéndose más locuaz y comunicativo. Cuando se retiraron las señoras empezó a hablar de la guerra y se refirió a los planes de Alemania para una próxima ofensiva en el frente Oeste.

dún; que von Fakenhain, jefe del Estado Mayor General, había declarado su determinación de "dar el golpe más enérgico de la guerra y someter a Francia con él".

Todavía fué más allá la explosión de confianza del gobernador,

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

Seguía nuestro yanqui su historia con el relato de las circunstancias en que el gobernador empezó a revelar, aunque confusamente, extremos y aspectos del gran ataque destinado a herir de muerte a Francia. Con todo cuidado y diplomacia el norteamericano le soncaba como podía.

—Me dijo — siguió textualmente su historia — que acababa de volver de Berlín, donde había asistido a un Consejo del Gran Estado Mayor General alemán, y añadió: "En Berlín reconocen que las cosas no marchan como se quisiera y que hay que intentar algo, aunque sea a la desesperada, para destruir el frente occidental."

El gobernador dijo, por fin, al yanqui, que se esforzaba por disimular su curiosidad y su interés, que estaba decidido atacar Ver-

que llegó a decir la fecha del ataque y el número de tropas que el Estado Mayor General alemán estaba dispuesto a sacrificar para la toma de Verdún.

—Esto es todo lo que sé — dijo por fin el norteamericano. — Puede que por una parte no sea conveniente llevar las tropas francesas a aquella parte de la línea; por otro lado quizá haya algo que examinar en lo que dejo dicho. De cualquier modo ya saben ustedes tanto como yo.

Cuando se hubo marchado del despacho, el capitán Aubrey Smith se volvió a mí y me preguntó:

—¿Qué le parece a usted? ¿Usted le cree?

—Creo la historia de lo que le ocurrió — contesté. — Pero si el gobernador decía la verdad o no la decía, es otra cuestión ya.

LA MARTINETA Y LA PERDIZ

—¿Es mejor el chimango que el carancho, El cuervo, que el halcón?

¿La lechuza vulgar, pico de gancho O el buho dormilón?...

Preguntaba a una hermosa copetona Una tierna perdiz;

Y respondió la otra, socarrona:

—Calla, pobre infeliz...

Mal te puedo decir cuál más prefiero

A fe de martineta;

Pues antes que a tiro de ellos, estar quiero

A tiro... de escopeta.—

Domingo SASSO

—No parece probable — dijo Smith. — De cualquier modo, lo mejor será que tome usted el automóvil y vaya a casa del almirante Hall a darle cuenta de esta conversación.

El almirante Hall miró mis notas y me hizo luego la misma pregunta que el capitán me había hecho respecto del crédito que mereciese aquel hombre. Yo sólo pude responder:

—Parecía hombre verídico y recto.

Conforme iba releiendo fruncía el entrecejo el almirante Hall.

—Como esto sea verdad — dijo, — supone muchos millones y miles de vidas para Francia. Vaya en seguida y de cuenta de lo que ocurre al agregado naval francés y mande también copia al Ministerio de la Guerra.

Me pareció más conveniente ir primero a ver al agregado naval. Le produjo la noticia grandísima inquietud.

—Tiene aspecto de ser verdad — dijo. — Hace tiempo que se nos viene anunciando un ataque en gran escala; pero no hemos logrado saber aún donde ha de ser. Dentro de un minuto sabrán esto en París por teléfono particular.

Se comprenderá fácilmente que tomar estos informes en consideración encerraba un riesgo tremendo. ¿Era posible que el gobernador de Polonia hubiera cometido la necia indiscreción de revelar secreto semejante a un extranjero? ¿O sería todo una amenaza o una finta encaminada a desorganizar las tropas francesas de modo que las alemanas tuvieran oportunidad de alcanzar una victoria aplastante en algún otro punto del frente?

Si los franceses desatendían los informes y resultaban ciertos, ello podría conducirlos a un desastre espantoso. Si procedían de acuerdo con ellos y resultaban falsos, el desastre que se produjera podía no ser menor. Optaron por el riesgo de creer la historia del norteamericano, cuya veracidad y acierto se encargaron de probar los hechos de manera dramática. En el mismo día que él había fijado para principio del ataque las tropas alemanas cayeron sobre Verdún como una ola enorme. Pero los cañones franceses estaban dispuestos, y fueron las fuerzas alemanas las sorprendidas.

No sólo en este aspecto resultaron verdaderos los informes que dió el norteamericano, sino que también la cifra que dió respecto de los hombres que el enemigo estaba dispuesto a perder en la empresa resultó puntual y asombrosamente comprobada. Cuando cesaron los ataques alemanes a Verdún habían perdido los millares de hombres calculados.

El día en que los alemanes se lanzaron al ataque me encontré en un pasillo del Almirantazgo al agregado naval francés, que, tendiéndome la mano, me dijo:

—¡Agradecidísimos!

HUGH CLELAN HOY

(Director de Inteligencia Naval)

Benjamin Franklin, experimentador

Así como en sus experimentos Franklin usaba sus aparatos, así, en los asuntos de la vida, usaba sus palabras. Empleaba su lenguaje como un albaní el moñero, un ajustador la lima o un motorista el acelerador.

Describía un experimento científico casi mejor que lo hacía, de lo que resultaba que de todas partes le escribían haciéndole preguntas y enviándole curiosos datos para sus experimentos.

Dedicaba noches enteras a observar las auroras boreales y luego las describía detalladamente.

Amigos de todas partes del mundo contestaban a sus preguntas sobre cuando y como este hermoso fenómeno podría producirse. Los marinos le dijeron que esa luz no se veía nunca en las regiones ecuatoriales y rara vez a latitudes más bajas de los 40 grados. Desde Europa sus corresponsales le escribían diciendo lo que habían observado en las regiones septentrionales en donde las auroras se presentan a veces en rayos paralelos, formando como largas cortinas que se agitan como si las impulsara el viento.

Según Franklin, las nubes llevaban electricidad que en condiciones favorables se condensaba fuera de ellas como las gotas de lluvia.

En las regiones árticas había grandes extensiones de hielo que recogían las descargas eléctricas impidiendo que entrasen en la tierra. Pero, decía, el fuego eléctrico no puede destruirse y por consiguiente tiene que acumularse en grandes cantidades sobre el hielo y gradualmente ir aumentando hasta llenar de electricidad toda la atmósfera de las regiones árticas.

La capa atmosférica en aquellos lugares tenía que ser, según Franklin, muy poco espesa y el vacío encontrarse muy cerca de la superficie, y el vacío, según estaba ya probado, era buen conductor de la electricidad.

Si suponemos que la cantidad de electricidad ha llegado a ser demasiado grande, las pequeñas capas atmosféricas no la podrán contener y se abrirá paso a través de ellas, atravesando el vacío y enviando sus rayos en todas direcciones y debilitándose a medida que se acerca al ecuador, hasta que al encontrar un clima más templado y una mayor capa atmosférica puede penetrar en la tierra y allí perderse.

Esta era la ingeniosa explicación de Franklin sobre las auroras boreales.

La ciencia moderna, la ha estudiado en diferentes latitudes y al estudiar lo que nos dice nos convencemos de que fundamentalmente Franklin tenía razón.

La idea de que las nubes contenían electricidad, le llevó hacer el siguiente experimento:

Construyó unas pequeñas nubes de cartón que colgó del techo de su laboratorio y de ellas pendían multitud de hilos de seda e n cu-

yas extremidades ató pedacitos de corcho y de madera.

Al generar electricidad con su máquina primitiva descubrió que las partículas de corcho al cargarse de electricidad se repelían unas a otras. Si las humedecía soltaban gotas de agua al separarse "exactamente, — dice el mismo Franklin — lo mismo que las nubes sueltan gotas de agua después del rayo".

De este experimento dedujo que cuando dos nubes cargadas de "fuego opuesto" se encuentran, producen el relámpago y el trueno y que las grandes gotas de agua caen por el efecto del choque producido.

Hoy sabemos que las grandes

de las "llamas de luz" que se producían en las puntas de los mastiles de los barcos romanos, y se creía que estas luces eran enviadas por Castor y Polux los dos dioses gemelos que velaban por los navegantes. Un par de estas indicaban un buen viaje; una sola luz auguraba tormentas y peligros.

Los españoles al ver aparecer estas luces en sus embarcaciones, creyeron que eran emanaciones del cuerpo de San Telmo y les dieron el nombre de fuegos de San Telmo.

Es natural que en aquellos tiempos se atribuyera a estos fenómenos una causa milagrosa, pero todos ellos dependían de una cosa: los mastiles, las vergas y las torres terminan en punta, Franklin lo observó y comprendió que por las puntas "se extraía el fuego eléctrico".

El zig-zag del rayo despertaba grandemente su curiosidad. ¡Las puntas, siempre las puntas! decía y escribió a su amigo Coullinsón, botánico inglés:

"¿Conocido este poder de las

DIFERENTES CALENDARIOS

En casi todas las lenguas semíticas la palabra año, "she-nat", deriva de una raíz que significa vuelta o repetición, e igual idea encierra el "annus" latino (anillo, círculo), y el "enauantos" griego.

Los egipcios establecieron sus años conforme a la revolución solar, y los caldeos y hebreos le dieron un carácter lunar. En Egipto se hicieron doce divisiones de treinta días; pero al ver que no coincidían de uno a otro año las estaciones con los mismos días, agregaron al fin del año cinco días; pero como ni aun así coincidían, el arreglo fue la anotación del período "sothiaco", que comprendía mil cuatrocientos sesenta años astronómicos resultando de trescientos sesenta y cinco por cuatro.

La institución del año ordinario de trescientos sesenta y cinco días es anterior al primer rey de Egipto, 5.000 años antes de Jesucristo.

He aquí los nombres de los meses y su correspondencia con los nuestros.

1 Thoth, mes egipcio, correspondiente al 29 de agosto, mes romano; 2 Paophi, 28 de septiembre; 3 Athyr, 28 de octubre; 4 Choiac, 27 de noviem-

bre; 5 Tybi, 27 de diciembre; 6 Mechr, 26 de enero; 7 Phamenoth, 25 de febrero; 8 Phor-mouthi, 24 de marzo; 9 Pachon, 23 de abril; 10 Pavi, 22 de mayo; 11 Eipphi, 21 de junio; 12 Mesori, 21 de julio.

A estos se añadía cinco días "epagómenos" o complementarios y un sexto cada cuatro años.

El Génesis nos dice que en su origen los israelitas contaban trescientos sesenta días en cada año. Después de su salida de Egipto adoptaron un calendario lunisolar: la institución de la Pascua, fiesta destinada a recordar su emancipación del poder de Faraón, y que debía celebrarse siempre en la luna llena más próxima al equinoccio de la primavera, les obligó a ello. Su permanencia en Babilonia no cambió nada la forma de su calendario, pero dieron a sus meses los nombres de los meses babilónicos. La duración de ellos es alternativamente de nueve y de treinta días. Sus años son simples e intercalados; para formar estos últimos se dobla el mes "Adar" último del año, que toma el nombre de "Ve-Adar". Tal es aún la forma del calendario que está en uso entre los judíos.

gotas de agua no se deben al trueno sino a la chispa en sí. Por ejemplo; si condensamos vapor de agua en un puchero, forma pequeñas partículas de agua en sus paredes.

Si producimos una descarga eléctrica dentro del recipiente, estas partículas inmediatamente se unen unas a otras y caen al fondo de la vasija en forma de gruesas gotas de agua. Otro tanto ocurre con las partículas de polvo.

Las descargas eléctricas hacen que las sustancias muy divididas o pulverizadas se unan unas a otras. Este fenómeno ha sido utilizado para el desarrollo de la radiotelegrafía.

Plinio en su Historia Natural, año 50 antes de Jesucristo, habla

puntas no podemos utilizarlo para proteger casas, iglesias y barcos de los efectos del rayo, colocando en sus partes más altas, largas varillas de hierro unidas por alambres a tierra y en los barcos al mar? ¿No atraería esto el fuego eléctrico lenta y silenciosamente desde las nubes y asegurarnos del repentino y terrible daño?"

Un pequeño párrafo de las notas del mismo Franklin, nos da una idea de sus razonamientos en este punto:

"Noviembre 7 de 1749. El fluido eléctrico se asemeja al rayo en lo siguiente: 1.º Produce luz. 2.º En el color de la luz. 3.º En lo quebrado de su dirección. 4.º Rapidez de movimiento. 5.º Conductibilidad por los metales. 6.º Ruí-



do en la explosión. 7.º Su existencia en el agua y en el hielo. 8.º a los animales. 10.º Funden los Atravesan los cuerpos. 9.º matan metales. 11.º Incendian las materias inflamables. 12.º Olor a azufre".

Estos doce puntos eran el fundamento de su teoría.

Algunos de ellos fueron aceptados al momento; por ejemplo: Al enterarse Coullinsón de que Franklin había matado una gallina con la electricidad el hizo lo mismo con un pavo afirmando que la carne del animal así muerto resultaba extraordinariamente blanda.

Habiendo de su ramosa cometa nos dice como puede construirse:

"Con dos varas de cedro se hace una cruz y se cubre con un gran pañuelo de seda atando las puntas de éste a las extremidades de los brazos de la cruz y como a las de papel se le pone el rabo y la cuerda correspondiente. La seda resiste mejor el viento y la lluvia sin romperse.

"En la extremidad de la vara más alta se fija un alambre bien puntiagudo que sobresalga de la vara lo menos un pie. En la extremidad del bramante, cerca de la mano se ata una cinta de seda y en el punto de unión de la cinta y el bramante se ata una llave.

"Una cometa así hay que elevarla en el aire cuando empiezan las rafagas tormentosas y la persona que sostiene la cuerda debe colocarse dentro de una puerta o ventana o bajo cubierto para que no se moje la cinta de seda, teniendo cuidado de que el bramante no toque al marco de la puerta o ventana. Tal pronto como una nube tormentosa se coloca sobre la cometa el alambre atraerá el fuego eléctrico y la cometa con la cuerda toda quedará electrificada.

"Cuando la lluvia haya mojado la cometa y la cuerda conduzcan la electricidad libremente, se verá cómo sale en abundancia de la llave al acercar el dedo, y con esta electricidad cargar las botellas.

"Con este fluido se pueden hacer los mismos experimentos que con la electricidad obtenida en la máquina, de manera que esta electricidad es la misma que la que produce el rayo".

El doctor Stuber contemporáneo de Franklin y amigo de él dice:

"Su cometa se elevó en medio de la tempestad sin que apareciera señal alguna de electricidad.

"Ya desesperaba del éxito de su experimento e iba a abandonarlo cuando notó que las hebras sueltas del bramante se movían y se ponían tirantes y erguidas.

"Entonces acercó los nudillos a la llave y salió una chispa dándole una sacudida.

"De este experimento dependía la afirmación de su teoría. Si tenía éxito su nombre ocuparía alto lugar entre los grandes hombres de la ciencia; si fracasaba sería objeto de las burlas de la humanidad y quizás de su lástima que casi era peor.

"Pero venció."

Hace unos cien años, un negro llegó a ser rey de un vasto territorio de la isla de Haití. No sólo llegó a tan alta dignidad, sino que mereció el cargo tan difícilmente alcanzado. Todos los historiadores reconocen que reinó con inteligencia y eficacia. Proporció a sus súbditos paz y prosperidad, y hasta dejó en la isla huellas de su reinado en forma de ciudadela, que aun se alza, razonablemente amenazadora, sobre el mar en la cumbre de un monte. La ciudadela es un edificio más vasto y más imponente que la célebre Torre de Londres.

Sus murallas alcanzan una altura de 39 metros y un espesor de 9. Están equipadas con 365 cañones de bronce; por lo visto, uno para cada día del año. Cuando nos fijamos en que cada piedra del edificio tuvo que ser subida por una montaña tortuosa hasta una altura de 900 metros, entonces nos damos cuenta de que sus constructores tuvieron que trabajar como negros.

Este rey negro se llamaba Enrique Cristóbal. Había nacido esclavo. Luego fué albañil, camarero mozo de billar. Fué, además, el único hombre que hubo de atreverse a desafiar a Napoleón I antes de la batalla de Waterloo.

Un gran escritor norteamericano, Mr. John W. Wandercook, ha escrito un maravilloso libro sobre Enrique Cristóbal, titulado "Su Negra Majestad". Es un libro realmente fascinador. Fué clasificada como una de las doce mejores obras publicadas el pasado año en Nueva York.

Era Enrique Cristóbal, un hombre alto, fornido, imponente. Creyárasele con la energía y fuerza de tres hombres. Criado en una plantación de azúcar, nadie pensó nunca en su educación. De aquí que los lectores no puedan por menos que sorprenderse al saber que reinó y murió sin saber leer ni escribir. Y esto decimos porque no puede considerarse como seber escribir el que, a fuerza de mucha paciencia, lograra garabatear su nombre, lo que aprendió cuando otro negro famoso, Jousaint L'Ouverture, le hizo gobernador de una ciudad. Es curioso el dato de que primero aprendió a trazar el nombre de Cristóbal y, algunos años después, el de Enrique. Su gran orgullo consistía en poder firmar Enrique I, rey de Haití.

El ambicioso Enrique I se hizo construir un magnífico palacio y quince castillos en varias partes de su dominio. Sacó de los ingenios a varios negros y mestizos y les confirió los títulos más altisonantes. A uno le hizo duque de la Mermelada y a otro conde de la Limonada.

El nuevo rey asignó plantaciones a todos los nobles y les señaló el uso de determinados y esplendidos uniformes. Todos los jueves daba recepciones en palacio, insistiendo en que los nobles tenían la obligación de asistir a ellas. A intervalos frecuentes, el rey hacía modificar los modelos de los uniformes, prescribiéndolos más suntuosos a cada sucesiva modificación. "Los duques, condes y baro-

El rey negro que desafió a Napoleón I

Confirió los títulos de duque de la Mermelada y conde de la Limonada

nes, —dice Wandercook en su bello libro—, en vista de esta frecuencia en los gastos de uniformes, no tenían más remedio que trabajar intensamente en sus tierras, actividad que, en último término beneficiaba a todo el país. La cuenta del sastre no había más remedio que pagarla, pues de otra manera, el sastre iría a quejarse

res de Inglaterra y creó escuelas por todo el país. Era lógico, dada la nacionalidad de los profesores, que el idioma oficialmente enseñado fuera el inglés. De Filadelfia trajo a dos institutrices, a quienes confió la educación de sus hijas.

Un día sufrió un ataque de hemiplejía. Aunque recobró el uso de las manos, el resto del cuerpo

dominando heroicamente la rigidez de sus músculos, se alzó magnífico y avanzó hacia su caballo. Logró montarlo, pero al tomar las riendas, las fuerzas, como no tenía más remedio que suceder, le abandonaron, y el pobre rey cayó hacia adelante, bajo las patas de su corcel, y sobre el fango, que hubo de manchar para siempre su hasta entonces impoluta majestad.

Y éste fué el trágico final del Rey negro. Las tropas se disolvieron murmurando o entre dientes la flaqueza intolerable del soberano. Indudablemente, allí había de originarse la revolución. Enrique I fué conducido a su lecho. Llamó entonces a su mujer y le dijo:

—Todo ha terminado. Huye con nuestras hijas.

Cuando se convenció que su esposa y sus hijas se hallaban en salvo, ordenó que le dejaran solo. Arrojóse al suelo, y arrastrándose como una pobre bestia herida, llegó hasta un pequeño mueble en que guardaba sus objetos más queridos. Un objeto sacó del mueblecillo y, otra vez, arrastrándose —único medio de locomoción que le permitían sus fuerzas, volvió al lecho.

Minutos después sonaba una detonación. El rey se había suicidado. Al acudir los palaciegos un hilo de sangre corría por su rostro, fluyendo de un pequeño orificio en la frente.

Cuentan las crónicas que la reina no había huido. Huyó, sí, después de la muerte del esposo, y después de trasladar sus restos a la ciudadela, encamada en la cima del monte.

Hoy es visitada su tumba por numerosos viajeros. La emoción nos asalta ante la figura de este pobre negro, que soñó con una interminable dinastía de su sangre y que, por voluntad de la Providencia, fué sólo él, primero y último soberano de Santo Domingo.

Víctor UBERSETZER.

Una paloma heroica

Acaba de desaparecer otro héroe de la guerra mundial.

Se trata de una paloma mensajera, matriculada con el número 947, que acaba de morir en el palomar de la Compañía Colombiá de Montoire.

La paloma 947 fué famosa durante la guerra.

Se distinguió, especialmente, en toda la campaña de Verdún en 1916, y sus brillantes servicios le valieron el premio de un anillo de guerra con la siguiente mención:

"Durante la batalla de Verdún ha asegurado, bajo un fuego violento, el transporte rápido de importantes mensajes. El 25 de mayo de 1916 ha dado a conocer, quince minutos, el violento ataque del enemigo contra el 294.º regimiento de infantería, y llevado en veloz vuelo la petición de refuerzos en previsión de nuevos ataques".

Había nacido esta paloma en 1913, y era la última de las que sobrevivieron a la guerra mundial.

Un buen amigo que lo sabe todo



ENCICLOPEDIA SOPENA (DOS TOMOS)

El mejor y más moderno de todos los diccionarios publicados.
Contiene:

3.000 páginas	30.000 americanismos	20.000 grabados
200.000 artículos	100.000 nombres geográficos	87 mapas
1.000.000 de significaciones	30.000 biografías	39 cromotipias

Puede adquirirse en 10 cuotas mensuales de \$ 5 m/n
Al contado: 10 o/o de descuento

(Para envíos al interior agréguese \$ 1.50)

Utilice el cupón de este aviso para pedir detalles y prospectos
explicativos a la

CASA EDITORIAL SOPENA
CORDOBA 1315 - BUENOS AIRES

Agencias

LA PLATA

Calle 15 n. 1005

ROSARIO
Córdoba 1132

CORDOBA
27 de Abril 311

y subagentes en casi todas las localidades

Casa Editorial Sopena CORDOBA 1315 BUENOS AIRES

Sin compromiso por mi parte, solicito el envío de prospectos explicativos de su oferta de la ENCICLOPEDIA SOPENA (2 tomos).

Nombre

Dirección

Población

inmediatamente al rey, y éste, sin duda, amonestaría y hasta castigaría al moroso.

"Con los años, Haití fué enriqueciéndose. La incansable energía del rey organizó una pequeña flota. Hizo venir ingenieros de Inglaterra, quienes construyeron y equiparon una fábrica de paños en Cap Henry —la capital—. Tal fué el éxito logrado, que al poco tiempo, Haití cesó de importar tejidos de algodón."

Igualmente, hizo venir profesores

de Inglaterra y creó escuelas por todo el país. Era lógico, dada la nacionalidad de los profesores, que el idioma oficialmente enseñado fuera el inglés. De Filadelfia trajo a dos institutrices, a quienes confió la educación de sus hijas.

Sus súbditos empezaron a inquietarse. Un rey que no puede tenerse en pie era, en su concepto, un rey que no servía para nada. Sus enemigos vieron llegada la ocasión de destronarlo. Haciendo un supremo esfuerzo, el rey Enrique organizó un gran desfile militar. En presencia de sus tropas,

EL ENVIDIOSO

Por André Mycho

Clemente Becherel y su discípulo Víctor Palissot eran dos camaradas que, desde el comienzo hasta el fin de sus estudios, no vieron turbada su buena amistad. Ambiciosos ambos, se habían prometido mutuamente ayuda y asistencia para alcanzar las más gloriosas cimas.

Después, la vida los separó. Perdieron completamente de vista entre los veinte y los treinta años de edad. Y cuando el azar los reunió como redactores de la "Grande Revue Française", eran los rivales los que se encontraban.

Tenían, sin embargo, secciones muy diferentes: Clemente hacía la crítica de libros, y Víctor, la política extranjera.

Pero cada uno de ellos, celoso de su pequeña posición, del nombre que se había hecho, tenía el tesón de eclipsar al otro.

Sin embargo, nada en sus redacciones traicionaba esta animosidad. Aparentemente, estaban encantados de volver a reunirse y mostraron tan afectuosos como antes. Hacían protestas de amistad y se ofrecían mutua ayuda. Pero todo era de labios para afuera.

Esta rivalidad sorda tuvo, al menos para uno de ellos, los mejores efectos. Clemente Becherel era más inteligente que su camarada de colegio, pero menos laborioso.

La presencia de Palissot fue para él el estimulante más enérgico. Venciendo su pereza natural, se puso a trabajar y dio a luz una novela. Como se comprenderá, nada dijo a su rival hasta que no encontró un editor, en lo que tardó mucho. La víspera del día en que iba a aparecer su libro, Becherel ofreció un ejemplar a Palissot con la más afectuosa dedicatoria.

Víctor recibió el golpe sin moverse. Su larga cara, amarilla por la bilis, tuvo una sonrisa crispada.

—¡Por fin! —dijo aparentando bromear—. De ahora en adelante no necesitaré el veronal para dormir.

Becherel, por su parte, pareció encontrar esta salida de tono muy espiritual, pero rió de mala gana. Y al ver que su amigo metía el volumen en el bolsillo sin abrirlo, le dijo:

—¡Ingrato! ¡No te mereces la dedicatoria que te he puesto!

Palissot manifestó un entusiasmo velado.

—Muy bien, muchas gracias —dijo, leyéndola. Y habló de otra cosa.

—¡Se muere de rabia —dijose, Becherel—. Si mi libro llega a tener buen éxito, este querido amigo se va a poner malo.

La verdad es que esta primera obra no tenía nada de maravilloso; pero, como Becherel tenía influencia en la "Grande Revue Française", los críticos de los demás periódicos, en su mayor parte novelistas, o ensayistas, hablaron de la novela en forma muy elogiosa, lo cual determinó una venta importante.

Palissot no enfermó, pero su color se puso más amarillo y su sonrisa se hizo más amarga.

—Ahora me toca a mí—se dijo — El libro de Víctor no vale un pimiento; de modo que, a poco que haga...

No sintiéndose capaz de escribir una obra de imaginación, com-

AMOR MUSICAL

A la Sra. M. A. Lottermoser

Domitila, estoy que trino al ver que a mi gran pasión, siempre compases de espera le pones, y un calderón. Por ello sube de tono de mi súplica el sonido para que, sin variaciones, sea tu amor más sostenido. Ten piedad del contratiempo que sufre mi corazón, viendo que tú, en contrapunto, te sales del diapason; Ya que este tanto anhelar por tí, mi radiante sol, ni un becuadro aún le pones, lo bajas con un bemol. Constandome que mi canto no te interesa ni jota, ya que seherzando le pones desafinada tu nota. El proponerte una fuga, en silencio, es ilusoria, porque sé que, valientando, pondrás línea divisoria. Por eso toda la escala glisando, toco suave en busca de una quimera: de tu corazón la llave. Nunca el querer que yo siento a tus desvíos inmoles,

ya que él está octava alta y en tono de tres bemoles. No creas que en mí se anida del deseo la materia, aunque esté mesto y doliente por tí, en la mayor miseria: Pues si en vez de blanca fueses la más negra de la gama, de redonda a semifusa yo te amara, en su amalgama, Cesa ya en tu ritardando, escucha mi melodía y vivamos a pídere en eternal armonía; Con amor puro, ideal presto y con abreviatura, sin disonancias, acordes como a mí se me figura. Y cual caballero andante, sin llevarme de puntillo, quiero un ligado muy dulce que nos convierta en tresillo. Corona pues, de una vez, mi vibrante frenesi, ya que de todas las notas solo una ambiciono: el sí. Dámelo, mas no piano, sino fuerte producido por sobre del pentagrama a tu infeliz — Relamido

Leopoldo CORRETJER

puso la vida novelesca del almirante Kerboullic, del cual existían numerosas biografías y en ellas pudo obtener muchos datos.

Por desgracia, el público se refa de todo lo que le hubiese podido ocurrir al almirante de Kerboullic. El libro no se vendió. Este desgracia precedentes puso en guardia a los demás editores contra la producción de Palissot, el cual no pudo colocar su segundo manuscrito.

Entretanto, Becherel publicaba un nuevo libro, que se vendió aún mejor que el otro, pues ya era conocido el nombre de su autor.

Su propio fracaso y el triunfo

venenosas.

—Hay personas que se creen ya haber llegado, porque se les ha publicado dos malos libros...

Ello rayaba en la grosería; pero Becherel, aunque herido, en su amor propio, contenía su ardiente deseo de cruzar la cara al envidioso, y seguía riendo.

Gracias a una producción muy del gusto del público, Becherel alcanzó pronto la notoriedad. No se le citaba como un genio, pero sí como un autor muy aceptable.

Este triunfo no quería reconocerlo Palissot, por lo menos delante del interesado. Y por una ex-

traña aberración, Becherel ambicionaba, por encima de todo, el sufragio de Palissot, a quien no sólo detestaba, sino al cual consideraba como un imbécil sin la menor importancia.

Era para el novelista una obsesión; hasta el punto de que no escribía un capítulo ni una frase sin que se preguntara:

—¿Que le parecerá a Víctor esto?—. A cada artículo encomiástico que le dedicaban los periódicos, exclamaba: —¡Como le va a escoger esto Palissot!

Becherel fue condecorado.

—Esta vez tendrá que felicitar-me...

Pero Víctor le dijo:

—¡Chico, por esta estupidez no te voy a felicitar; todo el mundo lleva esa condecoración!...

A pesar de todo, Becherel trataba desesperadamente de arrancar un elogio de su rival, por pequeño que fuese. Así, veinte días después de haberle ofrecido su último libro, dijo a Palissot, en broma:

—¿Qué, me has leído?

—Sí... —respondió sin darle importancia Víctor—. Pero eso no te abre todavía las puertas de la Academia...

Este extraño cumplimiento produjo su efecto en el novelista. ¡La Academia! He aquí lo que "epataria" al odioso Palissot. He aquí lo que le obligaría a reconocer la superioridad de Becherel.

Este, que no había pensado jamás en sentarse bajo la cúpula, no tuvo, desde ahora, otro pensamiento.

Para evitar toda pregunta indiscreta, Clemente cesó de frecuentar a su camarada, aunque sin romper con él. Luego, pacientemente, con astucia, hizo toda clase de visitas humillantes, de gestiones y de intrigas, hasta que, un buen día de elecciones académicas, fue declarado inmortal por dos votos de mayoría.

Tan pronto como conoció su triunfo, Becherel, queriendo a toda costa ser el primero en comunicárselo a Palissot, corrió a casa de éste.

—Esta vez —se decía, mientras subía las escaleras— no va a tener más remedio que felicitar-me...

Pero Palissot acababa de morir a consecuencia de un enfriamiento. Al recibir la noticia, Becherel se quedó mudo de estupor. Después exclamó indignado:

—¡El envidioso ha preferido morirse a darme la enhorabuena!

Rejuvenecimiento de la madera

En Alemania se aplican inyecciones hipodérmicas a los palos de telégrafo y a los durmientes, para conservarlos por más tiempo. Inglaterra ha adoptado el mismo procedimiento, y a la vez ha empezado a servirse de un aparato nuevo para facilitar la inyección, a fin de que más adelante sea posible construir casas de madera de tanta duración como las de piedra. Los resultados de las inyecciones a los palos y durmientes son sumamente satisfactorios, y se cree posible el mejor aprovechamiento de la madera, gracias a ese método de "rejuvenecimiento".

ANECDOTA

Alejandro el Grande, estando en Iliria, y viendo en el templo de Júpiter a una hermosísima mujer, la estuvo mirando mucho tiempo y de manera que podía sospecharse haberse enamorado de ella. Dijo Efestien que era justo que pusiese entre el número de los cautivos a una mujer que amaba.

—No sería cosa indigna, replicó, que debiendo yo castigar la incontinencia de los otros hiciese a los extranjeros testigos de la mía?

(Continuación de "Defensa heroica")

Al aparecer Magdalena, levantó el procesado por primera vez los ojos y volvió luego a bajarlos y a quedar abatido.

La testigo no contestó a todas las generales de la ley, porque al llegar aquello de si tenía o no amistad con el procesado, con una entereza rara a sus pocos años (no había cumplido aún los diez y ocho), dijo entre el asombro de todos:

—Sí, tengo amistad íntima con el procesado y no debo permitir que siga siendo víctima de su generosidad. Yo, yo misma, dejé el balcón abierto para que entrara por él. Se ha acusado por no perderme. Nos conocemos y nos queremos desde niños. Nos hemos criado juntos. Aquella noche debía entregarme a él. ¿Qué importa que la casualidad lo impidiera? No puedo por más tiempo ocultar a costa de su honra la firme voluntad que tuve de perder la mía.

Y como vencida por el esfuerzo supremo que aquella valiente defensa le costara, Magdalena rompió en copioso llanto, llevando así, a la conciencia del más incrédulo, la convicción de que era fiel reflejo de la verdad lo que no había sido sino ardid de piadosa enamorada.

Juan, como si despertara de un sueño, echó sus brazos al cuello de Magdalena y los dos viejos, prontos a acoger la fausta noticia, "¡Es verdad! ¡Es verdad!", gritaron, subiendo sin que nadie pudiera impedirlo, al estrado y abrazándose a Magdalena y a Juan.

El público, apiñado parte en la sala y amontonado parte junto a las puertas, se dejó arrastrar por lo nuevo, lo pintoresco y lo conmovedor del cuadro, y los jurados y los jueces y el fiscal, impotentes para dominar el regocijado tumulto, vencidos los más por el que parecía hermoso sacrificio de Juan y adivinando algunos, acaso, el heroísmo de Magdalena, se abandonaron también a la impresión del momento, y tras los formalismos legales, Juan fué declarado inculpa y absuelto y puesto en libertad.

Y dicen los indiscretos que al salir del tribunal, Magdalena murmuró al oído de Juan: "Sé bueno", y que los padres del mozo dejaron de gritar con aire de convicción: "¡Es verdad! ¡Es verdad!", para preguntarle: "¿Es verdad? ¿Es verdad?"

Y Juan con rubor, pero con alegría, contestaba a todos a un tiempo, abrazando a Magdalena y gritando:

—¡Sí... sí..., te amaré mucho, Magdalena mía! Por tí seré bueno, y lo seré para tí y para todos.

Y siguen diciendo los indiscretos que el ardid de Magdalena, no solo valió a Juan (con quien, como es de suponer, casó la chica) la libertad, sino hasta un empleo lucrativo que le otorgaron los dueños de la casa asaltada, convencidos de la bondad de Juan y de la de los pobres viejos, a quienes nada faltó en lo sucesivo.

¡Bendito mil veces el poder del amor que todo lo purifica y todo lo consigue!

Para un abanico

Especial para "FRAY MOCHO"

Quieres que en tu abanico, amiga mía,
yo deje algún recuerdo;
cuánta dicha me da lo que me piden
tus labios que no sé de qué están hechos.

Cuando tú, fatigada, te abaniques
en las tardes de enero
en que el sol quiera ver cerca, muy cerca
de tus ojos oscuros el misterio,

mecerás sin querer esto que escribo,
naciendo de ese blando movimiento,
el más suave arroró que se haya oído;
el más dulce, el más tierno:

Por eso es que yo digo más arriba:
(lo has estado leyendo)
cuánta dicha me da lo que me piden
tus labios que no sé de qué están hechos.

Fernando JAUREGUI

Fin de año en el zoológico

Por Clemente Onelli

Media noche de fin de año:
¡Qué superiores y cuanto más
equilibrados se muestran los
animales en esta hora tan pa-
recida a todas las 12 del resto
del año!

Las focas, estas sirenas del
mar, no bellas como las mitoló-
gicas, pero a veces más inteli-
gentes que las modernas, duermen
tranquilas su sueño pesado
sin que las despierten los silbi-
dos prolongados y agudos que
desde el río trae la brisa hasta
este parque dormido.

Inmóvil y sumido en la am-
plia montaña de paja que le
sirve de litera, duerme el ele-
fante el dulce deseanso de una
tibia noche de verano.

Arrecia afuera la ráfaga de
locura; ya el malevo y el tru-
hán han descargado desde la
azotea sus revólvers; ya el ca-
nillita ha hecho explotar grue-
sas de cohetes; sigue aún, cris-
pador de nervios, el recio gol-
pear de un hierro sobre las co-
lumnas metálicas que sostienen
el cable del trole, y sigue enar-
decida la zambomba y se infla-
ma la sangre africana que cir-
cula por las venas de algún cuar-
terón que continúa intermina-
ble, fastidioso, irritante el redo-
ble candombero sobre el tacho
vaciado de nafta.

...Pasan, rápidos por las aveni-
das del bosque, rápidos y sono-
ros como visiones de infierno,
entre voces descompuestas de
bocinas y crujidos de herra-
mientas mal ajustadas, los au-
tomóviles, cargados hasta el to-
pe con jóvenes descompuestos,
rojos y aulladores como almas
en pena.

Las 12 han pasado, pero se
enardece el desafinado tambori-
llear de las latas vacías, el mar-
tillo de hierros sonoros, el esta-
llido de alguna bomba prohibi-
da; y el corpulento hipipótamo,
que asomó al agua la pesada
cabeza, a respirar la brisa noc-
turna, despavorido la sumerge
rápido en las aguas sordas de
su laguna estancada.

Noche de locura: los osos,
acostumbrados a tomar fresco
entre las arcadas ojivales de sus
almenados torreones, se han re-
fugiado ahora en los subterrá-
neos, donde más atenuado llega
el ruido de la ilógica fiesta hu-
mana que celebra un año menos
de vida.

Es la noche en que se cierran
herméticamente los ventanales
de la casa del rinoceronte, que
en su pobre cerebración no com-
prende esas bacanales a des-
hora.

Es el momento en que un

guardián, subido a una larga
escalera, con un farol en la ma-
no, por un alto balconcito ha-
bla cariñosamente a su jirafa tí-
mida para acallar sus nervios;
un idilio raro, si queréis, un Ro-
meo que sube al balcón de su
Julieta; pero Julieta no lo es-
pera en el balcón, está echada
como en un pozo profundo y os-
curo, hacia donde dirige él su
tosca y simple romanza de cor-
tas palabras, no contestadas por
la jirafa, siempre muda, y cuyo
ojo renegrido y dulce se ilumina
con destellos rojizos a la
lumbre fumosa de la llama agi-
tada por la fresca brisa del río.

Bajo el techo metálico de la
vivienda de los monos, retumba
sonoro el estallido de gruesos
cohetes graneados como juego
de fusilería, y los monos, estos
irracionales que saben acomodar-
se a la vida cuando tienen
un preaviso, viven esa media
hora en continuada zozobra,
saltando hasta el techo, y ago-
tados al fin por el cansancio,
tratan de esconderse en el rin-
cón más obscuro de su jaula
con el hocico contra la pared y
la cabeza sumida entre las es-
paldas.

Los leones habían comenzado
a emitir sus profundos bramidos
de nostalgia nocturna; ya
contestaban las leonas sus ter-
ribles suspiros. Y los rugidos
casi rituales de todas las no-
ches han sido cortados ahora
bruscamente por el estallido de
una bomba.

Y la lluvia de estrellas cla-
ras que se desprendió de ella,
alumbrando por un segundo el
firmamento, oscurecen sus fál-
gidas y fosforescentes pupilas,
y el rey del desierto, enceguedo
y tambaleante como ebrio,
busca refugio seguro en las más
íntimas latebras de sus cubiles
subterráneos.

Se calma ahora un tanto la
barandada callejera; se agotaron
ya las provisiones de pólvoras;
las vigorosas muñecas del can-
dombero empezaron a quedar
doloridas; el parque vuelve a
tomar un aspecto casi normal y
tranquilo. Romeo cierra suave-
mente los postigos de su bella
y desciende de la escalera que
no es de seda. Ya los animales
pueden creer que la raza huma-
na ha vuelto a entrar en ju-
icio, pues hasta ellos y hasta los
cuartujos oscuros del conventi-
llo, donde duerme el obrero
cansado, no llega el sonido ar-
gentino de los cristales que su-
avemente entrechocan, colmados
de champagne, en los salones
todos llenos de luz de los "re-
veillons" de moda.

CURIOSIDADES MALIGNAS

Los arácnidos y sus peligros

Cuando le participamos a alguien en Tiflis o en Ereván que vamos camino de Armenia y Aserbeiyán y que pasando la frontera rusa, cerca de Yulfa, petraremos en Persia, es seguro que nos hablarán de los peligros que nos amenazan, y entre ellos figuran los escorpiones, tarántulas y segadores (falanges), en primer lugar. La gente de todas aquellas comarcas siente un terror rayano en locura ante tan dañinos animalejos. Las tarántulas causan estragos al aire libre; pero los escorpiones y segadores se introducen también en las viviendas, y allí son temidos hués-

de esta araña producía grave melancolía, trastornos nerviosos e histéricos, desmayos, temblores y dolores agudos. En Italia del Sur, en cambio, reinaba la creencia de que el enfermo se veía preso de un alegría poco natural, que sólo le abandonaba cuando tomaba parte en bailes tan movidos y locos como la tarántula (tarántula).

Con el gran cansancio que seguía a estos bailes, estaba el mal vencido. Hoy día está probado que todos estos fenómenos eran puramente nerviosos y que la fantasía popular era la culpable de que aquéllos que se sabían eran picados por la tarántula experimentaran, gracias a la autosugestión, to-

fama peligrosa gracias a un ruido extraño que hace, al ser atacado, con sus tentáculos. Los segadores hacen vida nocturna. De día descansan inmóviles en sus escondites entre piedras y rendijas. Cuando van de caza desarrollan una agilidad sin igual. En carrera vertiginosa y saltos rápidos se precipitan sobre su presa — saltamon-

sa — generalmente grandes insectos — y con un rápido movimiento de su cola le produce la herida mortal.

Mucho menos peligroso que éste es el escorpión amarillo. Su picadura, aunque venenosa también, no es peligrosa al hombre. Se introduce con preferencia entre las ropas de la cama y es muy impor-

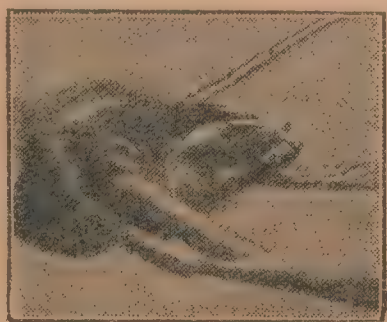


Cabeza de tarántula vista de frente

pedes. Recientemente pude volver a comprobarlo. Apenas hube entrado en el cuarto del hotel que me tenían reservado en Yulfa y aparté las cortinas para mirar por la ventana, cayó de los pliegues del paño un segador de gran tamaño, que rápidamente echó a correr y desapareció de mi vista, internándose bajo la cama. Sin duda tendría allí algún escondrijo, pues me fué imposible dar con él.

En Aserbeiyán abundan las tres ya nombradas clases de arácnidos malignos. Los pertenecientes al grupo de las tarántulas se encuentran generalmente en el Sur y Oeste de Europa y en el Este de Asia. De la Edad Media han llegado hasta nuestros días las leyendas más extraordinarias sobre las consecuencias de las mordeduras de las tarántulas. Creíase que la picadura

da clase de trastornos nerviosos. La picadura de la tarántula no es en realidad más dolorosa que la de otras arañas del mismo tamaño. El dolor proviene no sólo de la picadura, sino del veneno que la araña desliza — desde un ganglio provisto de un pequeño orificio — en la herida abierta. La irritación es la causante de la molesta comezón. Las tarántulas viven con preferen-



Pedorosos maxilares de la falange

cia en grandes y áridas estepas. Tienen sus nidos bajo tierra; la entrada, redonda, está cubierta por una tela de araña delgada.

sumamente repugnantes son los arácnidos llamados vulgarmente segadores. Este animal, que muy frecuentemente penetra en las chozas y cabañas, es extraordinariamente temido. Su picadura tiene fama de ser mortal. Pero también en este caso se ha ensañado el odio y la imaginación popular, pues el segador ni siquiera posee glándulas venenosas, y el dolor que produce su picadura es puramente externo y debido a los mordiscos producidos por los tentáculos del animal. Este arácnido aumenta su



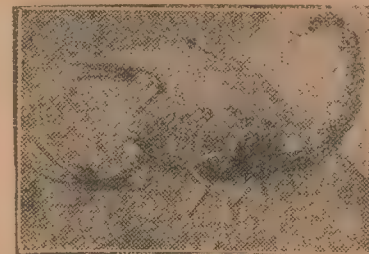
Pareja de tarántulas tomando el sol delante de su refugio. La hembra (a la derecha) es de mayor tamaño que el macho

tes, escarabajos, etc. — La habilidad que poseen y lo admirablemente que saben defenderse lo demuestra el hecho de que generalmente salen vencedores en luchas con grandes y venenosos escorpiones. El emparejamiento del segador también va precedido de lucha. El macho salta sobre el dorso de la hembra, le da un fuerte pinchazo y la inmoviliza e hipnotiza por completo.

En verdad, peligrosos son los escorpiones pertenecientes al género *Androctonus*. Son grandes y negros, y se encuentran mucho en Africa y en las comarcas que nombré al comenzar este relato. Con el aguijón, provisto del veneno, que poseen en su flexible cola, suelen ocasionar heridas graves y frecuentemente mortales. El escorpión negro que reproducimos aquí, cau-

tante el verlas bien antes de acostarse.

Entre las primeras cosas que me fueron contadas en aquellas comarcas, figura, naturalmente, el relato del suicido del escorpión cuando se ve rodeado de llamas. En cuanto logran allí cazar uno de esos terribles enemigos del hombre, sue-

Escorpión negro ("*Androctonus*") aumentado 1 1/2

Falange rusa (tamaño natural). Se esconde de día entre las peñas y sale de noche

só, el año pasado en Ereván, la muerte de una niña de seis años. Las personas mayores sufren, como consecuencia de estas picaduras, parálisis más o menos largas. En verano es cuando suelen ser más peligrosas las picaduras. Cuando el escorpión lleva mucho tiempo sin haber picado, se aglomera el veneno en el ganglio existente debajo del aguijón, y la picadura puede ser mortal.

Con los tentáculos, provistos de pinzas, agarra el escorpión su pre-

len matarlo del siguiente modo: echan en derredor suyo petróleo y lo encienden; el animal así cercado no se suicida en realidad voluntariamente, sino que enloquece por el calor y el resplandor del fuego, se defiende ferozmente contra un supuesto enemigo y no es de extrañar que de este modo se hiera a sí mismo. Como el escorpión no está inmunizado contra su propio veneno, muere generalmente antes de que las llamas lo asfixien.



Cabeza de la falange y tentáculos

RADIOTELEFONIA

Un transmisor eficiente

Los ensayos que día a día se realizan en ondas cortas abren un camino al poco experimentado para que éste con potencias reducidas alcance distancias enormes si vemos la sencillez de los dispositivos empleados. Pero sin embargo son muchos los aficionados que aún no se han atrevido a instalar un aparato transmisor, o mejor dicho la estación transmisora, por muchas dificultades que prevé el principiante, entre otras la dificultad en el montaje, el costo, y la falta de datos prácticos, etc.

De la primera debo decir que con un pequeño esfuerzo de voluntad, junto con las indicaciones que doy más abajo el constructor encontrará un punto de apoyo de suma utilidad.

Del costo no hablemos, pues depende del criterio y la constancia del constructor, junto con el buen gusto y la estética preferible.

Y respecto a la falta de datos prácticos se puede tener la certidumbre de que con la presente no faltarán si bien es cierto que tampoco se excederá dicho tema.

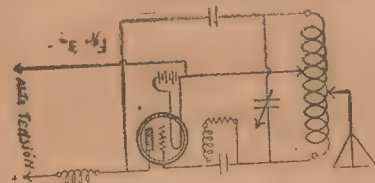
Haremos un breve preámbulo para facilitar al recién iniciado, aclarando el punto en lo que respecta a la transmisión.

Sabemos que si un aparato receptor entra a oscilar, otro aparato receptor situado no muy lejos de aquél, llega a percibir las oscilaciones del primero.

La transmisión se basa en ese principio pero las oscilaciones producidas son de una potencia incomparablemente mayor, pues entran a tomar parte: las lámparas que son especiales, el alto voltaje aplicado en la placa, las bobinas etc., influyendo para que las oscilaciones se puedan percibir a grandes distancias, por lo cual queda dicho, que un receptor es, en cierto modo, un aparato transmisor.

EL CIRCUITO. — Entre los circuitos utilizados actualmente en transmisión para potencias reducidas existen tres que son ideales para este fin: Hartley, Meissner y Colpits.

Quizá por haberme sido simpático o tal vez por ser el más práctico para el fin a que lo destino he elegido el Hartley directo (figura 1). Trabaja tanto en telefonía como en telegrafía. La modulación se efectúa en grilla. La fuente de energía que es necesi-



Corte transversal de la impedancia del filtro.

ria para alimentar las placas de las válvulas se toma de la línea de canalización, ya sea de 220 o 440 volts. Esta corriente conviene que sea filtrada como más abajo se indica.

Las válvulas que se utilizan varían con el voltaje empleado.

Para 220 volts se pueden utilizar las 201 A o las W. K. 216 A.

Para los 440 voltajes en filamentos, Si solo se dispone de 220 volts las primeras darán muy buen resultado si se considera la potencia que pueden suministrar al oscilador. En cualquier caso no se debe

pasar de 2 lámparas en paralelo si se trabaja en ondas cortas.

Las dos lámparas TB 04/10 darán 20 wats de energía.

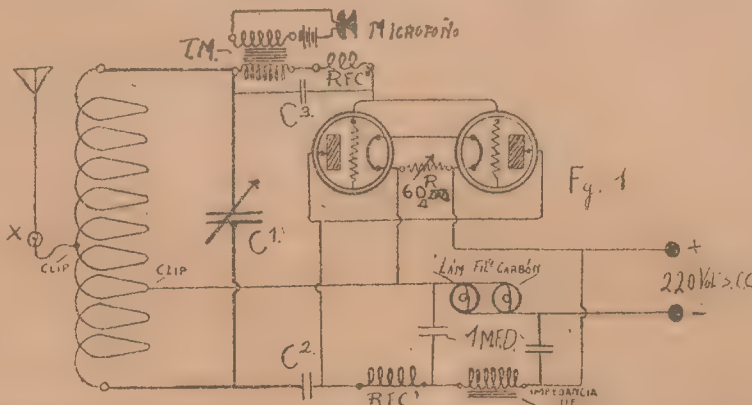
MATERIAL DEL OSCILADOR.

— Una bobina o inductancia de 15 espiras en un diámetro aproximado de 10 cms. Si es de construcción casera puede emplearse alambre de 2 m/m. Bobinado en un tubo de 9 cms. soltando las espiras

cual la onda variará al retirar la mano del dial si se hace omisión a este artefacto.

Se utilizan dos choques de radio frecuencia, "Rfc" y "Rfc". El choque Rfc' debe construirse bobinando 100 vueltas de alambre de 0.5 m/m. en un cilindro de cartón que tenga 5 cms. de diámetro.

El choque Rfc" que corresponde al circuito de placa consta de 50 espiras de alambre de 0.8 m/m.



Esquema transmisor completo: T. M. transformador de microfono, R. resistencia de 60 ohms, (puede conseguirse con 2 reóstatos en serie).

adquirirán el diámetro deseado. Luego se procede a enhebrar tres listones de ebonita agujereados cada 8 o 10 m/m con una mecha de acuerdo al diámetro del alambre si es forrado o no lo es. (Es aconsejable este último).

El condensador CI es uno común del tipo recepción 0005 mfdio. pero con las chapas espaciadas el doble.

Es de suma utilidad colocar en el eje del dial un distanciador de ebonita, pues ese condensador va conectado a la placa y grilla por lo

en un diámetro de 5 cms.

Los condensadores fijos C 2 y C 3 deben ser de buena calidad si es que se utilizan del tipo recepción con una buena aislación de mica. Pero si es posible aconsejo usar los especialmente contruidos para transmisión que resisten altos voltajes. C 2 es de una capacidad de 0001 mfd y C 3 de 001 mfdio.

Un reostato de filamento o en su lugar un interruptor.

Para eliminar el zumbido de los dinamos se utilizan dos choques

Fecundidad de algunos escritores

Los manuscritos de Ariosto están cargados de enmiendas. En el manuscrito autógrafo conservado en Florencia escribió de dieciséis maneras diferentes la estancia célebre donde describe una tempestad.

Petrarca copió uno de sus versos cuarenta y seis veces.

Los manuscritos del Tasso son ilegibles a causa de sus correcciones.

Buffón copió once veces el manuscrito de "Las épocas de la naturaleza".

Busquet, erudito francés del siglo XVIII, copió catorce veces una de sus obras sobre la justicia.

Dumonin, autor francés del siglo XVI, tardó dos meses en traducir en siete mil versos latinos la "Semaine", de Dubertas.

El italiano Ferreri compuso en tres días un poema latino de mil versos sobre León X.

El "Elogio de la locura" no llevó a Erasmo sino siete días de trabajo.

Chapman, poeta inglés muerto en 1634, tradujo en cuatro meses los doce libros últimos de la "Iliada".

Voltaire, en 1763, escribió la tragedia "Olympie" en seis días.

en la entrada de alta tensión y se construyen según la figura 2, con un núcleo de alambres de hierro dulce. Completan el filtro dos condensadores de 1 mfdio.

Se utilizan 2 "clips". Uno para antena y otro para filamentos.

Modulador. — Para el modulador son necesarios:

Un transformador de microfono. Para este fin sirven: un transformador de campanilla o bien la bobina "Ford".

Un microfono y un interruptor (h) (1).

Montaje. — Este simple transmisor requiere para llegar a un resultado sorprendente que su montaje se efectúe con las menores pérdidas que es posible conseguir.

Quiero decir con esto que todas sus conexiones, especialmente las marcadas con líneas gruesas, deben ser echas con conductores de gran superficie, pues hay que tener presente que las corrientes de alta frecuencia recorren solamente la superficie del conductor, teniendo que ser éste como se comprende de cobre y lo más cortas posible.

El clip de filamento débese conectar en la cuarta espira más o menos del lado de grilla, y el de antena en la 6 espira del mismo lado.

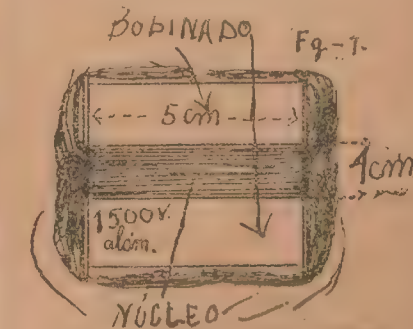
En la figura se da una idea de cómo se puede efectuar el montaje por lo que sería ocioso el explicarlo.

Sintonia. — En la conexión de antena lugar marcado X, se debe intercalar una bombita de linterna la cual indicará si el transmisor está en "resonancia" con la antena.

Primeramente se conectan los potenciales de filamento, hecho lo cual se enciende el filamento. Después de encendidas las lámparas se da el alto voltaje de placa.

Una vez hecho esto se mueve lentamente el condensador variable hasta encontrar un punto en que X se enciende de golpe. Si esto no se consigue de primera intención se debe variar el clip de filamento y si fuera preciso el de antena.

Luego se conecta el microfono y se habla delante de él escuchándose uno mismo en el receptor con



Circuito fundamental del transmisor

la antena desconectada y con una etapa de baja hasta encontrar el mejor punto variando el condensador variable nuevamente hasta encontrar la mejor modulación.

En los experimentos efectuados se utilizó una antena de 4 hilos de 10 metros de largo en tipo "jaula".

Nota. — (1) Este interruptor es necesario para evitar el desgaste de la batería de filamento.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

El cardenillo que crían las cacerolas y objetos de cobre cuando no se usan a menudo, se quita fregándolos con vinagre y sal. Después se les saca brillo con pasta de pulimentar, se enjuagan con agua caliente y se secan con un paño suave.

Los guisos hechos en cacerolas así tratadas no ofrecen ningún peligro para la salud.

Una buena fórmula para hacer lacre blanco y fácil de modelar con sello es la siguiente:

Trementina, 160 partes.

Colofonia, 600 partes.

Barita precipitada, 600 partes.

Barita molida, 700 partes.

La barita precipitada y la molida puede cambiarse por "lithopón".

Esta otra fórmula también da buenos resultados:

Colofonia, 40 partes.

Resina galepot, 43 partes.

Ceresina, 4 partes.

e incorporóse a la masa fundida 8 partes de albayaide.

Si se quiere un color de yeso hágase esta fórmula:

Goma laca, 100 partes.

Alcohol desnaturalizado de 90 por 100, 400 partes.

Para limpiar los cuchillos de mango de mástil, suponiendo que lo tengan sucio y amarillento, se sumergen los mangos solamente en una disolución saturada de alumbre y agua y se dejan en ella de una a tres horas, según convenga.

Para evitar que la hoja de los cuchillos se manche con salpicaduras del baño, se cubre con una capa de cera o parafina.

Al sacar los mangos del baño hay que lavarlos en seguida con agua clara, secarlos y frotarlos bien.

El mejor reforzador para los clichés fotográficos se prepara del modo siguiente:

Solución núm. 1. — Biclورو de mercurio, 16 gramos.

Cloruro de amoníaco, 16; agua destilada, 560.

Solución núm. 2. — Cloruro de amoníaco, 16 gramos; agua destilada, 560.

Solución núm. 3. — Parte A. Cianuro potásico, 8 gramos; agua destilada, 335. Parte B. Nitrato de plata, 8 gramos; agua destilada 100 gramos.

Se añade A. a B., a poquitos, sin dejar de moverlo hasta que se disuelva todo el precipitado.

Para reforzar la placa se baña en la solución núm. 1 hasta que se obtenga la intensidad deseada. Para la intensificación completa téngase en el baño hasta que se ponga completamente blanca por el reverso. Lávese y pásese a la solución núm. 2 en la cual se tendrá un minuto. Vuélvase a lavar y sumérjase en la solución núm. 3 hasta que la película se ennegrezca y desaparezca toda blancura. Lávese bien y póngase a secar.

Algunos clichés excelentes se han obtenido reforzándolos con es-

tas soluciones. La núm. 2 puede usarse repetidas veces, filtrándola cuando sea preciso, pero es mejor no usar ninguna más que una vez

para conseguir mejores resultados. Hay que tener cuidado con el cianuro potásico, porque es uno de los venenos más violentos. Sobre

todo, no llevarse los dedos a la boca sin lavarlos con agua y jabón después de haberlos metido en la solución.

Un "record" de altura en 1875

En la época actual, que podríamos calificar sin miedo a errar como la época de los records, mejorados continuamente en todos los aspectos por el progreso continuo de las ciencias, adquieren categoría de verdaderos héroes aquellos que trataban de alcanzar alturas consideradas como inaccesibles con medios tan modestos que su empleo representaba, en la mayoría de los casos, un riesgo inminente de la vida.

Fué en 1875. A la sazón, cuando el hombre quería elevarse sobre la tierra, se confiaba al más ligero que el aire. No existía el motor de explosión, verdadero propulsor de la moderna ciencia, y por ende no había hecho su aparición el aeroplano sino en tal cual intento desgraciado. El 15 de abril del año citado, Silvel, Tissandier y Croce-Spinelli se lanzaban al espacio con un pequeño globo libre, el Zenith, de tres mil metros cúbicos de capacidad, desde el gasómetro de la Villette de París. De los tres heróicos aeronautas sólo uno debía saborear con vida las mieles del triunfo.

Del primer salto el aeróstato se elevó a trescientos metros sobre el terreno, y los tripulantes hubieron de lanzar gritos de alegría al ver comenzar con tan buenos auspicios su ascensión; llegados a 3.500 metros, hubieron de experimentar rápidamente los primeros síntomas extraños. Si tenemos en cuenta la carencia de entonces de medios con qué combatir sus efectos, es más de admirar el valor de los intrépidos aeronautas.

Anotando temperaturas y presiones con la medición dada por los aparatos de a bordo, llegaron hasta 5.000 metros, sin que las molestias les hicieran vacilar ni un momento en su arriesgado propósito, logrando alcanzar los 8.000 metros de altitud; Silvel y Croce aun arrojaron sacos de lastre para superar la marca; pero cuando Tissandier se dirigió a ellos los encontró desvanecidos en el fondo de la barquilla, con la cara amoratada, la boca sanginolenta y los ojos cerrados. Cuanto hizo para reanimarlos fué tarea inútil, y encontrándo-

se aún a 7.000 metros y arrastrado por un fuerte viento, hizo lo posible por descender, y al ver la tierra próxima dejó caer el ancla, que no agarró. La barquilla era arrastrada por tierra cuando Tissandier dió un fuerte tirón de la válvula y consiguió deshinchar el globo, que se desgarró contra un árbol. Salidos del campo a las once de la mañana, a las cuatro de la tarde el "Zenith" tocaba tierra a 250 kilómetros de París. Tissandier lloraba y aun trataba de reanimar a sus compañeros exámines, llamándolos repetidamente por sus nombres.

Los campesinos, atraídos por la extraña aventura, acudieron presurosos, y Tissandier descendió de la barquilla sin estar aún convencido de que sus dos compañeros habían perecido horas antes; por la noche, pasada en la casa de un cierto Henry, del cual no se conocen más detalles, estuvo delirando y llamando aún a sus amigos. Sólo al amanecer pudo conciliar el sueño, y más tarde acompañar a París los despojos mortales de los otros tripulantes del "Zenith".

Los instrumentos demostraron que el globo había alcanzado la respetable altura de 8.600 metros, y que la depresión atmosférica era la causante de la muerte de Croce y Silvel; el temperamento nervioso y linfático de Tissandier fué lo que lo salvó, y quizá también su desvanecimiento en cierto momento, que suspendió las funciones respiratorias del único superviviente.

En las tumbas modestas de los dos heroicos aeronautas puede leerse la siguiente inscripción: "Muertos en aeróstato el 15 de abril de 1875" ¡Nada más!

Los nombres de estos tres precursores que alcanzaron una altura por nadie alcanzada hasta entonces y difícilmente superada después, han permanecido mucho tiempo ignorados, y es muy justo que figuren en lugar preferente entre los numerosos mártires de la ciencia, que forman una ya muy larga lista como sacrificados por la causa augusta del progreso de la Humanidad.

MATEO MILLE.

Roma, 1928.

Colores luminosos. — Existen cuatro combinaciones sulfuradas que expuestas durante algún tiempo a la luz del día, adquieren fosforescencia: son éstas los sulfuros de calcio, bario, estroncio y cinc. El sulfuro de calcio es más a propósito que los demás por ofrecer una luminiscencia de mayor duración. Una fórmula ya comprobada para color fosforescente es la que sigue:

Se mezclan 20 gramos de cal cáustica con 6 gramos de azufre en polvo y 2 de almidón. Se humedece a gotas esta mezcla con 3 centímetros cúbicos de una solución de 0,5 gramos de subnitrito de bismuto en 100 centímetros cúbicos de alcohol (previa adición de ácido clorhídrico) de manera que se obtenga una extremada subdivisión del bismuto.

Cuando el alcohol se ha evaporado al aire libre, se calienta la mezcla en un crisol cubierto, durante unos veinte minutos al rojo claro y después de frío, se quita la pequeña capa de yeso que se forma en la parte superior, se pulveriza la materia fundida y se calienta todavía un cuarto de hora más a la temperatura antes indicada.

Operando con precaución, se obtiene un polvo esponjoso que se puede desmenuzar más todavía mediante una ligera presión. Para aplicar el color sobre objetos que hayan de estar en locales cerrados se emplea una solución compuesta de 50 gramos de gelatina, 200 de agua, 5 de glicerina y 150 de color luminoso.

Para los objetos que hayan de estar expuestos a la intemperie se emplean una parte y media de laca Dammar, y una parte de color luminoso el cual se tritura con la laca fluida. Después de la segunda aplicación se le vuelve a cubrir de laca pura.

Polvos para limpiar la plata. — Tómense 60 gramos de cremor de tártaro en polvo muy fino, otros 60 de carbonato de cal en polvo y 30 gramos de alumbre, también pulverizado.

Mézclese todo y pásese por un tamiz.

Los cubiertos y demás objetos de plata se restriegan con estos polvos desleídos en agua y un lienzo fino, lavándolos después con agua clara.

Para pegar el caucho al cuero, se mezclan 100 gramos de caselina en polvo y 600 de agua. Se añaden 10 gr. de sal de amoníaco y se disuelve en caliente, sin dejarlo hervir.

Con esta cola se unta primeramente la superficie del caucho y se deja secar. Luego se calienta un poco la cola, se aplica al cuero y se unen entonces éste y el caucho.

AMISTAD

(DEL LIBRO "LA ABUELITA")

Por Miss Rover

Al acercarme al departamento donde juegan mis nietos, oigo una acalorada discusión entre Bob y Susanita.

—¿Cuál es la causa de la contienda? — preguntó.

—¡Ay, abuelita! — dice la niña, — qué felicidad que hayas venido! Figúrate que Bob insiste en que los cuentos de enmascarados y piratas, son los más lindos, y yo digo, que son mucho más interesantes los sentimentales; ¿no crees tú como yo, abuelita?

—Todo tiene su edad y su encanto, y si es cierto que Bob es demasiado afecto a dramas terribles, tampoco es natural que tú, siendo tan niña, seas tan sentimental; eso se deja para ancianas como yo que tantas penas hemos presenciado en la vida, que, naturalmente, preferimos lo sentimental, siempre que sea algo noble y generoso.

—Pero tú dices que lo que nos refieres, son narraciones y no cuentos tuyos, es eso verdad?

—Sí, querida, cuando se han vivido muchos años, en ese largo tiempo, pasan tantos acontecimientos, que generalmente lo que yo cuento son anécdotas de mi vida.

—Pero abuelita, — dice Bob — yo no creo que todo debe ser el loquero de esos bandoleros, —me divierten sí, pero también me encantan tus cuentos o narraciones; no recuerdas alguna hoy?

—Precisamente, anoche tuve oportunidad de recordar algo tan delicado y cariñoso, que tendré un verdadero encanto al referírselo.

Entre los amigos que tenían costumbre de ir a nuestra casa, donde el abuelito tenía unas reuniones íntimas muy amenas, iba un joven, a quien, llamaban "el marqués". Nunca supimos el por qué del sobrenombre, ni se lo preguntamos, pues no desmintió jamás el título, tanto por su aspecto como por su espíritu, lleno de distinción y caballerosidad.

Le tomó gran cariño al abuelito, que podía ser su padre por la

edad, y ahora voy a contarles algo que fué una de las tantas demostraciones amistosas que tuvo con él.

Hace algunos años estuvo muy enfermo y los médicos temían por su estado nervioso, pues la dolencia fué ocasionada por un gran disgusto que le dió un mal amigo. Todos lo visitaban mucho y yo me multiplicaba para distraerlo.

Como era sumamente afecto a plantas y flores, se me ocurrió una tarde, ponerle, detrás de los vidrios de su ventana, un banco escalonado con unos malvones y helechos que encontré a mi alcance. Estando en mi tarea llega "el marqués" a visitar a su maestro, como él le llamaba, y entonces el abuelito, le ponderó mi feliz ocurrencia de alegrarle la vista.

Aprobó el joven mi buena idea, y dos horas más tarde, recibo un canastón enorme de plantas y una carta, que ha de estar entre mis papeles, donde decía, más o menos lo siguiente:

"Señora amiga: Le envío esas violetas porque conozco la modestia de su marido y deseo, que adorne con ellas su ventana, para que mañana al despertar, usted lo convenza de las transformaciones que puede producir el cariño, y guárdeme el secreto.

¡Se imaginan ustedes lo que agradecí rasgo semejante! Eran Ciclámenes (violetas de los Alpes), maravillosamente hermosos!

Mientras él dormía, cambié todas las plantas y quedó la ventana, que parecía una cortina encantada.

Cuando el abuelito despertó y vió aquéllo, no volvía de su sorpresa; le entregué la carta y tal fué su emoción, que cuando llegaron los médicos, se sorprendieron de su mejoría, debida a la cariñosa amistad de aquel joven, que reunía a sus otras excelentes cualidades, un gran corazón, que es el que sabe dar la felicidad a los que la necesitan, sin buscarla en dramas de "enmascarados", ni "piratas".

PENSAMIENTOS

Las grandes reformas han devorado siempre a los que las han llevado a cabo. — F. de PRESSENSE.

Ni el sacerdote ni el soldado han de sentir las inquietudes de la duda. — ANATOLE FRANCE.

La cobardía es el miedo consentido; el valor es el miedo dominado. — LEGOUVE.

Cuando la moral individual está en decadencia, la moral política baja en la misma proporción. — AGUSTIN FOLON.

Todo sueño realizado es un sueño que muere. — MELCHOR DE VOGUE.

Es más difícil detenerse en la pendiente de la arbitrariedad que en la de la libertad. — G. BOISSIER.

Cuando más lógico es un espíritu falso, tanto más lejos va en el absurdo. — G. M. VALTOUR.

La civilización moderna tiene medios maravillosos para suprimir el espacio entre los países, pero no los tiene para reducir la distancia que separa las razas. — G. M. VALTOUR.

Dios no condenó al hombre a trabajar; le condenó a vivir, concediéndole el trabajo como circunstancia atenuante. — ERNESTO LAGOUVE.

No hay más obra verdaderamente filantrópica que la que ayuda al hombre a ayudarse a sí mismo; quien pide que los demás le sostengan no merece ser sostenido. — ROOSEVELT.

Las alas de la juventud llevan ligeramente la vida. — pero nos sentimos inclinados a sonreírnos por lo que toca a los accésit. — J. CHANTAVOINE.

Los que se descargan de los deberes del reconocimiento, no pueden, por esto mismo, ufanarse de ser reconocidos. — LA ROCHEFOUCAULD.

La honradez se granjea la benevolencia y el amor de los hombres. — SCHMID.

La injuria injustamente inferida, se torna en infamia de quien la hace. — SENECA.

La odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios es más perjudicial a nuestra propia felicidad que a la de ellos. — CHATEAUBRIAND.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1899

Sábados de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12 —	3.70
Tapas sueltas	" " chico	" 5 —	3. —
" " " grande	" " "	" 9 —	2. —
" " " chico	" " "	" 6 —	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 1 — CHARADA

Rinde culto a dos tres cuar-
tercia cuatro, prima veo
que sus triunfos han llegado
no a total, al mundo entero.

N.º 2 — COMPRIMIDO

A B C D E

N.º 3 — FRASE HECHA



N.º 4 — CHARADA EN ACCION



N.º 5 — COMPRIMIDO

SE 2 O

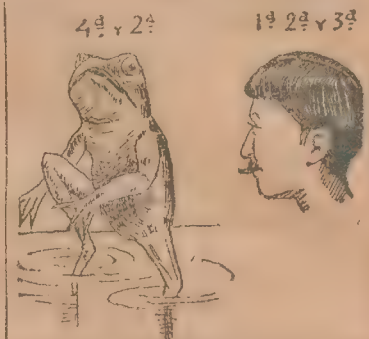
N.º 7 — JEROGLIFICO

2E DDD

N.º 8 — CHARADA

Mi primera consonante
y mi segunda también.
Es mi tercera ídem ídem
y mi todo en un cuartel.

N.º 9 — CHARADA EN ACCION



N.º 10 JEROGLIFICO

AUT VIL

N.º 6 — CHARADA EN ACCION



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 26—Corbata.
„ 27—Enredadera.
„ 28—Abecedario.
„ 29—Catecúmenos.
„ 3 — Libro cerrado no saca le-
trado.
„ 31—Cisneros.
„ 32—Cero a la izquierda.
„ 33—Poner la mano sobre el
corazón.

ORIGINAL PROCEDIMIENTO PARA CAZAR COCODRILOS

Se ha dado en preconizar el sentido obtuso de las razas salvajes con relación al desenvolvimiento del ingenio en las actuales civilizaciones, y, sin embargo, puede demostrarse con pruebas fehacientes, que muchas especies de la raza humana que viven al parecer en el más embrionario empirismo, poseen un genio inventivo que en nada tiene que envidiar al de las más avispidas generaciones.

Demonstración de ello es el modo práctico y originalísimo que los negros de Abisinia emplean para capturar el peligroso cocodrilo, junto con un ave de riquísima carne, pero de una gran desconfianza que se cria en dichas regiones.

Los abisinios, que son muy dados a gustar de estos volátiles, parecidos a los flamencos, cultivan con fruición su caza, pero como este volátil es, como hemos dicho, muy desconfiado, es difícilísima su captura si a esto se añade que sólo se encuentran por los grandes lagos y que por lo general éstos están infestados de feroces saurios. Para lograr su caza sin exposición, y los abisinios emplean el siguiente y original sistema:

Primeramente, clavan unas recias estacas en la orilla del lago; des-

pués, atan a éstas unas sólidas cuerdas tejidas con bejucos de fibra muy resistente y de un largo de quince a diez y seis metros cuando menos. Al extremo de estas cuerdas sujetan unos primitivos anzuelos, fabricados con espigas de bambú, y en estos anzuelos clavan por los cuartos traseros unos puercos salvajes, cuya especie abunda mucho en aquella región.

Cuando esta operación se ha realizado, lanzan el cerdo al agua a modo de cebo. Inmediatamente, los cocodrilos en descomunal pelea, se disputan la presa, hasta que el más listo o afortunado se hace dueño del cerdo de un enorme bocado. En cuanto el saurio ha tragado el anzuelo los negros se apresuran a tirar de los bejucos, con lo cual remolcan al cocodrilo hasta la orilla, donde le dan muerte a golpes de hacha.

Cuando de esta forma han cazado una docena de los terribles anfíbios, practican con ellos una curiosa operación.

Los abren por los costados como si fuesen una extraña caja, vaciando completamente el interior del caparazón, el cual rellenan de

arena colocándole al sol hasta que se seca.

Después separan cuidadosamente los intestinos del animal, inflándolos de aire como si fuesen vejigas.

Cuando toda esta operación está realizada, viene la parte más ingeniosa de tan original como emocionante caza.

Tantos negros como caparazones se han puesto a secar, pasan a ocupar la parte interior de éstos, provistos de un saco y de una buena cantidad de palas de durísima madera y de unos quince centímetros de largo, afiladas por ambos extremos.

El resto de los negros colocan en torno de los caparazones las vejigas que offician a modo de flotadores, cubriéndolos con la otra mitad los llevan hasta la orilla y los empujan al agua como si en realidad fuesen cocodrilos vivientes.

El negro que ocupa su interior comienza a nadar, pues para ello dejó previamente abiertas las membranas de las patas del cocodrilo y se dirige hacia los grupos de saurios, que se pasean confiados por

el lago sin sentir la menor desconfianza hacia ellos.

Como las aves, objeto de la caza, son de una condición rara, que así como huyen del hombre, aman al cocodrilo y se posan sobre éstos sin recelo, cuando se sienten cansadas de volar, los negros de los caparazones se acercan a ellas sin que éstas les huyan.

Cuando están al lado, levantan suavemente la parte superior del caparazón y sacando rápidamente la mano apresan el ave y la hacen desaparecer en el interior del saco.

Esta maniobra la repiten hasta que los verdaderos cocodrilos se dan cuenta del subterfugio. Entonces al verse descubiertos los abisinios, arrojan al agua la parte superior del caparazón, aprestándose a la lucha.

Armados de las agudas palas esperan la furiosa acometida del saurio y cuando éste, con su horrible boca abierta, se dirige a ellos dispuesto a devorarlos, alargan rápidamente la mano con el palo en sentido vertical. El cocodrilo, furioso, cierra de un golpe seco la boca y la punta de las palas se le queda incrustada en ella, dejándolo impotente para defensa y el ataque.

PAPEL Y TINTA

"Historia verdadera de la conquista de la Nueva España" por Bernal Díaz del Castillo.

Agotada hace muchos años, los escasísimos ejemplares de la célebre "Conquista de la Nueva España" que actualmente salen al mercado, habían llegado a alcanzar precios fabulosos. Este simple dato bastará para revelar aún al lector más profano la valía y la excepcional importancia que posee el famoso libro de Bernal Díaz del Castillo.

Con justicia la "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España", hállase conceptualizada como un documento histórico de primer orden, cuya lectura hácese indispensable para conocer los orígenes de América en época de su descubrimiento y colonización. La figura heroica de Hernán Cortés y de otros conquistadores de su tiempo, aparece en estas páginas de cuerpo entero y su obra es juzgada a la luz de la más escrupulosa verdad histórica, por alguien que como Díaz del Castillo peleó a su lado y vivió aquellas jornadas memorables. Con razón el sabio polígrafo Menéndez y Pelayo afirmaba que no existe en la literatura universal otro libro de igual mérito cual este de Bernal Díaz del Castillo que sea una crónica escrita por un simple soldado.

Pero no debe ponderarse solamente la importancia histórica de esta obra, sino destacar igualmente su cautivadora amenidad literaria. Pues en contra de lo que pudiera apresuradamente sospecharse la "Historia de la Conquista de la Nueva España", no es un libro cuya lectura deleite solamente a los aficionados a estos estudios, sino también a los lectores sudamericanos de toda condición, por pequeña que sea su curiosidad respecto a la época de nuestros orígenes como naciones civilizadas.

La "Historia de la Conquista de la Nueva España" ha sido incluida en la famosa colección de "Viajes clásicos", donde figuran las historias y relatos de los más famosos conquistadores y navegantes de América, tales como Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Cieza de León, Pigafetta y otros. La obra de Díaz del Castillo ha sido prologada en esta nueva edición a que venimos refiriéndonos por prestigioso historiador americano como el Dr. Carlos Pereyra.

"De Francesca a Beatrice", por Victoria Ocampo. — Edición Calpe.

Acaba de aparecer una segunda edición de este libro admirable que, agotado hace ya tiempo, seguía mereciendo la atención de la crítica y la demanda frecuente de

numerosos lectores interesados en saborear sus bellezas. Todo ese interés, al cual se responde ahora con esta esmerada edición, se hallaba pienamente justificado ya que "De Francesca a Beatrice", constituye un libro de valores excepcionales dentro de la literatura nacional. Con este itinerario "A través de la Divina Comedia" — tal es el título del libro — alcanzó de golpe la señora Victoria Ocampo esa reputación intelectual que hoy disfruta.

Trátase de una obra que es, no solamente una bella exégesis del genial poema dantesco, sino también una sutil interpretación del amor y de la poesía en edades remotas.

Como si aún no fuera suficiente el interés que por sí mismo ofrece este libro, de la señora Victoria Ocampo, posee, además el que le presta la joya literaria que le sirve de epílogo. Aludimos a un magistral ensayo sobre la influencia de la mujer en la historia que para esta obra escribió especialmente la pluma imponderable de don José Ortega y Gasset. En tal estudio el prestigioso filósofo, hace unas consideraciones interesantísimas sobre la psicología de la mujer argentina, cuyas cualidades espirituales elogia en grado sumo.

Por todo ello "De Francesca a Beatrice" constituye, según hemos dicho antes, un libro de valores únicos, dentro de la producción nacional, y no es difícil presagiar que la nueva edición recién puesta a la venta, obtendrá una difusión tan rápida y merecida como las anteriores.

"La obra cultural de Don Ricardo Rojas", por Manuel E. Valentini.

El "Instituto Cultural Joaquín V. González" ha publicado en el tomo VIII de su selecta biblioteca la conferencia que, sobre la personalidad de Ricardo Rojas, pronunciara en su oportunidad don Manuel E. Valentini. Breve, pero conciso y denso de comprensión, el trabajo del señor Valentini revela a la vez que una labor de exégesis sería la presencia de un espíritu de selección, atento al ritmo de su tiempo y a la posición, en la cultura del país, de sus hombres más representativos. Y de todos los capítulos de este interesantísimo y depurado folleto, el que revela más este deseo de organizar principios es, sin duda, el titulado "Normas educativas de Rojas", donde su poder de síntesis y su claridad dicen bien alto las cualidades de buen escritor que posee don Manuel E. Valentini. Entre la copiosa bibliografía producida a raíz del muy merecido homenaje a Rojas, este opúsculo ha de quedar como uno de los aportes más valiosos.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi
OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
DE 2 A 4 1/2
PARAGUAY, 1815
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.
Consultas: de 10 a 19 horas
CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1828

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista Orlujane
De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 35, Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6851, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
Matris, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale
Pirovano
Jefe del Servicio del Hospital
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

LA RECOMPENSA

Cuando Néstor se casó con Gabriela él tenía treinta años y ella cuarenta.

El día del matrimonio esta diferencia de diez años apenas se notaba, pues la dicha que resplandecía en el rostro de Gabriela la rejuvenecía, y Néstor, por su parte, iba con una cara tan seria al matrimonio, que parecía hombre de más edad.

Aquello duró cinco años.

Pasado ese tiempo Néstor parecía un hombre de treinta y dos años, porque llevaba una vida tan tranquila como borrascosa había sido su existencia de soltero. Pero Gabriela, a los cuarenta y cinco años, había envejecido notablemente.

El amor es ciego, pero no sordo, y como Néstor y Gabriela tenían bastantes amigos, no pudieron impedir que a sus oídos llegasen algunas apreciaciones desagradables. Tanto, que un día Néstor, con todas las precauciones posibles, habló como de pasada de los progresos de la Humanidad, que había descubierto lociones y cosméticos para borrar la huella que los años dejan implacables en el rostro.

Gabriela se miró al espejo y comprobó con un suspiro de pesar que el tiempo no había sido muy piadoso con ella, y con un suspiro de esperanza, se dirigió a un instituto de belleza.

La operación no fue nada sencilla. Baños de vapor, baños eléctricos, baños de sol, fricciones, masajes en todas direcciones, empleo de toda clase de ungüentos, pomadas, lociones... Pero al cabo de tres meses, durante los cuales Néstor no había visto a su mujer (porque pasaba los días en el instituto

de belleza y las noches en un caparazón de caucho), Gabriela estaba realmente veinte años más joven.

Comprobado ante el espejo el milagro, Gabriela se decidió a mostrarse a su marido en todo el esplendor de su nueva belleza. Se hizo cortar el pelo y se encargó un vestido elegante, que revelaba lo más posible las líneas de un cuerpo modelo ahora de armonía.

Una tarde, deliciosamente vestida, se instaló en su casa como si estuviera de visita y encargó a su doncella que cuando llegase el señor le dijera que en el salón aguardaba una amiga de su mujer.

Y Gabriela, palpitante de emoción, aguardó.

Néstor entró en el salón y saludó ceremoniosamente a Gabriela, sin reconocer a su mujer en la encantadora criatura que le sonreía.

Gabriela prolongó el error de su marido... con tal éxito, que Néstor se sintió galante.

—Es usted encantadora, señora, y nunca perdonaré a mi mujer no haberme dado antes ocasión de conocerla a usted. ¡Ah! ¡Mi mujer! ¡Mi pobre mujer! Ahora está empeñada en rejuvenecerse. Es cómico, ¿verdad? ¡A su edad, la pobre vieja! Ahora llegará. Si usted me lo permite...

Y se inclinó para besar la nuca de la encantadora amiga...

Se oyeron dos bofetadas. Y como la escena había sido presenciada, detrás de la puerta entornada, por la camarera, el divorcio fue pronunciado a favor de Gabriela.

W. H. I. P.

TODO LOS UNE, NADA LOS SEPARA

Desde la fecha, ya un poco remota, en que se produjo el cisma entre los autores nacionales, a raíz del cual quedaron divididos en dos organizaciones administradoras, a saber: la Sociedad Argentina de Autores y el Círculo Argentino de Autores, son numerosas las tentativas de fusión realizadas, desde la modesta gestión de carácter amistoso, hasta el estudio corporativo de un posible laudo arbitral, con proyecciones oficiales y sugerencias patrióticas.

Tanto en el conflicto como en la amistad, la separación ha subsistido hasta ahora, tal vez porque se ha pretendido hacer la unión demasiado absoluta. En cambio, parece que la nueva corriente iniciada, sólo contempla los intereses de orden material que es el vínculo más estrecho y más seguro, en toda relación humana.

Esta tentativa, que seguramente cuajará, está proyectada en lineamientos generales, sobre las siguientes bases:

La Sociedad Argentina de Autores y el Círculo Argentino de Autores encargarán a la junta ejecutiva de autores, creada por convenio de fecha anterior, la custodia de sus repertorios y administración absoluta de los derechos que aquellos devenguen, a partir del día 1.º de enero de 1929.

Con el personal seleccionado de ambas entidades, la junta ejecutiva de autores formará el de la nueva administración, cuya gerencia general estará a cargo del señor Angel Saracco.

Todas las cuestiones de orden administrativo serán resueltas por directorio dependiente de la junta ejecutiva de autores y que integrarán el gerente general y dos miembros pertenecientes a distinta entidad, quienes — estos dos últimos — tendrán una asignación mensual de cuatrocientos pesos cada uno, en concepto de viático.

Este directorio se reunirá diariamente y estará dentro de sus facultades la resolución de los siguientes asuntos: organización y vigilancia de contabilidad; y la dirección de los asuntos legales, exclusivamente financieros.

La actual junta ejecutiva de autores subsistirá para todos los asuntos de orden general que pudieran afectar la marcha de las instituciones o se produzcan entre socios de distinta entidad.

La Sociedad Argentina de Autores y el Círculo Argentino de Autores subsistirán como entidades, en su carácter moral y financiero, solamente en todo aquello que no afecte el interés común, es decir, podrán regir con toda libertad las relaciones morales y económicas entre sus socios y administrar los dos de su exclusiva pertenencia como lo juzguen conveniente.

Para la constitución de este nuevo organismo administrativo, todos los socios del Círculo Argentino de Autores y de la Sociedad Argentina de Autores entregarán a él sus repertorios para su administración, libres de deudas o gravámenes anteriores, de cualquiera índole que fuera, los cuales, si los hubiere, quedarán a cargo particular de la entidad a que pertenezcan.

La Junta Ejecutiva de Autores, la Sociedad Argentina de Autores y el Círculo Argentino de Autores funcionarán en un local común, cuyo alquiler se imputará a gas-

tos generales de administración, local que deberá tener la indispensable comodidad para las tres instituciones.

Para los préstamos a autores se fundará un banco con un capital inicial (integrado) de 50.000 pesos que aportarán, por partes iguales, las dos instituciones firmantes. Este banco abonará un interés anual de 8 por ciento a cada una de las entidades prestantes. Asimismo facilitará dinero a los autores, de acuerdo con los informes del directorio, y su devolución será garantizada por la junta ejecutiva de autores. Los beneficios que anualmente obtenga este banco, por intereses de sus préstamos, los destinará a fines culturales, como son: concursos de estímulos a la producción, envío de delegados a congresos internacionales, ante gobiernos de jaisés extranjeros, etc.

La duración de este convenio será por tiempo indefinido y cualquiera de las partes, y en cualquier momento, podrá denunciarlo. En este caso se procederá inmediatamente a la separación administrativa.

TEATROS

CARTERA TEATRAL

En el Cómico, la compañía de revistas picarescas que dirige Weisbach, estrenó últimamente con fortuna la pieza del género titulada "La gracia del desnudo", de los autores de la casa.

—Se anunciaba la reposición de "El gaucho Casco", de Claudio Martínez Paiva, en el Nacional, pero no se sabe si la temporada finiquitará en el mes corriente o si hará su avance en las actividades correspondientes a 1929.

—"Una carta brava", de Cabral y Trongé, será la primera novedad del cartel del Buenos Aires. Muño defiende su temporada muy holgadamente.

—Fue recibida con mucho aplauso de numeroso público, la reaparición de la compañía Barreta en la Comedia, donde se propone proseguir la temporada de zarzuela española, que suspendió durante algunas semanas para actuar en otros escenarios.

—Para los futuros padres de familia se exhibe en el Apolo una película que hace estremecer de espanto a los que no lo son y arre-

pentirse a los que no pudieron menos que serlo.

—La compañía italiana de operetas que actúa en el Marconi, ofreció una correcta versión de "Seugniza".

—La compañía infantil que dirige la prestigiosa actriz Angelina Pagano, renovó en el Ideal sus espectáculos con gran entusiasmo por parte del bullicioso público de pequeños, que no pierden oportunidad de asistir a estas interesantes funciones.

—En el número próximo nos ocuparemos del espectáculo extraordinario que se ofrecerá en el Avenida, donde actuarán caballos que no son de circo y habrá carreras que no darán dividendos.

GRAND SPLENDID—

Por su lujo, por sus comodidades, por su concurrencia y por el selecto y variado programa de todas sus reuniones, esta sala de la calle Santa Fe, es la preferida del público elegante en esta época del año, como lo fue en la temporada de invierno. Sus orquestas son reconocidas con justicia como las más completas de todas las que actúan en los cines de la capital.

GLORIA—

Han sido preparados con todo cuidado por la empresa de esta sa- hoy empieza, dándose cabida en la, los programas de la semana que ellos a las películas que vienen precedidas de más renombre. Todos los géneros tienen representación, dentro de la moral más estricta, como para un público de familias.

CAPITOL—

El Capitol, el cine de los films consagrados por los grandes públicos. Cómoda y fresca, reúne todos los requisitos exigidos por el aficionado más exigente.

CINE PARE—

La más distinguida y a la vez más popular de las salas de Palermo, es el cine Pare, el punto de reunión de las familias en estas lujosas tardes y noches de verano. El techo corredizo y la profusión de ventiladores hacen un ambiente fresco, que contribuye a dar comodidad y atractivos a las reuniones.

CORREO TEATRAL—

Eduvigis. — La estadística que nos anuncia ha de ser sin duda muy interesante. Puede remitirla y se publicará.

Carlos Cruz. — No se ha anunciado todavía que la actriz a que se refiere tenga firmado contrato para actuar el año próximo en alguno de los teatros de esta capital.

Musmé. — Creemos que sí.

P. B. T. — Los dos son autores nacionales.

Capitán Cienfuegos. — No la mente que haya un teatro menos. Nosotros tenemos, en cambio, que sufrir un poeta más. Y nada menos que un Tirteo belicoso y sin ortografía.

Puchito. — En marzo veremos.

Margarita. — Sí, señorita; sí.

R. de la J. — Ese chiste lo publicaron hasta la saciedad todos los periódicos de la edad de piedra.

Mercedes. — ¡Y qué culpa tenemos nosotros de que su chico se sienta un Calderón? Métalo en un correccional.

EL TESTIGO DE DESCARGO

Habiendo fallecido repentinamente la joven señora de Bastidón, de modo misterioso, empezaron a correr por Choussat rumores que obligaron a la justicia a intervenir.

El juez ordenó la autopsia, y pudo comprobarse que la joven había muerto envenenada.

La opinión pública señaló a la suegra de la difunta señora como culpable de este crimen cometido en la persona de su nuera, y como fuese público que entre la señora madre de Bastidón y la mujer de su hijo no existía la mejor armonía se dictó contra ella auto de procesamiento, y terminado el proceso tuvo que comparecer ante el Jurado de Valencia.

La prueba testifical fué adversa a la procesada.

Todos los testigos convinieron en que la madre del señor Bastidón gozaba en el pueblo de una reputación pésima. Era una mujer violentísima, y continuamente estaba riñendo con sus proveedores, con sus vecinos, con sus colonos, con sus criados y hasta con las personas con quienes nada tenía que ver.

La vista estaba casi terminada y ya iba a levantarse el procurador de la República cuando el marido de la procesada se levantó a decir dos palabras.

Era un viejecito enjuto, de aspecto de hombre desgraciado, y se sabía que siempre se había llevado muy mal con su mujer.

Por esto los asistentes al juicio se prepararon a oír interesantes revelaciones.

Y el señor Bastidón habló así:

"Señor presidente, señores del Jurado: Hace treinta y seis años que me casé con esa mujer que está sentada en el banquillo entre dos gendarmes. Esto quiere decir que tengo motivos para conocerla a fondo. Y diré a la Sala que es perversa y que todas las palabras resultan pálidas para expresar el grado de su maldad.

He sufrido a su lado lo increíble. Mi vida, desde que me casé con ella, han sido treinta y seis años de martirio. Es un verdadero demonio, y para convencerse no tienen más que ver las miradas de odio que me está dirigiendo en este momento.

"¡Ah! ¡Si los gendarmes no estuvieran a su lado, pobre de mí!

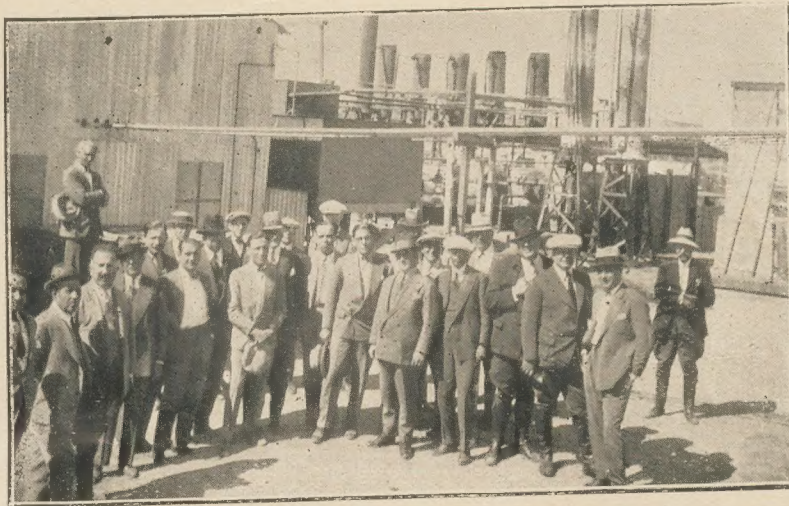
"Pero debo decir, en honor a la usticia, que estoy persuadido de que ella no ha envenenado a su nuera. ¡Solemnemente lo juro! ¡Y sabéis por qué? Por que si en alguna ocasión se le hubiera ocurrido deshacerse de alguien hace tiempo que yo no estaría en el mundo."

Convencidos los jurados por aquel argumento irrefutable, dictaron un veredicto de culpabilidad, y la señora de Bastidón fué puesta en libertad.

¡Y bien cara pagó el señor Bastidón su declaración de descargo!

RODOLPHE BRINGER

Información gráfica del interior



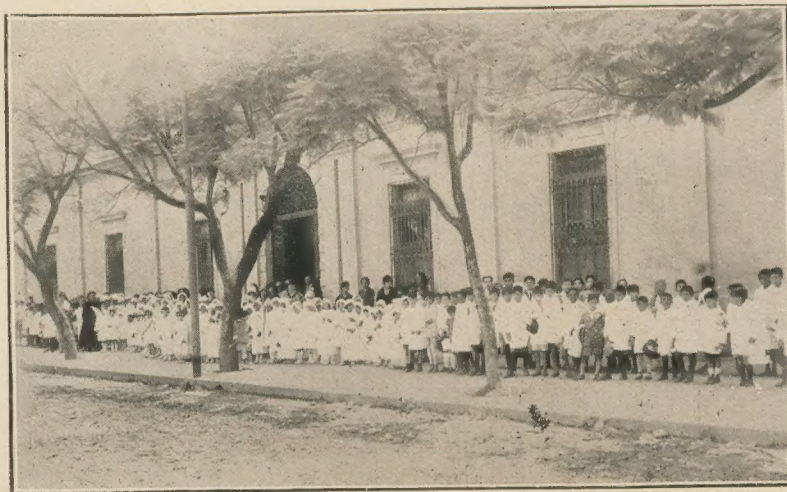
NEUQUEN. — Miembros de la comisión de diputados nacionales que recientemente visitara dicho territorio. Les acompañan las autoridades de los yacimientos petrolíferos fiscales de Plaza Tuincul



VILLA NUEVA DE GUAYMALLEN. — Inauguración de la placa conmemorativa dedicada a la memoria del señor Luis Tirasso. El señor Pedro Suriani haciendo uso de la palabra



RIO CUARTO. — Grupo de deportistas dirigentes del club Federación Local, durante un almuerzo campestre organizado después del match entre Ferroviarios y Ciudad



TUCUMAN. — Niños que recibieron su primera comunión en la capilla San Roque bajo la dirección del presbítero Armando Díaz y con la cooperación inmediata del Apostolado de la Oración



TRENEL. — Señorita Lidia Teresa Bazano, ganadora del primer premio en el concurso de tiro para damas



De izquierda a derecha: señores Patricio Barrionuevo, Ricardo Carretero, Gregorio Moreno y Sebastián Salusso, que obtuvieron los primeros premios en el concurso de tiro al blanco; destacándose nuestro correlponsal señor Carretero que venció en el conjunto



QUEMU - QUEMU. — Señorita Celina A. Magarinos que próximamente contraerá enlace con el señor G. A. Fourcade



SAN ANDRES DE GILES. — Los esposos Escribano - García, acompañados de sus hijos, en ocasión de cumplir sus bodas de plata matrimoniales.



SALADILLO. — Señora Rita Zabala de Buren, recientemente fallecida

"Mi único y exclusivo cigarrillo"



No hay otro
que satisfaga
tanto como un
Camel

M^FD by R.J. REYNOLDS TOBACCO CO.
Unicos Agentes MASSALIN & CELASCO
TACUARI 560. Bs. Aires.